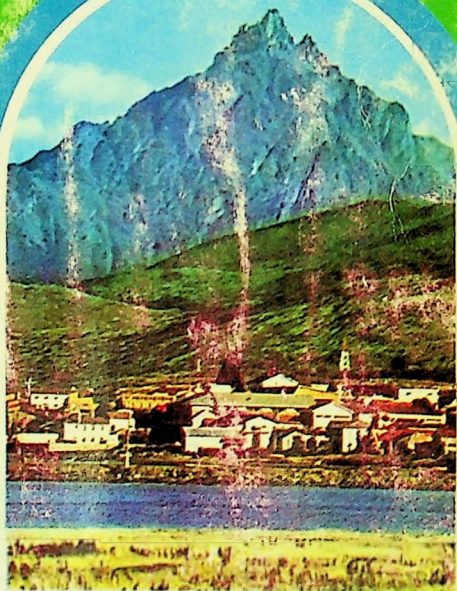


Arnoldo Canclini

Historia de **TIERRA del FUEGO**

10

**Colección: HISTORIA DE
NUESTRAS PROVINCIAS**



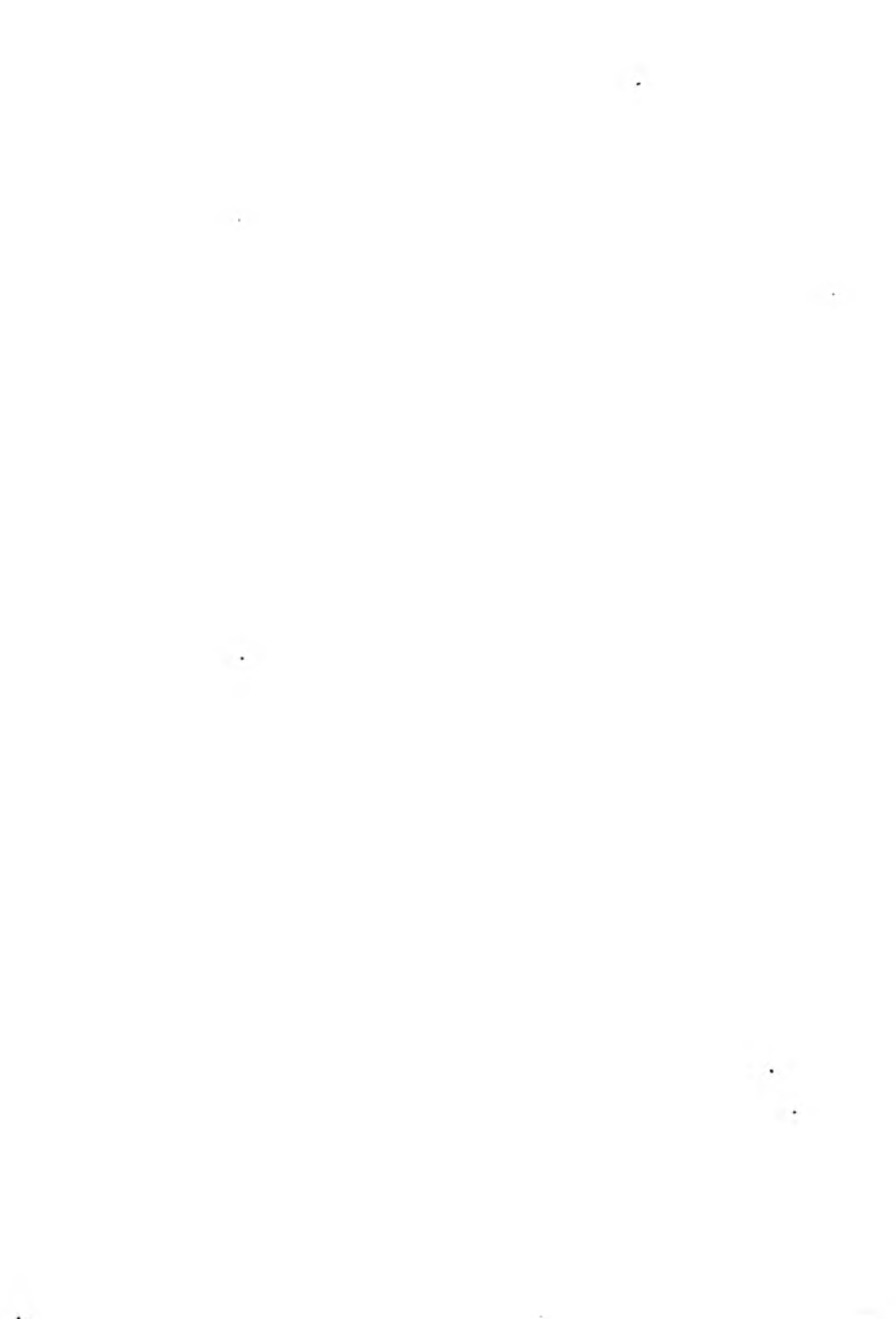
EDITORIAL



PLUS ULTRA

1901

35



HISTORIA DE TIERRA DEL FUEGO

ARNOLDO CANCLINI



PLUS ULTRA

HISTORIA DE TIERRA DEL FUEGO



FOTO DE TAPA
DANIEL A. Z. STEFANI

Segunda Edición

Impreso en la Argentina — Printed in Argentina
Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723

© 1980 by Editorial Plus Ultra
Viamonte 1755 - Buenos Aires (1055)

PREFACIO

Después de haber transitado con holgura y provecho sobre la existencia de algunos hombres que han brillado en el escenario fueguino, el doctor Arnoldo Canclini nos ofrece ahora una obra de mayor envergadura: su HISTORIA DE TIERRA DEL FUEGO.

Para escribir aquellas biografías maestras a las que aludo en el párrafo anterior sobre Gardiner, Stirling y Bridges, los celebrados héroes de la evangelización indígena —que merecieron sendos libros—, el autor ha debido necesariamente ubicarse en su intrincada geografía, estudiar e investigar y conocer el origen histórico de aquel grandioso ambiente en que éstos vivieron y actuaron dejando huellas indelebles de su paso. Y así terminó por saberlo todo sobre aquella isla y sintió entonces la necesidad de expresarlo.

Que tal nos ha ocurrido a muchos de sus colegas en este quehacer historiográfico vinculado con el extremo sudamericano. Primero, fueron las figuras que nos inspiraron y atrajeron para redactar la historia regional. Así Juan E. Belza desarrolla su magnífica obra En la isla del fuego partiendo de las figuras recias de monseñor Fagnano, el eminente prefecto apostólico de la región austral tanto argentina como chilena, y el activo pionero José Menéndez y algunos progresistas entre los sucesivos gobernadores; y Natalie Prosser de Goodall, atraída a su vez no sólo por los personajes sino por la riquísima flora y fauna regional para escribir su Tierra del Fuego. Por mi parte, fueron Sar-

miento de Gamboa, Piedra Buena, Rouquaud, Popper, Lista, Lasserre y Shakleton y otras figuras menores que me condujeron y fueron la base de mis pequeñas historias fueguina, patagónica y antártica.

Resulta profundamente aleccionador que sean dos eclesiásticos, el uno sacerdote católico y el otro pastor evangélico los que cierran por ahora el ciclo histórico fueguino. Dios les ha dado la facultad de darnos a conocer el cielo y la tierra.

Si bien la *HISTORIA* —con grandes letras— nunca se agota, estos dos celosos investigadores fueguinos representan en su excelente trabajo las bases más eruditas, mejor informadas y de lectura más convincente de la historia de aquella región de imagen tan atractiva y tan rica en acontecimientos y hombres singulares.

Arnoldo Canclini, ahora en la plenitud de su talento, ha realizado una labor literaria de gran alcance. Es cierto que se ha iniciado muy joven, casi un niño. Aquella ansiosa vocación literaria lo ha de llevar por distintos senderos, todo ello sin perjuicio de seguir sus estudios que culminan con su doctorado en Filosofía y Letras, en la Universidad de Buenos Aires. Primero la novelística, aunque de contenido religioso, porque lo sabemos además versado en teología como pastor protestante, carrera que lo absorbe. Así su novela *Onésimo* recibe en 1960 el Premio de la Novela Evangélica Latinoamericana. En segundo lugar desarrolla la tarea literaria en su carácter de religioso y produce diversos estudios, que varían desde Cristianismo y existencialismo hasta últimamente *El hijo pródigo*, su padre y su hermano, editado en España. Pero siempre ha dedicado gran parte de su tiempo a la labor investigadora de la historia fueguina así como también la patagónica en varios trabajos; fue el primero *Hasta lo último de la tierra*, escrito en 1951, que ha conocido una segunda edición corregida y ampliada como un libro nuevo con el título de *Cómo fue civilizado el Sur patagónico*, editado por la Editorial Plus Ultra; y en estos días sale a la luz otro libro, Jorge A. Hum-

ble. Misionero y médico patagónico, *amén de los numerosos ensayos y artículos publicados en revistas especializadas y en el diario La Prensa.*

El libro a que ahora me refiero ha de tener seguramente el éxito que se merece. Ya lo dije alguna vez: Arnoldo Canclini es un investigador incansable y acucioso, prosista probo y ameno que nos instruye a la par de entretenernos y cuya actuación en la historiografía fueguina lo consagra como maestro en la especialidad.

Armando Braun Menéndez
Octubre de 1980

INTRODUCCIÓN

He aquí un libro con características muy especiales.

Pretende ser incluido en una serie de historias de las provincias argentinas, pero no se trata de una provincia, sino del único territorio nacional, que queda en nuestro panorama administrativo. Sin embargo, su inclusión se justifica por la indudable independencia de su historia y geografía.

Pero, por el otro lado, tampoco es verdaderamente la historia de un territorio. Para ser exactos en ese sentido, debiera incluir la Antártida, las Malvinas y las demás islas, que están dentro de nuestra soberanía, de hecho o de derecho. Pero es fácil entender que se trata de historias muy distintas y que aquellas otras regiones merecen tomos separados que quizá nuestra pluma o alguna otra más hábil escriban pronto.

Y aun tenemos otra advertencia que hacer sobre el ámbito geográfico que abarca este libro. Es la historia del territorio *argentino*. Por eso, no se incluye todo lo que se encuentra bajo la bandera chilena desde 1881, por ejemplo la zona del estrecho de Magallanes, la parte oriental de la Isla Grande y las que están al Sur del Canal Beagle. Mientras escribimos se está desarrollando el proceso de determinar el destino de una serie de islas e islotes que Chile pretende que le corresponden. Por supuesto, ignoramos el resultado, pero hemos escrito estas páginas bajo el supuesto de que son argentinas; el lector de años futuros sa-

brá hacer las correcciones del caso, si en algo la definición no nos favorece y es aceptada por el gobierno y el pueblo argentinos.

Historia muy particular es la de Tierra del Fuego. Quien no lo supiera tendría dificultades en incluirla en la del mismo país que abarca provincias como Buenos Aires, Corrientes o Mendoza, por mencionar tres al azar. Es ciertamente única y no sólo en nuestra nación, sino quizá en el mundo entero. Aquel concepto desarraigable de ser "lo último de la tierra", aquellos misioneros muriendo de hambre o asesinados, aquellos otros interponiendo su pecho para defender a los restos de los nativos, aquella misma preponderancia del factor religioso, aquella navegación por los mares más terribles del mundo con su interminable retahíla trágica de naufragios casi hasta hoy, aquellas luchas de gobernantes olvidados por quienes les designaban, aquella concepción que hacía de la isla sinónimo de presidio, aquella fantástica riqueza lanera, amén de la realmente fantástica del oro metálico, todo eso la convierten, por decirlo de manera vulgar en una fuente de novelas o de películas cinematográficas, quizá más que el Lejano Oeste, tan bien explotado por la industria hollywoodense. Por eso es difícil escribirlo como historia y sobre todo, como la historia concisa de un centenar de páginas que más o menos debe tener este volumen. Y como a la vez lo fueguino tiene un hechizo atrapador, aun para los no fueguinos como el autor, pedimos disculpas —si eso cabe— porque a veces la pluma ha salido de los cauces de lo fríamente historiográfico, aunque hemos tratado de dejar esas palabras en boca de los protagonistas a quienes citamos con frecuencia que no es casual o inadvertida.

Por supuesto, como ocurre casi siempre, este libro no carece de antecedentes y sería grave falla moral el no mencionar la deuda que se tiene con otros estridentes. El autor ha hecho sus propias investigaciones y estas páginas son sólo una etapa más en un proceso que tiene más de treinta años. Pero cuando se quiere abarcar *todo* el proceso es

necesario recurrir a otros. Sin lugar a dudas, el pionero en los estudios históricos fueguinos es Armando Braun Menéndez, con su merecidamente tan bien recibida *Pequeña historia fueguina*; no obstante, el mismo autor reconoce que se trata sólo de la recopilación de algunos aspectos básicos y antiguos, escritos en forma amena y magistral, agregamos nosotros; una vez más debemos agradecer su apoyo, a través de su invalorable biblioteca. Surge después *Tierra del Fuego* de Juan Hilarión Lenzi —el único de los que se mencionan con quien el autor no ha podido cultivar amistad, dada su lamentada desaparición— que escribió un libro notable de cientos de páginas con un panorama general que no ha sido parangonado aún. Tiene un cuadro que abarca todos los aspectos, concisamente por supuesto, hasta la fecha de edición (1967). Se ha señalado que tiene algunas falencias y aun inexactitudes, que esperamos no haber repetido, pero en verdad nos ha servido de guía general, como ningún otro. En 1971, el sacerdote salesiano Juan Esteban Belza fundó el Instituto de Ciencias Históricas Tierra de Fuego, que ha dado lugar a varios adelantos historiográficos importantes. Por un lado, en varios congresos, numerosos y ponderables investigadores han enriquecido con rigor científico el conocimiento histórico fueguino. A ellos y a otros, les ha cabido la posibilidad de colaborar en *Karukinká*, la revista del Instituto, cuya reaparición esperamos ansiosamente, pues es una continua fuente de renovación de materiales de jerarquía. Y finalmente, culminando lo mencionado, están los cuatro libros publicados hasta hoy por Belza: los tres tomos de *En la isla del Fuego* y su *Romancero del topónimo fueguino*. Son la producción más abundante, mejor documentada y más detallada que se haya publicado hasta la fecha. Sin embargo —por decirlo de alguna forma— nuestro trabajo aquí no es un resumen de aquéllos, no sólo por su distinta intención, sino porque, por un lado no llegan a la actualidad y por el otro constituyen más bien una colección de monografías, que si bien no dejan muchos claros en su asombroso cúmulo de información,

no son tampoco el acostumbrado libro de historia sistemático. Agradecemos muy en especial al Dr. Armando Braun Menéndez y al P. Juan E. Belza por la lectura del original y las oportunas observaciones.

Hay muchos otros autores consultados y de hecho creemos no haber dejado nada de lado. Nuestro contacto y amistad con muchos fueguinos —inclusive nietos y aún hijos de los principales protagonistas, como Tomás Bridges y José Menéndez— han permitido una valoración y coordinación sustancial para la unidad del trabajo. Pero queremos insistir en la deuda que tenemos para con los demás autores. Lo más lógico —¿y correcto?— hubiera sido quizá mencionar con una nota al pie de dónde está tomado cada dato, pero ello hubiera conspirado con el tono de divulgación que hemos querido dar a estas páginas. Por eso, tampoco incluimos una bibliografía erudita al final, sino una lista de las principales obras consultadas para cada capítulo, en particular las que suponemos que el lector puede encontrar en librerías o bibliotecas. Confiamos que cuando alguno de los historiadores que nos han sido de ayuda reconozca una información como propia, sepa que la mención de su obra más adelante implica nuestro más profundo reconocimiento.

Pero con honradez no creemos que lo hecho es simplemente una recolección de datos ajenos. Como ya dijimos —y puede comprobar cualquiera— hay temas que hemos investigado más a fondo que otros (perdónese la inmodestia) y todos los hemos reinterpretado en el proceso total, que es escrito por primera vez, si no contamos el libro de Lenzi, para el gran público. No escribimos para los eruditos, salvo para provocarles a ahondar personajes y episodios aún vírgenes, sino para todos los que quieran saber qué es lo que ha pasado en aquella tierra que quizá acostumbraban pensar sólo como un apéndice más o menos superfluo de nuestro territorio y que casi de repente se ha transformado en algo fundamental. Tampoco nos disculparemos si aquí se encuentra lo que hemos comprobado

de muchas bocas, que nos dicen que, cuando escribimos sobre Tierra del Fuego, lo hacemos con cariño. Por qué es así, no lo sabemos. Mejor dicho, no lo sabemos explicar. Quienes son fueguinos por nacimiento o adopción no necesitan que se les explique.

La historia fueguina es sumamente breve. Hace menos de un siglo que está claramente bajo la soberanía argentina, para lo que falta un año. La Sra. Rae Natalie de Goodall —a quien también debimos mencionar antes— nos señalaba el mismo hecho con una fotografía en la que una de sus hijas, hoy adolescente, estaba en brazos de su bisabuela, ya fallecida, primera mujer blanca nacida en Tierra del Fuego. Eso crea muchas dificultades. Sabemos que habrá muchas reacciones por habernos extendido en algo y haber abreviado y aun suprimido hechos y nombres, lo que quizá sólo fue *pro brevitare*. Muchos amigos fueguinos a quienes debemos mucho no verán incluidos a sus antepasados pioneros, que son sus padres, sus abuelos y aun personas vivientes. Esa es una de las razones por las que nos detenemos en 1943. La fecha indica un momento importante en la historia, como se verá. Pero además es casi imposible entrar a ponderar lo que está tan cerca y lo que, en nuestro caso, a menudo se debe a los méritos de amigos personales, a quienes les rogamos que sepan verse incluidos entre líneas.

Ellos merecen nuestra gratitud, incluyendo las actuales autoridades del territorio. Del mismo modo la merecen, nuestros padres, las familias Arias y Oyarzún, Bridges y Goodall, Saldívar Villarroel y otras que nos han brindado su aliento o su techo. A otros que han hecho posible este libro y que desean permanecer anónimos, vaya también este callado homenaje.

Porque, en última instancia, este libro, como todo libro de historia, es un homenaje que todos rendimos al escribirlo o al leerlo, a quienes hicieron que un trozo de nuestro suelo llegara a ser un trozo de nuestra patria. En Tierra del Fuego, quizá más que en cualquier parte, ello se dio

en el espíritu constitucional de dar cabida en nuestro quehacer a “todos los hombres del mundo que quieran habitar el suelo argentino”. Para todos ellos —los indios, los misioneros sin distinción alguna, los marinos, los gobernantes, los científicos, los comerciantes y todos los otros— va este reconocimiento de quien desde la capital del país ve admirado lo que hacen aquellos que confían en lo que puede lograrse con fe y con tesón aun en el último de sus rincones.

El autor

Buenos Aires, julio de 1980

CAPÍTULO I

EL "ACABAMIENTO DE LA TIERRA"

"Y, en verdad, es una nueva bendita la que traen los dos barcos. De inmediato se dilata el corazón de Magallanes cuando escucha el informe de Serrano. Al principio ambas naves han pasado por momentos terribles. Habían llegado ya a gran profundidad de la bahía cuando se desencadenó aquella tempestad. A pesar de que recogieron enseguida las velas, habían navegado indefensos a la deriva, y creían que se estrellarían contra el margen de la bahía y su ribera rocosa, pero en el último momento se dieron cuenta de que la bahía no estaba cerrada... En un año, Magallanes, el hombre tantas veces probado, no ha recibido otro mensaje mejor. Y no puede más que sospechar cómo esta nueva de esperanza ha abierto de repente su corazón sombrío y atormentado... Y justamente en el instante en que iba a agotarse su fe, comienza a convertirse su ilusión en realidad, su sueño en proeza. No tarda un segundo más. ¡A levar anclas! ¡A izar las velas! ¡Una salva más en honor del rey, y una oración al Supremo almirante de su audaz viaje! Y luego a penetrar valientemente el laberinto... Y Magallanes se dirige con los cuatro barcos a ese canal, que, en homenaje al día de su descubrimiento, designa con el nombre de Todos los Santos. Pero la posteridad, agradecida, lo llamará Estrecho de Magallanes". (Stefan Zweig).

Aquella jornada de 1520 cuando oficialmente el mundo entero cambió de diseño y el viejo ideal del camino a las Indias quedó convertido en realidad, desapareció el mito para convertirse en ondulaciones de tierra.

Pero simultáneamente, allí nació —o renació— el largo mito que sólo ahora se va haciendo realidad: como todo estrecho digno de tal nombre, aquel de Todos los Santos tenía una ribera izquierda o sur, como quiera decirse. Tenía, también como todo estrecho, su entrada, que al fin y al cabo es —si hemos de ser muy rigurosos— lo único que aquí nos interesa. Inclusive podemos preguntarnos dubitativos si don Hernando habrá vislumbrado, aunque fuera de lejos el cabo Espíritu Santo donde el Atlántico se abre camino al Pacífico. Si así fue, en aquel momento nuestro actual territorio fueguino quedaba descubierto.

A nuestros efectos, puede valer aquello que escribiera su discutido narrador, el caballero Antonio Pigafetta: "...y viendo una humareda a lo lejos en tierra, conjeturamos que los que habían tenido la fortuna de salvarse encendían hogueras para anunciarnos su existencia y angustia". Otros relatos nos hablan de muchos fuegos misteriosos, que se encendían sin que apareciera un ser humano. El humo y el fuego fueron la primera característica notable de la extraña ribera austral. Y así resultó que comenzaron a llamarle "Tierra de los Fuegos". Y que, pese a una luenga historia de cambios oficiales y oficiosos, Tierra del Fuego se llama hasta hoy.

El descubrimiento no tendría la consabida dignidad, si no tuviera el correlativo misterio de sospecha. El mismo Pigafetta, pensando o no en restar méritos a su capitán dice que él era el único que confiaba en lo que habría de encontrar porque "sabía que era preciso pasar por un estrecho muy escondido, pero que había visto representado en un mapa hecho por el excelente cosmógrafo Martín de Bohemia y que el rey de Portugal guardaba en su tesorería". Antes de seguir, recordemos que Magallanes era lusitano.

Se refiere al célebre globo de Martín Behaim, quizá el más famoso mapa de su tiempo. El tema llevaría para

largo y es más intrincado que las idas y vueltas del mismo estrecho del caso. Quienes merodean por los senderos cartográficos previos al descubrimiento, sólo pueden presentarnos interrogantes. Mapas muy antiguos y especialmente de las décadas anteriores presentan, a los ojos experimentados, lo que bien podría ser el Estrecho por antonomasia. Si Vespucio anduvo por esas tierras —como todo lo que hizo don Américo— es una incógnita aún más oscura.

Hay un caso que muchos dan como seguro antecedente, del que Magallanes pudo estar bien informado: la flota enviada por el pimentero y banquero Cristovao de Haro y su hermano Nuno Manuel. Ya en 1515, el alemán Johann Schöner escribía: *Cicumnavigaverunt itaque Portugaliensis eam regionem et compenierunt illum transitunt* (“Circunnavegaron los portugueses aquella región y descubrieron aquel estrecho”). El viaje había tenido lugar el año anterior. Pero en última instancia, nada de ello cambiará el relato futuro, que tan lejano está en su parte sustancial de aquellos pasos iniciales.

Una fuerte polémica entre Portugal y España por la posesión de las Molucas (el meridiano del Tratado de Tordesillas ¿era para este lado del globo o para los dos?) llevó al armado de una fuerte flota castellana, que tiene para nosotros un interés muy especial.

Al frente de ella iba el experimentado García Jofré de Loayza, llevando como segundo nada menos que a Sebastián Elcano, enviados a imitar el derrotero magallánico. En 1525 las siete naos se hicieron a la vela. Pero, como dice un historiador “ningún Pigafetta los acompañaba para observar las maravillas del mar. Y no había un Magallanes en el comando” (Félix Riesenberg). Sobre todo lo primero nos resulta lamentable.

Cuando en enero del año siguiente, las carabelas se preparaban para doblar el cabo de las Once Mil Vírgenes, una de esas tormentas de los mares australes que ellos no conocían, las dispersó dramáticamente. Algunas se perdieron, pero la “San Lesmes” fue arrastrada hacia el sur, has-

ta el grado 55 de latitud aproximadamente. Así fue como el extraviado comandante podía informar luego que había llegado al "acabamiento de la tierra". Los historiadores modernos piensan que es improbable que se refiera al Cabo de Hornos, pues mucho más probable es pensar en la Isla de los Estados, (todo lo cual por supuesto estaba perfectamente innominado por los europeos por entonces y la gente de Francisco de Hoces, que iba al frente de la nave, no pareció tener mucho ánimo para la toponimia. Es una lástima, porque aquel hecho fortuito, que casi le cuesta la vida, ha hecho que este Francisco de Hoces sea el *descubridor de la Tierra del Fuego actualmente argentina*, aunque ello suene un poco pomposo. Fue al menos el primero que sabemos que avistó aquellas costas atlánticas. Antes de dejarle, es interesante apuntar que el cronista de Loayza consignaba, ya en el Estrecho: "e vieron muchos fuegos en ambas costas". La pirotécnica observación se reiteraría tanto que no cabría otro nombre.

Por ese camino, nos corresponde seguir a los alocados navegantes de entonces: a los que de propósito o por extravío y tormentas, se asomaron a nuestras costas, pasando por alto a la gran mayoría que hacían la vía del Estrecho. Así es como no nos corresponde recordar a Simón de Alcazaba (1534-1535), Juan Ladrillero (1557) o la trágicamente desdichada empresa colonizadora de Pedro Sarmiento de Gamboa (1580).

Pero es mejor detenerse para recordar a las naves de Francisco de Camargo que enfiló hacia el Magallanes en 1540. Una de las embarcaciones de la flota —de la que ni el nombre sabemos—, llevada por los huracanes, se encontró más allá del actual Estrecho de Lemaire, anduvo por las islas Nueva y Lennox e invernó por seis meses en lo que parece ser la boca del canal Beagle. De ese modo, habrían sido los primeros hombres blancos que merodearon por aquella zona, con la peculiaridad de que dijeron no haber visto a ninguno de otra raza. Tal vez algún día, algún archivo se despliegue para mostrar un registro de un viaje impensado, que entonces haría historia.

Aquella desdichada expedición de Sarmiento de Gamboa fue la reacción española a la primera incursión extranjera en la zona. Y quien la había ejecutado era quizá el nombre más temido en la península: Sir Francis Drake, el marino favorito de Su Majestad Británica, que le daría la presea de la destrucción de la Armada Invencible. En 1578, el inglés fue el primer "forastero" que cruzó el Estrecho y que, al seguir viaje, llegó a dar la vuelta al mundo, en un alarde de coraje que causó conmoción. Cuando se encontró en el Pacífico, derivó hacia el Sur y sus cronistas han contado todos —y fueron varios— que avistaron una isla. Sin calcular mucho se supuso que era el Cabo de Hornos, pero hoy parece difícil inclusive que hayan sido las Diego Ramírez. Es un gran misterio, pero que de alguna manera mostró que la Tierra del Fuego era navegable por el Sur y que no era una *terra australis incognita*, como mostraban algunos de los fantasiosos mapas de entonces, sino que estaba separada de lo que hoy llamamos Antártida. Drake no se acercó al Cabo ni navegó el Estrecho que hoy lleva su nombre, precisamente por esa mala interpretación. Los datos cartográficos y los hechos históricos no siempre se dan de la mano.

Pero, preocupada por la intrusión extranjera, España resolvió intentar la colonización del Magallanes y las víctimas fueron Sarmiento de Gamboa y los suyos que dejaron el topónimo, dolorosamente exacto esta vez, de Puerto Hambre, descripción de su fin. Con curiosa justicia, el monte más alto de Tierra del Fuego, en zona hoy chilena, lleva el nombre de Sarmiento en su homenaje, aunque él nunca supo de aquellas alturas.

El fracaso detuvo a los españoles por casi cuarenta años. Mientras tanto, los piratas enemigos —Thomas Cavendish, John Davis, Richard Hawkins— hicieron uso de la misma vía y causaron no poco daño en la navegación y los puertos de Su Majestad Católica. La tarea depredadora terminó con ellos, pero de ninguna manera la acción inglesa.

Esta cedió el lugar a nuevos personajes, de una creciente potencia marina: los holandeses. Sebald de Weert, Oli-

ver van Noort y Joris Spilbergen también cruzaron por encima de Tierra del Fuego, sin acercarse a sus costas atlánticas.

Fue Jan van Barneveldt, quien al formar la Compañía Austral, impulsó a una expedición que tendría gran influencia en los conocimientos y el futuro de la región. En medio de tejes y manejes de entreveros comerciales, el anciano Isaac Le Maire, originario de Amberes, se alejó de la monopólica Compañía de las Indias. Se preparó una expedición que dirigían su hijo Jacobo, en la parte comercial, y el capitán Guillermo Schouten en lo náutico. Sus naves eran la *Eendracht* ("Concordia" según unos, "Unión" según otros) y la *Hoorn*, nombre de la ciudad de donde partían, en secreto. Le Maire llevó consigo a su hermano Daniel y, para no ser menos, Juan Schouten acompañaba al suyo. Los problemas de entrecasa no son de valor para nosotros.

Desde Puerto Deseado todo se fue poniendo confuso. Schouten avistó las islas Sebaldes, el extremo de las Malvinas, que había descubierto su compatriota de Weert. Mientras, el *Hoorn* se había incendiado.

Fueron los primeros en no poner proa al Magallanes. El 21 de enero de 1616 se encontraron en un nuevo estrecho. Al lado derecho, se veía una isla rocallosa a la que llamaron "de los Estados", en homenaje a su país (*Staten Land*) y el nombre ha prosperado. La otra, que al principio parecía sólo una breve sucesión de cabos y bahías, fue denominada Tierra de Mauricio, el príncipe de Nassau, pero sólo una caleta recuerda actualmente al personaje. El paso entre ambas —que al no conocer el tamaño de la Isla de los Estados era tenido por un nuevo paso al sur— recibió el nombre de Estrecho de Le Maire y es uno de los más conocidos accidentes geográficos de todo el mundo patagónico.

Siguieron viaje. No pensaron en recorrer las costas de la "Tierra de Mauricio" sino en seguir hacia el Sur, más bien al Sudoeste. Más que conocer tierras querían encontrar ma-

res. En medio de un clima horrendo, tropezaron con unos islotes a los que llamaron Barneveltdt, nombre también afortunado, y siguieron por su rumbo.

De pronto, un cabo se presentó a su vista. Hacia el Sur y hacia el Oeste el océano se extendía interminable. Era el *finis terrae*. Todo fue algazara a bordo y las muy racionadas provisiones, especialmente el vino, fueron gastadas con generosidad, mientras Schouten entusiasmado, pensando en su ciudad y su nave perdida, exclamaba “¡Cabo Hoorn! ¡Cabo Hoorn!”. El Cabo de Hornos, el punto final de la América del Sur había sido descubierto. “Cabo Hoorn a los 57° 48' S. Rodeado a las 8 p.m. Enero 29, 1516”, dice el libro de a bordo, con un perdonable error de ubicación.

Entonces pasaron al Pacífico y se escaparon de nuestro marco geográfico. Subieron hasta la salida occidental del Magallanes y allá lejos resolvieron por votación poner el nombre de Le Maire a su descubrimiento, que pensaban dejaría atrás el otro estrecho.

Entonces España volvió a despertar. Sus antiguos súbditos le habían dado una nueva lección y era necesario presentar la condigna respuesta. Dos naves y dos hermanos fueron cuidadosamente preparados. “Nuestra Señora de Atocha” y “Nuestra Señora del Buen Suceso” y Bartolomé García del Nodal y Gonzalo del Nodal los segundos. El primero comandaba, mientras que el menor era el cosmógrafo y piloto mayor. Pasando por alto las alternativas del viaje hasta allá, digamos que esta expedición tuvo el mérito de ser la primera en recorrer la costa atlántica de la isla. Fueron dando nombres: Cabo Peñas, Cabo Inés, Cabo San Vicente, Cabo San Diego, Bahía Buen Suceso, Bahía Valentín y otros.

Habían fondeado frente al cabo San Sebastián el 19 de enero de 1619. El viaje fue rápido: el 22 cruzaban frente a la Isla de los Estados, el 5 de febrero doblaban el Cabo de Hornos y el 25 se introducían por la boca occidental del Magallanes, del que salieron, de nuevo en el Atlán-

tico, el 11 de marzo, rumbo a su tierra. Fueron, por lo tanto, los primeros en dar la vuelta íntegra al archipiélago fueguino. Por el camino encontraron las islas Diego Ramírez, que recibieron el nombre del piloto mayor.

Mientras tanto, fueron también los primeros en tomar contacto con los nativos. El 23 de enero, temiendo lucha, se encontraron con ellos, pero los indios no tenían intenciones de pelear y todo terminó en paz. Tal vez ayudó que a bordo iban tres franciscanos, que eran naturalmente los primeros en echar anclas por esos lares, precisamente en la bahía que se abre al Le Maire y que bautizaron como su nave, "Buen Suceso". Indios y españoles se miraban las ropas con curiosidad, pero los intentos de tráfico no resultaron.

El viaje de "los Nodales", como se les llamó, tuvo mucho eco, aunque la corte que les envió tardara más de siglo y medio en volver a las tierras que declaraba propias. Fueron otros quienes aprovecharon lo descubierto.

En el impulso de Schouten y Le Maire —o en la bulla que se produjo en el mundo comercial y jurídico a su llegada— los holandeses se sintieron incentivados. En febrero de 1624 rondaba el extremo sur la flota de Jacques le Hermite, quien desde su cama de enfermo aprobaba que su apellido entrara en la toponimia, bautizando con él una isla o que la gran bahía recibiera el nombre de Nassau. Luego siguieron al Pacífico, donde el holandés dejó la vida en el Callao. En 1642, Enrique Brouwer era el primero en circunnavegar la Isla de los Estados, comprobando su tamaño. Cuando volvieron a Europa fueron los primeros en pasar del Pacífico al Atlántico, bordeando el Cabo, de Oeste a Este. Con ellos se acabó lo que algunos denominaron el "ciclo holandés". Además de los mencionados, dejaron otras denominaciones, como Bahía Windhond, islotes Evout y Terhalten y paso Gorée.

Entonces reaparecieron los ingleses. Sharp en 1681, Cowley en 1683, Cooke en 1684, Frezier en 1712, Roggeven en 1721 anduvieron merodeando las costas atlánticas,

mientras que otros como Narborough, o Strong recorrían la ruta del Estrecho.

Y entonces aparecieron otros protagonistas, en la persona de los franceses, identificados casi con los hombres de Saint-Maló o maluines, lo que, dicho sea de paso, dejó el nombre al otro archipiélago sureño. El primero parece haber sido el sacerdote Luis Feulliée, que pensó evangelizar a los indígenas, aunque también en la zona norte. Fueron legión, ya que se ha llegado a anotar cerca de doscientas naves de ese origen por aquellos mares. La mayoría iba por el Magallanes, pero algunos lo hacían por el Cabo de Hornos, de modo que es probable que tocaran nuestras tierras, pero el tema aún está en estudio. Por allí figura, por ejemplo, un misterioso señor de Clas, de quien se supone que estuvo una docena de días en la boca del río Grande. Un tal Josselin Gardin hizo el camino hasta el Callao, por el Cabo de Hornos, declarando haber visto un volcán en actividad, fenómeno no esclarecido.

Aunque su viaje tuvo lugar sólo en 1767, merece mencionarse al gran marino galo Louis Antoine de Bougainville, aquel que fue el primero en establecerse en las Malvinas —que tuvo que devolver a España— y que, luego de doblar el Cabo de Hornos paseó su bandera alrededor del mundo entero.

Volviendo a los ingleses —que ciertamente siempre volvían—, no pasarían demasiados años antes de que sus actividades despertaran de tal modo a la corte de Madrid que estuviera a punto de producirse una gran batalla naval en las aguas del lejano Sur. En 1739, estando en guerra las dos potencias, el Almirantazgo británico resolvió mandar una flota de seis naves, al mando del experimentado capitán George Anson, que debía atacar las islas Filipinas. La noticia se filtró a España, donde se apeló al almirante José Pizarro para que vigilara los movimientos del enemigo y les diera batalla en los mares del Sur, o sea presumiblemente en el Pacífico. Al saber que Anson estaba atrasado, se apresuró a salir antes, se reaprovisionó en Buenos Aires y

se estacionó cerca del Cabo de Hornos, donde las penurias se hicieron muy grandes. De hambre y de frío, sus hombres fueron reduciéndose dramáticamente.

Mientras tanto, en Madeira, Anson se había enterado del poderío de la flota que le había antecedido por muy poco. En marzo de 1740, estaban en el *Le Maire*, cuando la misma tormenta que causó desastres a Pizarro se abatió sobre sus naves. Llevadas y traídas por las furias del mar, ambas flotas fueron dispersadas. La historia del naufragio del *Wager*, una de las naves de Anson, terminó siendo un clásico en la historia náutica.

El año 1763 fue testigo de un hecho novedoso. El 10 de enero naufragó el navío español “Purísima Concepción de Curruchea” —durante mucho tiempo se creyó que éste era el nombre del capitán— al mando de José Joaquín de Ostolaza. El desdichado acontecimiento ocurrió a la madrugada en la bahía Policarpo, cerca del extremo oriental de la Isla Grande. En verdad, los marinos no sabían si estaban en ella o en la de los Estados. Apresuradamente todos bajaron salvos a tierra, inclusive con buena parte de las vituallas. Ya al día siguiente, se habían puesto a la tarea de construir otra nave, cuando de pronto aparecieron algunos indios, posiblemente de los que llamamos *haush*, pero se mostraron pacíficos. El domingo 20 el franciscano José de Camiruaga, capellán de a bordo, ofició la primera misa de que tengamos noticias en el territorio, práctica que continuó luego diariamente. El 10. de abril ya navegaban otra vez felizmente hacia el Norte. “Nuestra Real Capitana San José y las Animas” o de “de Buen Suceso” fue así la primera nave que surgió de un “astillero” fueguino.

Una acotación marginal es que, sin ese final feliz, hubiera cambiado el curso de la historia nacional. “Inmediatamente a su llegada a la América (mi padre)... consiguió la plaza de escribiente en un navío... en el que salió en el año de 1767 para Lima, pero desgraciadamente padecieron naufragio en el Cabo de Hornos, junto a la isla del Fuego... (Sigue la historia de la construcción de la nave.) Desde en-

tonces abjuró de todo viaje por mar e hizo diligencia de conseguir un establecimiento fijo en la tierra". Estas palabras son extractadas del relato de Manuel Moreno, hermano del secretario de la Primera Junta de gobierno patrio. O sea que si don Moreno, padre, no hubiera naufragado o se hubiera perdido en el trance, nuestro país no hubiera contado con sus hijos en la historia y, sea lo que fuere que pensemos de ellos, su acción decisiva no puede ser discutida en cuanto a su trascendencia.

El naufragio en la bahía Policarpo trajo más consecuencias. No hay dudas que produjo interés pues provocó el primer plan de colonización. Al mando de Manuel Pando, el bergantín "San Francisco de Paula" zarpó de Maldonado en 1768. Llevaba a bordo a cuatro dominicos, pues uno de los propósitos declarados era la evangelización y reducción de los indios, de los que tan buenos informes trajeron los náufragos del "Purísima Concepción". El 7 de marzo estaban en el sector norte de la bahía de San Sebastián, que recorrieron detenidamente. El encuentro con los nativos también fue agradable. "Los abrazaron con tan grande algazara que nadie de los que con él venía entendió palabra alguna" contaba luego el capitán. Salió en busca del Puerto Consolación, como Ostolza bautizó el lugar de su desgracia y proeza, pero los vientos le llevaron hacia donde ellos determinaron, que fue nada menos que cerca de las Malvinas. Pando resolvió volver a Buenos Aires y así acabó el primer proyecto de establecimiento en Tierra del Fuego. Pasaría exactamente un siglo para que ello se hiciera y curiosamente fue por parte de los ingleses, cuya presencia quería evitarse, y también con fines evangelizadores.

Durante casi treinta años, los españoles no llegaron hasta allá. No lo hicieron Domingo Perler, Francisco Gil y Lemos, José Goicochea ni Antonio de Córdoba. Este último es uno de los clasificados como "viajeros científicos", entre los que se incluye el citado Bougainville y de los que indiscutiblemente se destaca el inglés James Cook.

La intención del primer viaje de éste era en particular la observación del paso de Venus sobre el sol desde Tahi-

tí. A principios de 1769 estaban frente a las costas de Tierra del Fuego, con la nave *Endeavour*, en la que viajaban científicos como Joseph Banks, futuro presidente de la Real Sociedad Geográfica, y el naturalista sueco Daniel Solander, que realizaron observaciones notables sobre la geográfica y sobre los fueguinos con quienes traharon relación en el extremo oriental de la isla y que también hemos de suponer que eran *haush*. Todo fue muy cordial. Algunos indios fueron a bordo y aceptaron de ser vestidos, pero no quisieron beber ron o brandy. Luego, en busca de ejemplares botánicos, los científicos escalaron una montaña. Tanto en estos sentidos, como en el meramente geográfico, las descripciones son muy acertadas. Leamos, por ejemplo: "No parecía existir entre ellos ninguna especie de gobierno o jerarquía, ni se advertían diferencias de orden social, pero demostraban que vivían en la mayor armonía y en una amigable sociedad. Tampoco descubrimos la menor señal de religión, como no fueron algunos alaridos, que juzgamos que eran ceremonias supersticiosas, ya que no podíamos atribuirles otra causa".

El grupo debió permanecer en tierra a la noche. Solander les advirtió que les podía ser fatal entregarse al sueño y en efecto, dos criados negros fallecieron de frío ante sus ojos. Lamentablemente tenían fecha fija para llegar a Tahití y no pudieron detenerse más.

Seis años después estaba de nuevo por la zona, aunque esta vez llegaba desde el Oeste. Su misión era recorrer el mundo lo más al sur posible para develar el misterio antártico. Así alcanzó los 71°, o sea más allá que cualquier otro navegante conocido. Llegó hasta las Georgias y descubrió las Sandwich del Sur. En el camino se detuvieron en la isla de los Estados, donde dieron nombre a muchos lugares. Por ejemplo, la isla Año Nuevo nos dice hasta hoy en qué fecha de 1775 fue descubierta.

En su tercer viaje, Cook no volvió a nuestras tierras y mares, pues fue asesinado por los nativos en las islas Hawai.

El próximo ciclo fue español. Antonio de Córdoba que debía intentar la colonización de algún lugar patagónico en 1788 volvió sin haberlo hecho. Al año siguiente, lleno de empuje, Alejandro Malaspina forjó un plan para explorar las Malvinas, la isla de los Estados y la zona hasta el Cabo. Recorrió la bahía de San Sebastián en la esperanza, frecuente entonces de que hubiera un paso que ligara con la cercana Bahía Inútil, que quizá existió en alguna época geológica anterior. Antes de pasar el Pacífico, ocurrió el hecho inusitado de que se cruzaran con otra nave española que iba rumbo a Arica. Dobló el Cabo de ida y vuelta y luego de ver las infaltables columnas de fuego en Bahía Buen Suceso fue a las Malvinas.

La siguiente expedición tiene el interés de que fue enviada desde Buenos Aires. En 1791 el virrey Arredondo mandó al teniente de navío Juan José de Elizalde para determinar la posible presencia de extraños. Su corbeta se llamaba "San Pío", nombre que ha quedado a un cabo, cuya ubicación ha sido muy mentada en cuanto se refiere al canal Beagle. Esta expedición fue la más minuciosa en toda la zona oriental y sudoriental. Después de recorrer la zona atlántica, cruzó el Estrecho de Le Maire y fondeó en Bahía Buen Suceso el último día del año. Entraron a Bahía Aguirre, aunque este nombre le fuera dado más tarde, pues Elizalde sólo lo impuso a Puerto Español. El nombre de Cándido de Lasala fue dado por uno de sus hombres, un criollo de novelesca historia, que terminó en la segunda invasión inglesa en 1807. Algunas imprecisiones en su derrotero han hecho pensar en la posibilidad de que se hayan asomado a la entrada oriental del Beagle, antes de doblar junto a Navarino. Sólo en Año Nuevo se encontraron con dos naves inglesas, por lo que al volver, en su informe, Elizalde decía al virrey: "No existen establecimientos extranjeros en Puerto Año Nuevo ni en las costas orientales y meridionales de Tierra del Fuego".

Los acontecimientos políticos de Europa añejaron la navegación de los mares del Sur. Hasta después de nuestra independencia, no se tienen noticias de otros viajeros.

Los siguientes llevaban precisamente la bandera argentina, aunque eran extranjeros, de los muchos que ocuparon un lugar destacado en nuestra historia naval: el irlandés Guillermo Brown en 1815 y el francés Hipólito Bouchard en 1817. Ya volveremos sobre ellos.

No ha de pensarse que la zona estaba desértica. Por lo contrario, fue entonces cuando comenzó, alentada por las buenas noticias de Cook, la invasión de loberos y balleneros de todas las banderas en una historia que tornaría innecesariamente complejas estas páginas, si pudiera ser reconstruida. En general, aquellas embarcaciones tenían su base en las Malvinas, pero muchas de ellas deben haber buscado reparos en las islas y caletas más australes.

Así llegamos a la expedición, o serie de expediciones más famosas, que señalan el fin de esta protohistoria fueguina. Había pasado medio siglo desde Cook, cuando Inglaterra resolvió hacer un relevamiento hidrográfico lo más amplio posible de todas las costas de la zona y ciertamente que lo logró. En 1826, el Almirantazgo envió al *Adventure* y al *Beagle*, al mando de los capitanes Phillip Parker King y Pringle Stokes. En la zona del Estrecho sufrieron mucho por las tormentas, pero eso no sería explicación suficiente para que el segundo se quitara la vida después de pasar un tiempo recluido en su camarote. Así fue como llegó al mando, camino de la fama, su segundo, el capitán Roberto FitzRoy, un joven de escasos veinticinco años. Era un hombre cabal, buen navegante, gran caballero y piadoso cristiano.

Desde la zona de Chiloé, Parker King le mandó a relevar las costas fueguinas, pensando que el Seno del Almirantazgo pudiera tener salida al Atlántico. Tuvieron algunos encuentros poco felices con los nativos, pues aunque no hubo hechos de sangre, la continua acción de pillaje podía más que la buena voluntad del capitán y la más escasa de los marineros. Algunos indios fueron retenidos a bordo, pero luego fueron devueltos a tierra, aunque el final de la historia fue que cuatro de ellos terminaron en Inglaterra.

Recorrieron muchos canales y bahías desconocidas hasta entonces, dándoles nombres. Murray, uno de sus hombres, penetró a lo largo de la isla Navarino y finalmente vio un largo canal que unía Oriente con Occidente; llevó la noticia y Fitz Roy fue personalmente y bautizó la larga vía acuática con el nombre del *Beagle*. No entraron en él, sino que dieron la vuelta, tocando distintos puntos de las islas más al sur y de la costa meridional de la Isla Grande. Mientras, habían encontrado al *Chanticleer*, que al mando del capitán Henry Foster, estaba haciendo estudios sobre la gravedad terrestre al amparo de la isla Hermite.

A fines de 1832, Fitz Roy estaba de nuevo, con la misma nave, frente a la costa oriental de Tierra del Fuego. Algunos de sus pasajeros merecen especial mención. Tres de ellos eran los sobrevivientes de aquellos fueguinos tomados como rehenes y que habían pasado un curioso período de educación en Inglaterra, al cuidado de un pastor anglicano. El interés que despertaron —que inclusive hizo que fueran llevados a presencia de los reyes— provocó el pensamiento de la posibilidad de un trabajo misionero. Un joven, recién egresado de sus estudios teológicos, llamado Ricardo Matthews, fue el designado para la empresa. Había otro joven, que alcanzaría una fama mucho mayor y cuyo nombre quedaría ligado para siempre a la Patagonia y en forma especial a Tierra del Fuego. Entonces nadie le conocía, pero hoy su nombre casi forma parte del vocabulario común: era Carlos Darwin, quien como resultado del viaje escribiría un libro famoso y comenzaría las investigaciones para su teoría de la evolución.

De Buen Suceso enfilaron al Cabo y lo rodearon rumbo al canal descubierto la vez anterior, que era la zona de donde habían sido llevados los fueguinos que iban a bordo. Llegaron a la bahía de Wulaia, donde pensaron que era buen lugar para el primer intento civilizador en la región. Allí bajó el misionero, con los tres indios. York Minster, un hombrón rudo y huraño, fue “casado” con la niña Fueguia Basket, dejando de lado al jovencito Jemmy Button,

el predilecto de Fitz Roy, según se dice. Construyeron tres chozas y cercos, pensando en las quintas que se verían en poco tiempo. Apareció la familia de Jemmy, pero tanto el marino como Darwin nos han dejado un relato de cómo se quedaron atónitos al ver la frialdad del encuentro. El joven científico hizo una descripción negativa de los indios, que pesaría durante décadas en el pensamiento europeo y de la cual él mismo se retractaría años más tarde, como consecuencia de los hechos que narraremos más adelante.

Fueron a recorrer el brazo noroccidental del Beagle, pero Fitz Roy estaba preocupado por la suerte de Matthews y regresó pronto... y a tiempo. La flamante pareja se había apurado a irse, llevándose todo lo que pudo, propio y ajeno. El misionero había sido maltratado de todas maneras y estaba convencido de que era imposible continuar un intento de esa naturaleza. Por eso admitió ser reembarcado, terminando de ese modo aquel primer esfuerzo. Unos días después, una nostálgica columna de humo despedía a su protector, a partir de un fuego encendido por Jemmy Button.

Fueron hacia el norte llegando hasta Buenos Aires y volvieron a Tierra del Fuego. Recorrieron por primera vez el canal que llevaba el nombre de la nave, hasta llegar a Wulaia. Allí estaba el joven amigo. "Ciertamente era Jemmy Button", dice Darwin, "¡pero cómo había cambiado! Apenas podía refrenar mis sentimientos y de ninguna manera era el más afectado por su escuálida y mísera apariencia". Estaba desnudo, sucio, desgreñado. No obstante, Fitz Roy escribía con irreductible fe: "Quizá algún marino naufragado reciba ayuda y un trato amable de los hijos de Jemmy Button, movidos, como no puede dejar de ocurrir, por las tradiciones que oirán de los hombres de otras tierras y por una idea, por débil que sea, de su deber hacia Dios, así como hacia su prójimo". Aquella vez la despedida fue definitiva.

El 2 de octubre de 1836, estaban de regreso en la patria. Atrás dejaban delineados para siempre los contornos confusos y complejos de las islas australes. Ahora ya no

eran misterio, sino una tierra abierta, con fama poco feliz de huracanes desorbitados, de montes áridos y de salvajes indómitos. Quizá todo era verdad o casi verdad, pero de todos modos, la puerta estaba abierta y así Tierra del Fuego entraba en una nueva era. Pero antes de presentar a los nuevos protagonistas, debemos volver la mirada a quienes lo eran desde un pasado que nadie ha registrado y que poco a poco se nos va mostrando por la pujanza de los científicos.

Bibliografía

- BELZA, Juan E., *Romancero del topónimo fueguino*.
DARWIN, Carlos, *Viaje de un naturalista alrededor del mundo*.
FITTE, Ernesto J., *Crónicas del Atlántico Sur*.
LENZI, Juan H., *Tierra del Fuego*.
MARTINIC BEROS, Mateo, *Historia del Estrecho de Magallanes*.
PIGAFETTA, Antonio, *Primer viaje alrededor del mundo*.
RIESENBERG, Félix, *Cape Horn*.
ZWEIG, Stefan, *Magallanes*.

N. B.: En este caso, como en los subsiguientes, sólo se menciona las obras básicas, accesibles al público o mencionadas directamente en el texto.



CAPÍTULO II

HIJOS QUE PERDIÓ LA TIERRA

Por cierto, sería imposible no mencionar, aunque fuese levemente a los pobladores primitivos de cualquier lugar que se está historiando. No obstante, el caso de Tierra del Fuego es tan peculiar en este sentido, que, probablemente, esa presunta norma podría ser violada sin perjudicar el contexto. Quedan hoy unos pocos indios, mestizos de las varias razas que poblaron la zona, pero hace décadas que se los puede considerar extinguidos; además, desde hace más de un siglo el tema en que más se ha insistido sobre ellos es esa paulatina y abrumadora extinción. Pero hay aún más. En muchas partes del continente, también han desaparecido los aborígenes, pero han persistido en costumbres, léxico, mestizaje, etc.; en nuestro caso, fuera de cierto grado de toponimia —naturalmente, objeto hoy de pintoresquismo turístico— cualquiera podría ir a recorrer la isla sin enterarse que estuvo poblada desde hace milenios. Y además, desde principios de siglo por lo menos, se podría quizá contar toda la historia sin mencionarlos.

Un motivo fue su escasísimo número. Naturalmente, no es posible dar cifras exactas ni de lejos. Pero los cálculos de los misioneros a que aludiremos en los próximos capítulos coinciden con los de los científicos que les vieron

antes y sobre todo después de ellos. Podemos pensar que toda la isla, incluyendo los canales de la zona magallánica, no albergaban más de diez a quince mil habitantes; en la parte que hoy es argentina llegarían tal vez, aunque dudosamente, a la mitad. Lo notable es que, pese a ello, han despertado gran interés en los antropólogos y etnólogos, que han producido numerosos estudios. Su ubicación geográfica y su bajísimo nivel cultural —el más bajo del mundo posiblemente— han atraído la atención de los estudiosos. No habían salido de la clasificación tradicional de la edad de piedra, tanto en la fabricación de utensilios, como en la organización social y sólo han sido comparados con los salvajes australianos.

Pero aquellos pocos miles de seres humanos también tenían diferencias muy marcadas entre sí. En los últimos tiempos, los avances de los estudios antropológicos están introduciendo algunas variaciones a la clasificación tradicional, pero como ello es algo especializado —y al margen de nuestro interés histórico— sólo haremos referencia colateral al tema.

Básicamente, es bien conocido que los fueguinos formaban dos grandes grupos humanos, ubicados uno al Norte y Este y el otro al Sur y Oeste. La diferencia entre ellos estaba claramente señalada por el habitat, no sólo en la expansión geográfica que hemos señalado, sino en el medio en que desarrollaban su existencia. Los primeros eran los “indios de tierra” o “indios de a pie”; los segundos eran los canoeros. Esta diferencia se puede hacer de una manera tan radical que sorprende. Los primeros merodeaban hasta las costas de los océanos y los lagos, pero no tenían la idea más mínima de navegación. Los segundos, por lo contrario, eran igualmente nómades, pero sólo en el ámbito acuático. No hubo rincón de los canales que no les conociese, pero no se internaban en tierra sino poquísimos kilómetros, cuando era necesario perseguir algún guanaco; de hecho, tenían cierto espanto a los bosques y rehuían temerosos a los pobladores de tierra firme, más fuertes que ellos.

Los indios canoeros, para comenzar por ellos, eran a su vez de dos grupos diferentes, que llamaremos provisionalmente yaganes y alacalufes. Estos últimos vivían exclusivamente en la actual zona chilena; pocas veces doblaban el cabo Brecknock y entonces lo hacían, por lo común, no más allá de Yendegaia o Lapataia en el Beagle y a lo largo de la isla Hoste. Se distinguían de sus hermanos por tener un idioma muy diferente, pero eran muy parecidos en sus costumbres. La expedición de Fitz Roy y Darwin tuvo contacto especialmente con ellos y son, por eso, responsables indirectos de la mala fama que cayó sobre todos. Un punto curioso de esa historia tuvo lugar cuando los marineros de la *Beagle* preguntaron cómo se llamaba el lugar en que estaban. *Tekénika* contestaron los aludidos y, con la sola pérdida del acento esdrújulo, así quedó el nombre para la gran bahía de Hoste y, durante mucho tiempo, también para la raza. Sólo mucho después vino a descubrirse que esa palabreja significa "No le entiendo". Como, según ya dijimos, los alacalufes no frecuentaban la zona que historiamos, les dejaremos de lado.

En cuanto a los yaganes, comenzamos también por el problema de su nombre. Como todos los pueblos primitivos, no tenían una palabra para denominar a su propia raza, pues la identificaban con el género humano y aun con los seres vivientes en su conjunto. Para eso usaban la palabra *yámana*, que es la predilecta de los científicos de hoy. Un caso igual, por ejemplo, presentan los gitanos, que se llaman *romani*, que tiene la connotación señalada. ¿De dónde viene lo de yaganes? El misionero Tomás Bridges, que fue quien les conoció más de cerca, comprendiendo la ambigüedad del término quiso usar el criterio europeo de designar a un pueblo por el lugar en que vive; en castellano, por ejemplo, en Alemania viven los alemanes y no los *deutsch* y nadie pensaría en llamar *bielorruski* a los nacidos en Rusia Blanca. El predicador calculó con exactitud que el canal que corre entre las islas Navarino y Hoste es el centro del habitat de la raza; como los indios le llama-

ban Yáhga (hoy se le conoce como Angostura Murray) les bautizó "yaganes". Poco importa el hecho y, para mantener la unidad, seguiremos llamándoles yaganes.

Aquellas criaturas, aproximadamente tres mil quizá al entrar en contacto con los blancos y sólo mil medio siglo después, tenían toda su vida reglada por sus hábitos náuticos. La canoa era lo más importante de la vida; su construcción era tarea masculina, se hacía con corteza de cierto árbol y sólo en cierta época y duraba unos seis meses. En ella se colocaba la familia y entonces, la mujer era la encargada de remar e inclusive de arrojar al agua para halar de la embarcación hasta encallarse o preferiblemente atarla a las grandes algas, llamadas cachiyuyos, que entonces llenaban las incontaminadas costas. Salvo en algunos grupos más al sur, los varones no sabían nadar y no pocos se ahogaban por eso.

Las mujeres se ocupaban de la atención familiar (cuidado de los niños, cocina, mantención del fuego) y los hombres de la caza y la construcción de armas y canoas. La vida era durísima para ambos sexos. Para nuestros criterios, el lugar de la mujer era una real explotación, pero quizá aquella división de tareas era la única forma de supervivencia.

No podemos hablar de una vida familiar tal como la entendemos. Así, una misma palabra significaba familia, clan o tribu y también morada y albergue. Toda la parentela, todos los que se amontonaban bajo el mismo techo eran una "familia". Ese techo era el de una choza más o menos precaria, que presentaba algunas diferencias en verano o invierno, pero que estaba construida con palos entrecruzados en el extremo superior y rodeados de ramas para detener el viento y la nieve. En el centro se hacía una excavación, donde se colocaba el fuego y alrededor se apeñusaban hombres, mujeres y niños y sobre todo perros que servían de estufa viviente. Afuera se iba formando otra elevación similar con las valvas de los mejillones que tiraban desde la vivienda y aun hoy se pueden ver los montículos, ya

cubiertos de gruesa capa de tierra. Como se alimentaban de pescado, de carne y huevos cocidos sobre el fuego; como no tenían ni idea de lo que era el aseo y como la promiscuidad era la ley, entendemos por qué Bridges reconocía que jamás pudo permanecer cerca de ellos, aun después de civilizados, por el hedor que despedían, sin sentir el imaginable escozor nasal.

Existía gran ligereza para la formación de esas "familias". No era extraño que un hombre despidiera a su mujer o que ésta se fuera con otro "marido", aunque tal tipo de episodios, cuando no eran consentidos, podían terminar en graves peleas. Tenían varias esposas, generalmente para el beneplácito de las mayores que esclavizaban a las jovencitas haciéndolas cumplir todo el trabajo; no era raro que un hombre estuviera unido a dos hermanas o a madre e hija a la vez. Al mismo tiempo, los familiares de éstas eran parte de la "familia" y tenían acceso a la choza. Así se iban formando los clanes, que mantenían una cohesión relativamente fuerte. Esto se notaba cuando llegaba la hora de una venganza. Aunque no eran raros los homicidios, se les consideraba delito grave y debían ser castigados, a veces por años un grupo ofendido hostigaba a otro, aun en familiares muy lejanos. Las peleas eran tan continuas y desenfrenadas, que se las considera una de las causas de la desaparición de la raza.

La vida en las canoas o acucillados en las chozas había llegado a deformar sus cuerpos, con un aspecto para nosotros muy desagradable. De la cintura para arriba eran de hombros y pechos muy fornidos, pues realmente tenían un vigor muy grande. Los miembros inferiores, por lo contrario, eran débiles y combados. Presentaban, por lo tanto, cierta figura simiesca cuando caminaban.

Ello se hacía más notable cuando pensamos que prácticamente andaban desnudos. Llevaban a menudo una piel de nutria colgada del cuello, como para ponerla por delante o atrás y así detener el impacto del viento o la lluvia. Su único "vestido" era la grasa, en general de los mismos

animales que comían, que se pasaban por la cara y luego por todo el cuerpo, como una leve protección contra el frío y que naturalmente se iba —aunque nunca del todo— cuando se exponían al clima hostil como ningún otro.

De peinado no tenían ninguna idea. En cuanto a adornos, las mujeres usaban algunos collares de cuentas muy rudimentarios. En ciertas ocasiones (peleas, ritos de iniciación, duelo, etc.), se pintaban líneas y puntos de color en la cara, con significados que ellos comprendían y con los que comunicaban lo que les ocurría.

Si la señal era de duelo, no era precisamente para recibir señales de simpatía, pues era contrario a las buenas costumbres referirse a los muertos, de los que se tenía un temor supersticioso. Por lo general, eran cremados con su choza. No debe pensarse que ese silencio significara desapego. Especialmente en las relaciones de padre a hijo y viceversa, hacían sinceras expresiones de dolor, con saltos y aullidos impresionantes.

En los días de bonanza o mientras estaban encerrados en la choza por el tiempo, realizaban sus pequeñas tareas, que eran muy simples canastillas tejidas o muy cuidadas flechas y arcos. Eran de tamaño pequeño, de punta de piedra, hasta que los blancos comenzaron a dejar botellas a mano. También usaban lanzas y arpones.

Ello ya nos va indicando cuál era su dieta. En gran parte, provenía del mar: peces, mariscos, carne de ballenas varadas (manjar predilecto) o de lobo marino. Con flechas y piedras, cazaban y comían pingüinos, gaviotas y cormoranes. Para todo esto, a veces hacían verdaderas expediciones a alguna isla donde se sabían que abundaba la fauna; llegaban a lugares tan aislados como las Hermite o las Evout y, aunque se llevaban una provisión de agua potable, muchas veces su vida corría riesgo porque el mal tiempo impedía que fueran rescatados por sus esposas con las canoas. Cuando se enteraban de un grupo de guanacos que estaba cercano, también salían a cazarlo. Consumían pocos vegetales, aunque hacían mucho uso de los hongos. En invier-

no, todo ello escaseaba o era inaccesible y pasaban hambre con frecuencia.

Esas expediciones cinegéticas o la forma de convivencia era toda la organización social que conocían. No tenían jefes ni rangos de ninguna especie. Sin embargo, un grupo solía odiar a otro. Tenían una especie de base, desde donde iban y venían y se conocían por el nombre del lugar. De ese modo, los grupos se fueron diferenciando por zonas. Los que vivían en las Wollaston, cerca del Cabo de Hornos serían calificados hoy de más salvajes, tanto en sus reacciones como en la dureza de su idioma, mientras que los de la región de Ushuaia podían pasar por los más agradables. Todo ello, por supuesto, con muchísima relatividad.

Hemos mencionado el idioma, que es uno de los misterios de ese pueblo y que sólo se explica por esa vida de continuo aislamiento. Darwin dijo que parecía el ruido de un inglés haciéndose gárgaras. Bridges lo estudió a fondo y para sorpresa del mundo de los lingüistas, logró compilar un diccionario de nada menos que treinta y dos mil palabras, o sea unas diez mil más que Shakespeare de quien se dice que usó el vocabulario más amplio de Occidente.

El único que tenía cierto tipo de autoridad era el *yacamush* o médico brujo, que intervenía más con artilugios mágicos que con ciencia empírica en casos de enfermedad. Esto nos lleva a un tema muy debatido que es el de la religiosidad de los yaganes. Los misioneros —que convivieron décadas con ellos y que por cierto entendían del tema— y los distintos viajeros y científicos de las primeras expediciones han insistido en que, pese a todo lo que podía esperarse, aquella raza carecía de religión. Por lo contrario, algunos modernos antropólogos, siguiendo a Martín Gusinde, que les dedicó un gigantesco estudio, aseguran que tenían ideas bastante desarrolladas sobre un dios único, a quien daban distintos nombres. Todos concuerdan en que carecían completamente de cualquier forma mínima de culto organizado, sacerdotes o ceremonias e inclusive que eran muy reticentes en hablar de elementos religiosos. Pese a

la difusión de esos criterios, al margen de que los métodos de Gusinde están sometidos a serio debate, el análisis de dichos nombres e ideas dan la clara imagen de un fenómeno de transculturación, sobre todo conociendo la forma en que Bridges les enseñó el cristianismo. Nos parece que siguiendo ideas en boga, dicho conjunto de antropólogos aplicó sus conceptos a priori, sin captar que hablaba simplemente con restos desperdigados de una raza, que hacía tres o cuatro generaciones que había adoptado las enseñanzas de los blancos.

Sin embargo, sí es cierto que tenían ciertas nociones míticas o supersticiones. Creían que había espíritus en los bosques y las aguas y que de alguna manera se relacionaban con los muertos. Lo más parecido a un acto ritual era la *kina* o ceremonia de iniciación, que se celebraba con la entrada a la pubertad de los adolescentes. Como dato ilustrativo, señalamos que entre las treinta mil palabras del diccionario, no hemos localizado más de una docena relacionadas con estos aspectos.

Se encuentra en proceso un estudio a fondo de la arqueología de los canales. Ello permite demostrar que se trata de una cultura muy antigua. Los restos encontrados son de no menos de tres mil años A.C.

La superficie ocupada por los indios de tierra era mucho mayor, siempre con nuestra costumbre de medirla precisamente por la superficie terrestre. Como ya dijimos, el término "ona", si bien sigue siendo útil, ha dejado de tener vigencia científica. Es curioso que sea de origen yagán; a su vez, los canoeros llamaban Onaisín a la Isla Grande.

Primeramente se comprobó que los habitantes de la península Mitre, o sea el extremo oriental, hasta Bahía Policarpo al norte y Bahía Aguirre y a veces Slogget al sur, eran de otro grupo, al que se llamó *haush* o *aus*. Eran más antiguos que sus hermanos del norte, a quienes habían transmitido elementos culturales y míticos. Se supone que pueden haber vivido también en épocas lejanísimas en la Isla de los Estados. Tenían un idioma distinto y también algu-

nas costumbres en las que diferían de los nortños, en particular en cuanto a la alimentación. Pero fuera de eso, era fácil confundirlos, como ocurrió hasta que Bridges comprobó esas diferencias, mejor señaladas por los estudios científicos posteriores. Se los suponía extinguidos o a punto de estarlo a la llegada de los misioneros, pero luego fueron localizados muchos individuos aislados; de todos modos, no hay duda que fue el primer grupo indígena que entró en el proceso general de decadencia.

Así como los yaganes se llamaban a sí mismos "yámana", los onas se autodenominaban —con el mismo alcance lingüístico— *selknam* o *shelknam*. Sin embargo, este término ya no puede aplicarse a todos los habitantes al Norte de la línea del lago Fagnano, sino sólo a los que vivían entre éste y la zona aproximada del río Grande y la sierra Carmen Silva. Ya en autores más o menos alejados, como Payró, Gallardo o Agostini, encontramos la referencia a "onas del norte" y "onas del sur". Los del norte se autodenominaban *chonkóiuuka* lo que les identificaba más aún con la rama étnica de los *chonk*, en la que se incluye a los tehuelches o sea los habitantes de la Patagonia Austral. Los *selknam* daban a su tierra el sonoro nombre de *Karukinká*.

Todo este grupo forma un interesante puente entre los tehuelches y los canoeros. De los primeros, tenían la estampa erguida y altiva; de los segundos, compartían la mayor parte de los elementos culturales, que evitaremos repetir. Si los yaganes a menudo no pasaban del metro y medio de altura, los onas, por el contrario, solían tener más de uno ochenta y, como su vida trashumante, era caminando, su figura era erecta e impresionante. Por esa misma razón, causaron impresión en los primeros blancos y sufrieron más persecución. Agréguese a ello que solían usar un bonete de piel de guanaco que aumentaba aún más su estatura.

De la misma piel era su escasa vestidura. Se envolvían el cuerpo con uno o dos cueros, sin armar ponchos como los patagones. Las costumbres exigían que las mujeres siem-

pre usaran algo, aun cuando a menudo el viento anulaba lo que podría ordenar el pudor. También se hacían mocasines de cuero.

Esta referencia nos lleva a indicar que la vida familiar era algo más ordenada que entre los yaganes. En general eran monógamos, aunque la vida errante producía numerosas "ligerezas". La esposa era elegida dentro del clan y se refieren costumbres pintorescas. Si bien, por lo general no había verdaderos romances, a veces practicaban una forma de declaración amorosa muy particular: el galán colocaba una flecha en la puerta del toldo de su elegida y esperaba un tiempo hasta que ella la ponía dentro —haciéndole esperar con la debida coquetería—, tras lo cual él también entraba... o se llevaba nostálgicamente la prueba de su amor frustrado.

También se cubrían con grasa y se hacían pinturas de adorno en la cara o distintas partes del cuerpo.

Los cueros de guanaco les servían de vivienda. Esta era sólo un reparo contra el viento, que luego se doblaba y transportaba sobre la espalda. Esta tarea pertenecía a la mujer. Los hombres se limitaban a la caza y la guerra, así como a la construcción de armas, de tamaño más o menos grande.

El cuadrúpedo era la base de su alimentación. Los del norte comían quizá más el tucu-tucu y todos aprovechaban de las aves y los lobos marinos.

Formaban clanes muy cerrados, ligados por consanguinidad, que erraban de un lado al otro, en busca de la caza. Sea por ella, sea por cuestiones de mujeres, había muchas luchas entre un grupo y otro, en lo cual eran muy sanguinarios.

Su vida religiosa tenía similitud con la yagana, pero era más elaborada. La ceremonia de iniciación o *klóketen*, que ha sido muy estudiada, era compleja e interesante. Tenían otras, como el *jaind*, que era únicamente para hombres y algunas femeninas o mixtas, que han sido descriptas por Lucas Bridges, que fue quizá su único testigo blanco, en

estado puro de la raza. Su mitología es muy amplia, ya que contaban numerosas leyendas, que hacían referencia a orígenes que parecían ligarles a la Antártida, a través del héroe Kuanip, o que se referían a animales, aspectos climáticos o al diluvio universal, en el que también creían los canoeros.

El tema quizá más reiterado y acuciante en cuanto a los fueguinos en su conjunto es el de su extinción. Se han presentado muy numerosas teorías, con más o menos seriedad, y sólo podemos mencionarlas. Quizá el resumen sea que no se ha logrado, ni quizá se logre nunca, una explicación definitiva.

Comencemos por decir que el tema se ha magnificado, con lo cual no queremos reducir su dramaticidad. Son muchos los pueblos aborígenes que han desaparecido a lo largo de la historia, sin que se haya creado un halo de misterio y barbarie, como en este caso. ¿Dónde están los sumerios, los filisteos, los etruscos, los visigodos y tantos otros como las razas negras minoritarias de Sud Africa, arrollados por cafres y zulúes? Parece que es posible afirmar que los fueguinos ya eran una raza en decadencia cuando llegaron los blancos; al menos varios viajeros nos han dejado esa impresión. Las primeras estadísticas, por imperfectas que hayan sido, parecen corroborarlo también.

Por el otro lado, en Tierra del Fuego no se dio el caso que ocurrió en casi toda América Latina de que las razas indígenas hayan desaparecido por absorción en un proceso de mestizaje recíproco o con blancos y negros. Lo hubo en cierta medida entre ellos, pero fue muy escaso con los nuevos pobladores; dado el número ya muy limitado de ambas partes, el fenómeno no podía producirse.

El tema más traído y llevado es que los indios fueron en realidad asesinados masivamente por los colonos. Es imposible negar la existencia de algunos episodios, como los ocurridos en Gente Grande, Chile, o durante la expedición de Ramón Lista. Julio Popper casi alardeaba de un caso que protagonizó. Pero la macabra estadística también lle-

ga a un callejón sin salida, pues los estudios serios han mostrado que muchos casos fueron fantasía o exageración y que de ninguna manera se pudo extinguir a toda la población con la muerte de algunas docenas de homicidios.

Menos aún, la idea de la deportación puede darse como descartable. Es cierto que los misioneros y algunos funcionarios enviaron fuera del territorio a algunos indios, procurándoles un mejor nivel de vida, pero fueron casos aislados.

El tema de las matanzas no puede descartarse en otro sentido: lo que ocurría entre ellos y que quizá estuvo ocurriendo por siglos. Los testimonios de los anglicanos y salesianos coinciden en que las luchas entre clanes provocaban gran número de muertes, que puede haber afectado el proceso biológico.

La causa más mencionada es la de las enfermedades y vicios llevados por los blancos y ésta es indiscutible, por lo menos, en la etapa final. Los misioneros aseguraban que las epidemias comenzaron con los primeros contactos con loberos. Desde que aquéllos pudieron ir registrando lo que ocurría se encuentra la terrible nómina del sarampión, la tos convulsa, la escarlatina, la tuberculosis y muchos otros males, que arrasaban con centenares de indios, o sea a veces la mitad de la población total. Al margen de lo endémico, la sucesión de muertes prematuras es impresionante; a veces era evidente que se trataba de debilitación simplemente por hambre.

Hay autores que dan más o menos importancia a los vicios (el alcohol, el tabaco, las enfermedades venéreas), ya que alcanzó a sólo una parte de la población indígena, pero cierto grado de incidencia no puede negarse.

Otro factor biológico se ha agregado más recientemente a los anteriores, para explicar la falta de defensas naturales de los fueguinos. El detalle de que haberse vestido desequilibró su sistema no es tenido muy en serio, pese a que no ha faltado un autor francés que escribiera una larga novela acusando de genocidio a los misioneros en base a ello.

Pero lo que sí puede considerarse es el trastorno alimenticio. La desaparición de lobos y ballenas privó a los indios de su principal y casi única fuente de proteínas; los que no vivían cerca de los vacunos y ovinos de los blancos fueron perdiendo su fertilidad —que nunca fue mucha— y los demás factores se los llevaron fácilmente.

De todos modos, como historiadores, sólo nos queda consignar el hecho de la desaparición. Quizá también lamentarlo. Y lamentarlo sobre todo porque la historia posterior, no contiene ni siquiera elementos culturales que por lo menos nos dejaron los de otras razas igualmente extintas.

Bibliografía

BRIDGES, Lucas, *El último confín del mundo*.

BRIDGES, Tomás, *Vida entre fueguinos* (recopilación inédita, hecha por el autor, de notas y artículos de la revista de la Misión).

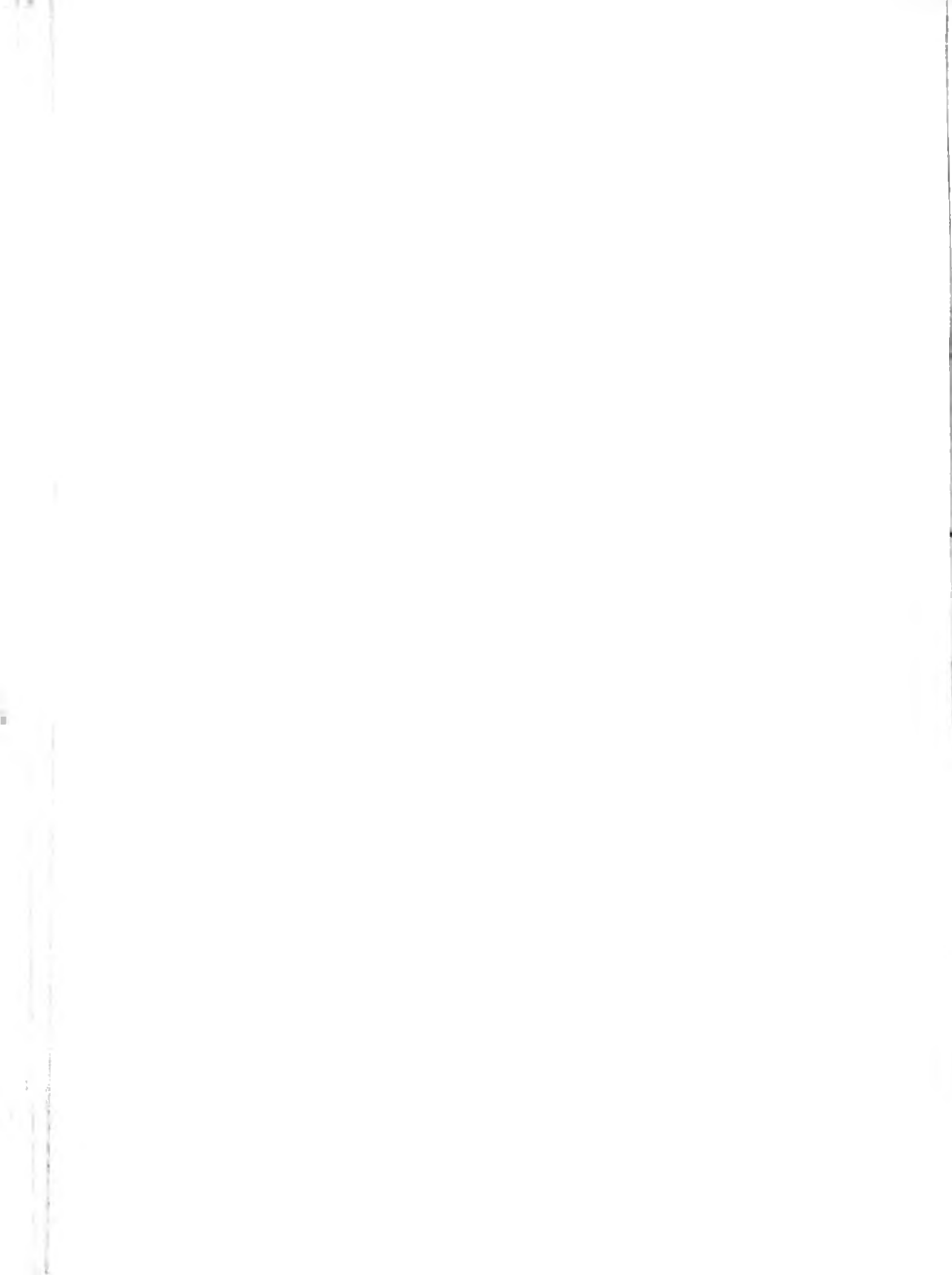
GALLARDO, Carlos, *Los onas*.

IMAZ, José Luis de, *Los hombres del último confín*.

ORQUERA, E. A.; SALA, A. E.; PIANA, E. L.; TAPIA, A. H., *Lancha Packewaia*.

PAYRÓ, Roberto J., *La Australia argentina*.

PESSAGNO ESPORA, Mario A., *Los fueguinos*.



CAPÍTULO III

UNA MISIÓN CRISTIANA QUE SE HIZO PUEBLO

El ingreso de Tierra del Fuego en lo que podemos llamar su verdadera historia —pues todo lo anterior es prehistoria o protohistoria— llegó por un camino totalmente atípico en el panorama argentino: la presencia de una empresa misionera protestante. Sólo en el otro extremo, en Misiones, podríamos encontrar algún paralelo con la obra de los jesuitas, pero en el Sur se produjo una continuidad que fue quebrada en el Norte. Es una sucesión de episodios cargada de dramatismo, de tragedia, de heroísmo y sobre todo de fe. No tiene paralelo en la Argentina y tal vez en todo el mundo. Por lo menos en sus primeros pasos, se la menciona mucho en las obras de esos temas en todas las esferas evangélicas.

Hemos de comenzar por alguien que ha sido bien llamado un “personaje de excepción” o un “ejemplo para la juventud”; esta última frase corresponde al historiador salesiano Raúl S. Entraigas. Nos referimos a Allen F. Gardiner, capitán retirado de la marina británica. En ese carácter, recorrió los siete mares, dio la vuelta al mundo, guerreó y exploró y aun llegó a tratar al Libertador San Martín en los saraos de Lima. Mientras tanto, también se alejó y retornó a la profunda piedad que había recibido como

legado paterno. El mismo fue siempre una combinación muy particular de misticismo y espíritu práctico.

Tenía ya cuarenta años cuando resolvió dejar la carrera de las armas y los velámenes por la lucha de la fe. Comenzó por Sud Africa, donde fundó la actual ciudad de Durban, pero debió irse por las guerras internas.

Es imposible seguirle por todas partes. Estuvo en varios puntos del Sur de Chile, en Nueva Guinea, en el Chaco boliviano, siempre fracasando, pero nunca cejando en sus propósitos. En 1844, reunió a varios amigos, ministros y laicos anglicanos, y formaron la Sociedad Misionera de la Patagonia, que años después pasó a llamarse "de Sud América", con el único propósito de reunir fondos para mandar predicadores a los indígenas. Después de una de aquellas aparentes derrotas, declaró: "Mientras Dios me dé fuerzas, no he de acobardarme... Jesucristo ha dado una orden: predicar el evangelio hasta lo último de la tierra. El proveerá para el cumplimiento de su propio deseo. Obedezcámosle".

En 1843 estuvo en el Estrecho de Magallanes haciendo contactos positivos con los indios, antes del establecimiento de los chilenos. Cuando volvió un par de años después, la situación había cambiado y enfrentó una nueva puerta cerrada.

Decidió probar donde no hubiera llegado la influencia del hombre blanco y sus ojos se volvieron hacia los canales fueguinos, de los que se hablaba tanto desde los tiempos de Fitz Roy y en los que ya había pensado. Una nave que iba hacia el Perú le dejó con un compañero en Puerto Pabellón, en la isla Picton. Por un error, el islote que él bautizó "Garden" (Jardín) lleva su nombre en pequeño pero justiciero recuerdo. Pero la hostilidad de los salvajes les hizo comprender que no podrían lograr nada de ellos y volvieron a bordo un par de días después.

Su mentalidad marina le hizo forjar un plan: una misión flotante. Comenzó a recorrer Inglaterra en busca de fondos para llevarla a cabo, pero aquéllos no llegaban y fi-

nalmente se limitó a dos pesadas lanchas, con las que fue transportado, junto con seis compañeros —el médico Ricardo Williams, el catequista Juan Maidment y cuatro marinos— hasta el mismo lugar de la vez anterior. Aquello había sido en 1848; ahora ya eran los fines de 1850.

Lo ocurrido escapa a toda descripción. La agresividad de los indios volvió a hacerse insoportable. Las naves que debían ir a reaprovisionarlos no llegaron, una por amotinamiento y otra por naufragio. Se trasladaron a Bahía Aguirre, después de dejar en Picton un cartel gigantesco pintado en una roca pidiendo ayuda urgente. Tanto Gardiner como Williams llevaban un detallado diario y aun observaciones meteorológicas, con los que podemos reconstruir la heroica y dramática historia. Un detalle curioso es que el primer intento misionero protestante fracasó por razones similares al primero católico, a una distancia relativamente corta, cruzando la península Mitre.

Poco a poco, el grupo fue languideciendo. Algunos fueron atacados de escorbuto, pero la mayoría murió simplemente de hambre y frío. El primero fue un marinero, que desfalleció el 28 de junio, mientras Gardiner escribía algunas meditaciones referidas a sus flamantes cincuenta y seis años. Después fueron agotándose uno a uno. Todo hace suponer que el mismo capitán —como los demás le decían— fue el último. Su diario abarca hasta el 5 de septiembre de 1851 y se presume que no puede haber sobrevivido más de un día. En ese documento encontramos poesías de verdadero valor literario mezcladas con informaciones de lo que ocurría y planes para el futuro. Una de las informaciones era que la comida que les quedaba incluía seis ratones. Pero en todo momento se mantuvo alta su fe; así por ejemplo, el 3 de septiembre escribió: “Bendito sea mi Padre celestial por las muchas bendiciones que estoy gozando: un lecho confortable, ningún dolor, ni aún apreturas del hambre, a pesar de estar excesivamente débil”.

Cuando sus restos fueron encontrados unos meses después, hubo muchas críticas en Inglaterra. El secretario de la Misión, el pastor Jorge Pakenham Despard, tomó el toro

por las astas. Publicó los documentos de los mártires y con ese argumento logró reunir el dinero necesario para comprar una goleta que fue llamada *Allen Gardiner*; ella y sus dos sucesores recorrieron galanamente los canales durante más de medio siglo.

A principios de 1855, un grupo se trasladó a las Malvinas donde arrendaron el islote Keppel —Vigía, en la cartografía española— en el extremo noroccidental del archipiélago y al año siguiente partieron hacia los canales con la intención de encontrar a Jemmy Button, aquel protegido de Fitz Roy que el ahora almirante había dejado en Wulaia casi veinte años antes. Al margen de su fe, no pudieron menos que sorprenderse cuando el citado apareció en una de las primeras canoas que les recibieron en aquella bahía, después de recorrer todo el *Beagle*. Fueron los primeros en hacerlo luego de la nave epónima, considerando siempre que aquél comenzaba al norte de Navarino.

El fueguino demostró alegría por el encuentro y recordaba suficiente inglés como para un diálogo, pero resultó trabajoso convencerle de que fuera a Keppel a pasar un año con los misioneros. Finalmente aceptó y de ese modo se comenzó con el plan de Gardiner, lento pero seguro, de “civilizar” a unos pocos indígenas, para tener así luego un acceso a la raza. Eran yaganes, aunque algunos tenían mezcla de alacalufes o *haush*.

Este proceso terminó trágicamente cuando el 6 de noviembre de 1859, al intentarse por primera vez un servicio religioso en tierra, a cargo del misionero Garland Phillips, éste, el capitán del barco y seis marineros fueron asesinados por la turba, que dirigieron, según todo hacía suponer, los más beneficiados: el mismo Button y sus hermanos y familiares.

Se produjo una nueva pausa. Quien se ocupó de interrumpirla es otro espíritu valeroso, hijo de un marino inglés, a quien los médicos daban pocas posibilidades de vida en el Sur y que llegó a los noventa y cuatro años. Con su esposa y sus dos hijitas, Waite H. Stirling llegó a las Mal-

vinas, dispuesto a imprimir un nuevo ritmo al trabajo. Algunos, incluyendo a un hijo de Gardiner - a quien su padre dejó una emotiva carta-, intentaron contactos con los tehuelches, pero el resultado evangelizador fue nulo, excepto en el Río Negro. En 1868, un grupo de indios amigos fue colocado con cabras y hortalizas para cultivar en la bahía de Lauaia, en Navarino, frente mismo a Ushuaia. El resultado relativo de este pequeño establecimiento llevó a Stirling a una heroica decisión: radicarse él solo entre los indios, para tener un contacto estrecho y una mayor influencia. Mientras tanto, en Inglaterra ya habían comenzado los trámites para su consagración como primer obispo anglicano de Sud América.

El 18 de enero de 1869 cumplió su propósito. Ese día, el *Allen Gardiner* le dejó sin más compañía que unos pocos fueguinos conocidos por su conducta en Keppel. Era su cumpleaños e hizo una fiesta, pero a la noche tuvo que intervenir para detener una pelea. Lo que más nos interesa fue el lugar elegido: el costado occidental de la bahía de Ushuaia. Como su propósito declarado era formar una *Christian village*, puede considerarse que desde entonces comenzó a existir la actual población, aunque nunca ni entonces ni más tarde hubo una fundación formal. Esto ha dado lugar a largas polémicas, felizmente terminadas, como veremos luego.

La goleta volvió al cabo de un mes y se quedó fondeada en la bahía, con orden de no desembarcar a sus hombres. En agosto volvió a ir a Keppel y regresó con la orden de que Stirling fuera a su patria para la consagración episcopal, ya que el justo nombramiento se había concretado. Aquellos meses habían sido de intensa actividad. Increíblemente logró poner una buena dosis de orden entre los que le rodeaban. Les enseñó a trabajar, sea cortando madera, sea construyendo cercos, sea cultivando quintas, por alguna retribución que iba desde galletas hasta codiciados cuchillos y hachas. No pocas veces su vida estuvo en peligro. No sufrió ningún daño físico, pero no porque no se lo hubiera intentado.

Su esposa había muerto en Viedma, dando lugar al primer entierro protestante en el país fuera de Buenos Aires. Por eso, redactaba sus informes como cartas a sus niñas, al cuidado de familiares en Inglaterra. Uno de sus párrafos ha sido muy citado.

"Mientras me paseo arriba y abajo al atardecer delante de mi choza, me veo como un centinela, creo que un centinela de Dios, establecido en el puesto más austral de su gran ejército. Un suave toque del cielo sorprendió con gozo mi corazón y me olvidé de mi soledad al darme cuenta del privilegio de que se me permita permanecer aquí en el nombre de Cristo".

El nombramiento de Stirling para un cargo superior obligó a la Misión a recomponer filas. Otros misioneros, como Juan Lewis y Guillermo Bartlett, fueron a Ushuaia a continuar el trabajo y a preparar casas para sus sucesores. El primero llevó a su esposa, Eleonor Britten, que fue la primera mujer blanca que vivió en Tierra del Fuego, también tenían dos criaturas, la menor de las cuales se llamaba Frank Ushuaia.

También se seguía con el trabajo en Keppel. Cuando Despard dejó el lugar, antes de que llegara su sucesor, el establecimiento quedó a cargo de un joven que llegaría a ser el personaje más destacado de esta historia.

Tomás Bridges debía su apellido al hecho de que fue encontrado perdido, cuando tenía unos dos años, en un puente de Inglaterra, sin conocer el idioma del país. Después de ser recogido en un asilo, fue adoptado por Despard, quien le crió y educó, hasta que le llevó con el resto de su familia a las Malvinas en 1856, cuando tenía trece años. Allí continuó creciendo a la par de los muchachos yaganes que eran llevados desde los canales. Y allí quedó a cargo de todo cuando en 1859, su padre adoptivo se volvió a su país. Luego trabajó junto a Stirling, preocupándose en especial por conocer el idioma de los indios, para lo cual tenía una capacidad innata.

Cuando el superintendente fue nombrado obispo, se resolvió que él se haría cargo del establecimiento de Ushuaia

y que para eso era necesario que fuese ordenado en la Iglesia Anglicana. Por tal motivo, en 1869 viajó a Inglaterra, donde estudió intensamente y logró aquel propósito. Luego logró también otro no menos importante: casarse. Y al día siguiente de la boda, se embarcó rumbo al Sur.

Durante 1870, el *Allen Gardiner* hizo seis viajes entre Keppel y Ushuaia, llevando materiales y trasladando rollizos que eran cortados allá, posiblemente fueron la primera "exportación" de la Isla Grande. Generalmente Bridges iba y venía, lo que le permitía, entre otras cosas, ver a su esposa, que le dio su primera hija, que sería seguida por otros cinco vástagos. Una etapa importante de la construcción fue la erección de la "Casa Stirling", una prefabricada de hierro, que había sido construida en Inglaterra para reemplazar la precaria que había usado el misionero. Estas fueron, pues, las primeras edificaciones permanentes en Tierra del Fuego, pues estuvieron en uso durante muchos años.

Al año siguiente, se establecieron en forma definitiva. Junto con los indios amigos, los esperaban los Lewis, cuyo niño bautizó Bridges. El viaje fue terrible y estuvieron varias semanas encerrados en Buen Suceso, por causa del clima.

Un yagán llamado Cushinjiz, educado en Keppel, fue el novio del primer casamiento ushuaiense, pero el día realmente de gloria fue el 5 de marzo de 1871, cuando, con la visita de Stirling, se llevaron a cabo treinta y seis bautismos y siete casamientos. El solemne acto se realizó al aire libre y desde entonces se comenzó un registro, que está hoy en el Museo de Ushuaia. Al principio, figuran dos jovencitos que habían sido bautizados antes, al regreso de un viaje a Inglaterra con el obispo, uno de ellos hijo de Jemmy Button. Luego encontramos, mezclados con los indios, los nombres de los hijos de los misioneros, que compartieron la vida en un impresionante plano de igualdad.

El trabajo se fue haciendo entonces más rutinario, aunque nada tenía de monótono. Llegaron otros a ayudar. Le-

wis y Bartlett volvieron a Keppel. En su lugar, fue primero el joven matrimonio Lawrence, quienes tendrían un larguísimo ministerio; se suponía que él era el maestro, pero por supuesto todos debían hacer de todo. Además, estaban los Whaits, un matrimonio con una niña, que comenzaron atendiendo los trabajos manuales, o sea la capacitación de los indios en tareas de carpintería y herrería, para luego ocuparse de un asilo de huérfanos, para el cual se construyó un edificio adecuado. Había normalmente entre quince y veinte niños de ambos sexos. Un caso interesante es el de uno que fue bautizado Robert Fitz Roy Button. Era nieto del célebre Jemmy y lo apadrinaban la viuda y los oficiales que habían andado por allá en el *Beagle* con el almirante, que, en dramático remedo de su antecesor, entró en una crisis depresiva y se quitó la vida.

Los indios se iban estableciendo paulatinamente en lo que se transformó en un pequeño pueblo, aunque siempre salían en excursiones de caza o pesca, a veces dejando casi vacío el establecimiento. A los que formaban un hogar ordenado y mantenían buena conducta, los misioneros les asignaban tierra y les daban semillas y utensilios y luego también ganado vacuno y lanar, comienzo de la actual riqueza fueguina.

Había problemas con mucha frecuencia, pues los grupos que llegaban continuamente de todas partes, causaban peleas o buscaban venganza de sus muertos, en los que a veces estaba implicado alguna relación de los ushuaienses. Varias veces los misioneros fueron en ayuda de una nave naufragada o para controlar los instintos depredatorios de los yaganes de lugares más alejados.

Cubrían con su acción directa el habitat de los yaganes y habían establecido a algunos indios amigos, con quintas y ganado en la isla Gable y en menor medida en Yendegaia. Desde allí hasta Picton y hasta el Cabo de Hornos, toda la zona era recorrida por el *Allen Gardiner*. Hicieron también viajes a otras regiones. Fueron varias veces a Punta Arenas, para comerciar y allí entraron en contacto con las autorida-

des chilenas, con quienes hablaron de un establecimiento en Gente Grande entre los alacalufes, que nunca llegó a crearse, como tampoco en la bahía San Sebastián u otros lugares donde planearon trabajar con los onas. Stirling había hecho muy buenos contactos con las autoridades de Buenos Aires, a las que pagaba un arriendo simbólico por la isla Gable. Con el tiempo, Bridges trabaría amistad con personalidades como Mitre, Roca, el perito Moreno, Cambaceres y otros científicos y políticos de la época, todos los cuales le respetaban mucho.

En 1876 fue a Valparaíso para su ordenación sacerdotal. Es notable la cultura que adquirió en un plan totalmente autodidacta. Tenía conocimientos muy vastos de ciencias naturales y de lingüística, que eran sus fuertes, además de muchos otros de tipo teórico y práctico. No produjo ninguna obra sistemática, aunque pronunció algunas conferencias en Buenos Aires. Pero su conocimiento del idioma yagán, le permitió preparar su célebre diccionario, editado luego en forma limitada por los descendientes. También tradujo a la misma lengua los evangelios de San Lucas y San Juan y el libro de los Hechos de los Apóstoles, para que sus discípulos pudieran leer las Sagradas Escrituras en su propio idioma.

Se les daba una amplia enseñanza secular y religiosa y poco a poco fueron siendo admitidos para el bautismo, sin ningún tipo de apresuramiento.

Bridges viajó a Inglaterra en 1879 con su familia, debido a que Stirling comprobó en una nueva visita el grave deterioro de su salud. Es difícil saber cuál fue el mal que le hizo morir prematuramente, pero puede suponerse que era un tumor estomacal. Vale la pena pensar que todo lo que hizo fue en medio de grandes sufrimientos físicos.

Muy pocas veces recibían visitas. Una de ellas fue la nave *Golden West*, que volvió en 1882 con el nombre de *San José*. Llevaba a su bordo a la Expedición Austral Argentina, por medio de la cual se hacía el primer reconocimiento de la zona que había correspondido al gobierno por-

teño y que desde los días de Vernet no había sido visitada nunca. Estaba compuesta por nacionales e italianos, que habían organizado el viaje con grandes expectativas, que incluían aun la Antártida. El jefe era el teniente, capitán luego, Giácomo Bove, y llevaba consigo a algunos científicos como Lovisato o Spegazzini, que trabajó muchos años en el Museo de La Plata. Trabaron muy buenas relaciones con los misioneros y hablaron elogiosamente de ellos al volver. Tenían un motivo bien concreto: su poca pericia en esos mares les hizo encallar en la bahía Sloggett y fue la ayuda de los ingleses y los indios amigos lo que les permitió salvarse. El gobierno italiano acuñó una medalla recordatoria de su gratitud.

Al año siguiente, estuvo la *Mission Scientiphique du Cap Horn*, en la nave *Romanche*, al mando del capitán Martial, cuyo nombre llevan las montañas que rodean la bahía de Ushuaia por el Norte y Oeste. Era una expedición muy importante, que se estableció en la bahía Orange, de la isla Hoste, pero que se mantuvo en relación continua con la Misión. El principal motivo era una vez más el estudio del paso de Venus sobre el sol, pero realizaron amplias investigaciones, con las que llenaron ocho grandes tomos, que pueden considerarse no superados. También se expresaron con encomio de lo que habían visto en Ushuaia.

Bove volvió en febrero de 1884. Esta vez le acompañaba el guardiamarina Juan M. Noguera, representando al gobierno argentino. Junto con Bridges, recorrieron los canales, oportunidad que éste aprovechó para censar a los yaganes, que no pasaban del millar.

El 28 de septiembre del mismo año cambió para siempre la vida de la Misión y la historia fueguina, al presentarse las cuatro naves de la División Expedicionaria Argentina, que venía a establecer subprefecturas, como demostración de dominio en la zona. Dada su importancia, volveremos sobre ella en otro capítulo. Las relaciones con los misioneros fueron óptimas, como convenía a unos y otros. Por eso ni siquiera vale la pena ocuparse de los rumores,

que algunos llegaron a publicar, de malentendidos y problemas.

Limitémonos a unas palabras más sobre la Misión, para redondear el tema. Bridges fue hasta Punta Arenas en uno de los barcos argentinos y desde allí comunicó su deseo de renunciar o mejor dicho de cambiar de planes. Según una antigua idea, creyó que era preferible establecer a los indios en un lugar lejos de los blancos, donde él levantaría una estancia. Terminados los trámites, por medio de los cuales logró que el presidente Roca firmara la concesión de la zona que llamó Harberton —de acuerdo con el pueblo natal de su esposa— para crear allí la primera estancia fueguina, renunció a la Sociedad Misionera en 1886. Falleció a los cincuenta y seis años en 1898.

Lawrence continuó el trabajo y otros fueron a ayudarlo. Se intentó hacer algo en las islas Wollaston y Hoste, bajo bandera chilena, pero el número de yaganes se reducía inexorablemente. Aquél se trasladó a Remolino, donde también formó un establecimiento ganadero.

La Misión trabajó en Ushuaia hasta 1908 y siguió ocho años más en Río Douglas, en la isla Navarino, cuando comprendieron que era imposible confiar en una tarea eficaz en una raza ya casi extinguida. Detrás quedaba aquel proceso de luchas y triunfos, que abrió el camino a la civilización y al establecimiento pacífico del gobierno argentino.

Bibliografía

BRAUN MENÉNDEZ, Armando, *Pequeña historia fueguina*.

BRIDGES, Lucas, *El último confín de la tierra*.

CANCLINI, Arnoldo, *Cómo fue civilizado el Sur patagónico*.

CANCLINI, Arnoldo, Allen F. Gardiner. *Marino, misionero, mártir*.

CANCLINI, Arnoldo, Waite H. Stirling. *El centinela de Dios en Ushuaia*.

CANCLINI, Arnoldo, Tomás Bridges. *Pionero en Ushuaia*.
South American Missionary Magazine.



CAPÍTULO IV

BAJO LA CELESTE Y BLANCA

Lejos quedaban las tierras fueguinas para las horas iniciales de la patria. Y quizá por eso mismo a punto estuvimos de perderlas. Pero nuestras múltiples preocupaciones del principio coincidieron con muchas otras de las grandes potencias y con no pocas pequeñas demostraciones de nuestra soberanía. Es claro, a través de numerosos documentos, que el Sur no estaba olvidado y que, desnudo como aparecía de presencia europea, su pertenencia a la provincia de Buenos Aires —que de hecho sólo llegaba a Carmen de Patagones— no parecía tema en discusión.

Pero es interesante que su aparición concreta en la historia tiene que ver con la gesta de la independencia americana. Cuando San Martín se lanzó a libertar Chile y el Perú comprendió la importancia del dominio marítimo y promovió la acción de los corsarios que bloquearon muy eficazmente el acceso español a los puertos del Pacífico. La intensidad de sus movimientos nos habla también de lo nutrido que debe haber sido el paso por el Cabo y presumiblemente el refugio en los puertos fueguinos de las naves mercantes, cuyo detalle ha desaparecido o se encuentra esperando a algún investigador en los archivos de las distintas capitales del Viejo Mundo.

Es interesante que el primer nombre que nos aparezca, aunque sea de un irlandés, es el del nombre máximo de la marina nacional: el almirante Guillermo Brown, quien al mando de su legendaria *Hércules* y de la *Trinidad* se dio a la vela el 15 de septiembre de 1815.

Tal vez fue él el primero que surcó aquellos mares. Debemos decir "tal vez" porque no sería extraño que haya habido otros como él o loberos provenientes de Buenos Aires que le antecederan.

Leemos en las memorias del entonces comodoro Brown: "Después de franquear el cabo Hornos, soportando los temporales reinantes en esos parajes, y de llegar a la extrema latitud de 65°, donde la mar se les volvió muy llana con horizonte claro y sereno, sin hielos, indicios todos de no estar muy lejos de tierra, el bergantín *Trinidad* sufrió una avería en el tajamar", por lo cual volvieron hasta el Estrecho, mientras en medio del viento reaparecido veían con temor la costa lejana. Entraron para reparaciones "en el puerto de la Tierra del Fuego"; en esas latitudes se les unió el *Halcón* de Bouchard. Después de luchas, victorias y derrotas en el Pacífico, volvieron: "siguieron entonces para el Cabo, al que doblaron sin otra novedad que la de haber escapado arañando de embestir, de noche y a seis nudos, un gran témpano". Y la única mención de tierra firme: "Después de pasar la isla de los Estados, cuando se mató la última tortuga, y como quedase ya muy poca galleta, se resolvió recalar en las Malvinas". Acotemos que los 65° que menciona implica aproximadamente la latitud de los primeros asomos de la Antártida.

La primera medida concreta que incluye nuestro ámbito fue el decreto que Martín Rodríguez, como gobernador delegado de Buenos Aires, firmó el 10 de junio de 1829 creando la gobernación política y militar de las Malvinas y nombrando para el cargo correspondiente a don Luis Vernet, que, aunque nacido en Alemania y de origen francés, fue la primera autoridad nacional sobre territorio fueguino. Efectivamente, dicha resolución oficial con-

signa el hecho de que en 1810 España “tenía la posesión material de las islas Malvinas y de todas las demás que rodean el Cabo de Hornos, incluso la que se conoce bajo la denominación de Tierra del Fuego”. Por ello determina que “las islas Malvinas y las adyacencias al Cabo de Hornos” dependerán de las mencionadas autoridades.

Con eso se respondía a una solicitud de Vernet, hecha en 1826, en que pedía la propiedad de tierras no adjudicadas en el primer archipiélago y también la isla de los Estados, para establecer una colonia, así como el derecho exclusivo de pesca en las costas fueguinas.

En Puerto Soledad, o sea en la Malvina Occidental, el nuevo gobernador enarboló la bandera nacional el 30 de agosto de 1829 intimando “el reconocimiento del dominio de la república sobre dichas islas, la Tierra del Fuego y adyacentes”. No se quedó en declaraciones. El gran problema en Malvinas era la falta absoluta de madera. Por eso, al año siguiente, mandó una nave a buscarla en la isla de los Estados, donde la había en abundancia. Se hicieron mapas esquemáticos de aquélla y se establecieron en sus costas no sólo para proveerse de dicho material, sino en dos loberías. Él mismo estuvo en una oportunidad. Un cuñado que le acompañaba describe los buenos puertos y la abundante fauna.

En uno de los varios viajes, una embarcación naufragó en el extremo oriental de Tierra del Fuego; sus hombres consiguieron construir otra y volver con ella a su capital en la colonia floreciente de Puerto Luis, la antigua Soledad.

Vernet informaba al gobierno de los resultados de sus exploraciones. Recomendaba la creación de un establecimiento en la isla de los Estados “por su situación geográfica” y luego recomienda el puerto de “isla del Hermitaño”—obviamente la Hermite— “sobre la que está el Cabo de Hornos”, que en realidad está cerca, pero no exactamente en ella, salvo que se considere el nombre para todo el conjunto. Habla de los indígenas y de los lobos. Los primeros “son dóciles, pacíficos y tienen menos repugnancia al

trabajo" que los patagones. Además, ese punto sirve para extenderse hacia San Ildefonso y Diego Ramírez. No cree que el resto de Tierra del Fuego merezca un establecimiento, fuera de la zona de Magallanes.

En 1831 hizo otra recorrida hasta el Cabo, recorriendo las Evout, Diego Ramírez, Nueva y otros puntos.

Cuando se produjo el primer incidente —el ataque de la fragata norteamericana *Lexington* el mismo año— en el reclamo diplomático se consignaba que no era posible dudar de los derechos argentinos sobre las Malvinas y tampoco sobre las islas y costas adyacentes al Cabo de Hornos.

Pero el 3 de enero de 1833, otra nave, inglesa esta vez, irrumpió en la colonia malvinera y se apoderó de ella. Aunque no tomó ninguna acción contra la región fueguina, de hecho aquella agresión interrumpió el ejercicio concreto de nuestra soberanía en aquella zona, que siguió siendo visitada o al menos circundada por numerosas embarcaciones.

En una de ellas, por ejemplo, viajaba José Mármol, exiliado por la dictadura en Río de Janeiro y que quería trasladarse a Chile en 1846. Una tormenta en el Cabo obligó a la nave a volverse, pero no impidió que el poeta escribiera en esas circunstancias sus "Cantos del Peregrino", donde se incluyen algunas estrofas dedicadas a los turbulentos mares. Se nos ocurre que deben ser los primeros que, por lo menos una pluma argentina, escribiera sobre la región.

Ahí está con sus crines coronado,
bramando con ronquido furibundo
el bárbaro gigante encarcelado
entre el confín de América y el mundo.

Centinela eternal clava sus ojos
en las pálidas ondas del oriente,
o ya los vuelve centelleando enojos
en las verdes y oscuras de occidente.

Pero la gran mayoría de las naves tenían sentido comercial, ya que la explotación —que mejor llamaríamos exterminación— de lobos marinos era un comercio floreciente. Muchas tenían su punto de partida o recalada en el Carmen de Patagones y entre ellos hay un nombre que se destaca. Luis Piedra Buena sería el primer argentino que, como hombre de negocios al comienzo, y como funcionario reconocido después, se ocuparía de ser el primero después de Vernet de dejar constancia de nuestra soberanía.

Embarcado con el célebre William Smiley, un lobero norteamericano a quien llamaban “cónsul de los mares”, en calidad de grumete, cuando era aún un adolescente. Poco después, aunque tenía sólo dieciocho años, fue nombrado segundo oficial cuando ya hacía tres que navegaban juntos.

Por ello le tocó participar de la triste misión cuando la *John E. Davison*, la nave de Smiley, fue enviada a buscar a Gardiner y los suyos. Sólo encontraron sus cuerpos, que enterraron “tributándoles, como auxilio religioso, plegarias que salían de nuestros labios, tan mudos como nuestras lágrimas”. En su biografía del marino argentino, Entraigas adjudica gran importancia a este episodio, diciendo que en la persona del joven se ve que Gardiner no había muerto en vano, sino que “seguía enseñando con su muerte lo que no pudo enseñar en vida”.

Siguió su trajín por los mares australes. Después de un viaje a los Estados Unidos, en 1858 al mando ya de su propio barco, lo encontramos en la Isla de los Estados. Ya en los años anteriores, había recorrido los canales fueguinos, regalando a los indios algo curioso: banderas argentinas, confeccionadas con el único material que podía hacerlas durables, la lona.

En aquel peñasco preferido por los navegantes, debió enfrentar a un inglés, que le ofreció diez mil libras para que arriase el pabellón nacional. “Esta isla pertenece a mi país” dijo clara y precisamente. Pero para él, la misión de su país no era sólo la de explotar la riqueza. Se hizo famoso por

la cantidad de náufragos que auxilió, para los cuales construyó una casa en Puerto Cook. Combinaba ambas visiones cuando, en célebre e histórico episodio, escribió de puño y letra en la roca final del continente, donde el Cabo de Hornos divide los océanos, la categórica leyenda: "Aquí termina el dominio de la República Argentina. En la isla de los Estados (Puerto Cook) se socorre a los náufragos. Año 1863. Capitán Piedra Buena".

En 1866 envió al Senado un pedido de concesión de tierras, entre las que incluye la isla de los Estados. El debate dejó ver que el problema era de soberanía nacional. Emilio Civit lo apoyó diciendo que quería tener "un adelantado en la Tierra del Fuego". La propiedad se le otorgó el 6 de octubre.

Instaló un nuevo refugio más amplio en un acto solemne el 19 de febrero de 1869, dejando cuatro hombres a su cuidado.

Curiosamente, cuando le llegó la desgracia, no hubo quien le ayudara, fuera de sus propios hombres. Pero Piedra Buena demostró que no precisaba ayuda. El *Espora*, la nave que había comprado a Smiley, naufragó en el Sur de aquella misma isla. Su gente se le sublevó y él les dijo simplemente: "El que no quiera trabajar, si es que en ello quiere buscar la muerte, puede hacerlo". Pero luego de 72 días de faena, lograron construir otra embarcación, que bautizaron *Luisito*, como el hijo del capitán, con la que llegaron a Punta Arenas. Tanta era la habilidad de aquél que ni siquiera hizo un plano previo.

Al año siguiente, rescató en la bahía Policarpo a la tripulación de la nave alemana *Doctor Hansen*. Durante los años siguientes, se preocupó por afirmar nuestra soberanía en la zona continental; al mando de la *Cabo de Hornos*, participó, ya como oficial de marina, en la ocupación del río Santa Cruz, de donde se habían retirado los chilenos poco antes. Con la misma, cuatro años después, rescató siempre en su propiedad de los Estados a la inglesa *Pactolus*.

Por esos años todo era temor en el Sur. El fantasma de la guerra estaba siempre presente y a punto de hacerse realidad. No es éste el lugar de trazar la larga historia de la cuestión de límites con Chile. El acuerdo que se esperaba final fue firmado en 1881. Por él, se concedía a cada país la mitad de la Isla Grande de Tierra del Fuego, dividiéndola realmente al azar por el meridiano de 68° 34' "hasta tocar el canal de Beagle". Tan fue al azar que luego hubo que correr la línea treinta segundos al Oeste para no cortar la bahía de San Sebastián. También se otorgaban a la Argentina "la isla de los Estados, los islotes próximamente inmediatos a ésta y las demás islas que haya sobre el Atlántico al oriente de la Tierra del Fuego y costas orientales de la Patagonia y pertenecerán a Chile todas las islas al Sur del canal de Beagle hasta el cabo de Hornos y las que haya al occidente de Tierra del Fuego". Por ese acuerdo, y por razones que jamás entenderemos, se cedió graciosamente a la otra parte la isla Navarino y se dejó abierta la puerta para un litigio que no se ha cerrado aún sobre la Picton, la Nueva y la Lennox.

Como ya indicamos, la primera indicación de la soberanía argentina fue la expedición mandada por el teniente Giácomo Bove. Piedra Buena estuvo con él en la zona de los Estados, pero no en el desdichado viaje por los canales. Aquel fue el último viaje del gran patriota, que habría de fallecer en 1883. También señalamos ya que el primer representante del gobierno nacional fue el guardiamarina Juan M. Noguera, que acompañó a la segunda expedición del mismo oficial europeo.

Pero dejamos para este momento el detallar algo del momento crucial. El 28 de septiembre de 1884, cuatro pequeñas naves de guerra fondearon en la bahía de Ushuaia, causando gran conmoción en la Misión. Eran la *Paraná*, el *Villarino*, el *Comodoro Py*, y el *Patagonia*. La comandaba el coronel de marina Augusto Lasserre, hijo de uno de los muchos oficiales napoleónicos que vinieron a sembrar ideales de libertad a la nueva América. Era un hombre elegan-

te, educado a la europea y altamente capaz para la misión que cumplía.

Llegaban a Ushuaia desde la isla de los Estados. Salieron de Buenos Aires el 9 de marzo y el 25 inauguraron un faro en San Juan de Salvamento, mientras los buques menores recorrían la zona. El tiempo fue malísimo y las tareas mucho más lentas de lo que confiaban. Dejando al capitán Villarino con un grupo de hombres, zarpó el 21 de septiembre rumbo a los canales.

El encuentro con los misioneros fue una feliz experiencia para ambas partes. Los expedicionarios tenían instrucciones específicas del gobierno para prestar toda la asistencia posible y aquéllos encontraron finalmente la seguridad de una bandera que les cobijara. Hasta entonces no tenían sino la protección divina, simbolizada en la cruz que ostentaba el gallardetín que recibía a los visitantes desde el mástil de la Misión. Durante mucho tiempo, se ha dicho que flameaba allí la enseña británica, pero hoy ya no cabe duda que es una más de las leyendas que se han tejido sobre el suelo fueguino.

De hecho, las instrucciones de Lasserre eran muy escuetas: instalar subprefecturas y analizar la posibilidad de "faeneo de penguins" (*sic*). Para cumplir el primer propósito, se pusieron apresuradamente a levantar algunas edificaciones precarias, que no estaban realmente del todo listas el día de la inauguración.

Este, el 12 de octubre de 1884, aniversario de la asunción de mando del presidente Julio A. Roca, se procedió con mucha solemnidad a la afirmación del pabellón argentino, por primera vez en aquella tierra fueguina. Formaron los marinos, flanqueados por los misioneros —invitados de honor— y rodeados por gran número de indígenas. Lasserre y Bridges pronunciaron breves discursos y se hizo la salva de reglamento. Luego ambos firmaron el acta, seguidos por todos los demás de ambos grupos, se sacó una fotografía y se comió un asado con cuero, bajo un sol esplendoroso. Posiblemente, éste sea el día más importante de la his-

toria fueguina y por eso ha sido declarado “Día de Ushuaia”. Durante muchos años, confundidas decisiones oficiales lo habían señalado como día de la fundación de Ushuaia, lo que no estuvo nunca en la mente de los protagonistas. Lo que sí es importante es que, desde entonces, la enseña celeste y blanca ha sido indiscutido emblema de nuestra soberanía en un territorio que, de ese modo, quedaba completo en su órbita continental.

Dos semanas después, Lasserre y Bridges partían hacia Punta Arenas, desde donde el segundo volvería con el *Comodoro Py*, que permanecería al servicio de la prefectura. Al frente de ésta, o sea como primer representante de la autoridad argentina, quedaba el teniente A. Virasoro y Calvo. Su gestión estuvo signada por la tragedia, pues una terrible epidemia hizo destrozos entre la población indígena.

Teóricamente, toda la zona formaba parte del territorio nacional de Patagonia, cuya capital estaba en la actual ciudad de Viedma, según la ley del 11 de octubre de 1872. Y decimos “teóricamente”, porque entonces el Río Negro estaba casi tan lejos como la luna. El 16 de octubre de 1884 —cuatro días después de la instalación en Ushuaia y por supuesto sin tenerse allá noticia de ello— se sancionó la ley que estableció los cinco territorios que, con la excepción del que es nuestro tema de estudio, son hoy provincias. El punto sexto señala la creación de la “gobernación de la Tierra del Fuego, con sus límites naturales, según el tratado del 23 de julio de 1881, y además la isla de los Estados”, con una redacción discutiblemente feliz.

Como consecuencia, el 25 de noviembre el ministro de Interior nombró para ocupar el gobierno del más austral de nuestros territorios al capitán de marina Félix M. Paz. Pese a sus escasos veinticinco años, tenía ya una larga foja de servicios, inclusive en los mares australes. El 24 de septiembre había sido nombrado subprefecto de San Juan de Salvamento; ya estaba en funciones cuando recibió el nuevo destino. Comenzaba así una tradición que se ha man-

tenido con pocas excepciones: que los gobernadores de Tierra del Fuego sean marinos. Lucas Bridges, hijo del misionero, lo describe como "más bien rubio, de estatura menor que mediana y rápido de acción y temperamento". Su origen norteco y sus fotografías que lo muestran con impresionantes bigotes dan una imagen distinta, de la de aquél que habla del gobernador con muchos recuerdos gratos de su infancia.

Por cierto que la suya no era tarea fácil, pues todo estaba por hacerse. Además su autoridad se veía muy limitada, sea por la falta casi absoluta de instancias superiores, sea por lo que prácticamente eran autoridades paralelas. Por un lado, estaban las subprefecturas que ejercían numerosas funciones. Por el otro, la Misión tenía una ascendencia espiritual sobre la población indígena, que no era posible pasar por alto. Paz no pareció tener ningún interés en que así fuera. Por lo contrario, recurrió continuamente a la opinión de Bridges y los demás, quienes podían aconsejarle en muchas cosas, las relaciones fueron siempre de las mejores. Por otra parte, estaba toda la región norte donde no había autoridad alguna, problema que preocupaba al gobernador, consciente de la poderosa influencia de Punta Arenas.

Con humildad, escribía más tarde el mandatario: "Apenas llegado, recurrí (a Bridges) a fin de obtener los datos necesarios para orientarme en un territorio que me era desconocido". En realidad, lo más directo que sabía era por intermedio de su colega Sampayo, que gobernaba en el sector chileno.

Paz fue muchas veces a la Misión, en especial cuando había alguna festividad. Un caso muy particular fue cuando se realizó el primer casamiento de personas blancas en Tierra del Fuego, el 3 de mayo de 1886, entre Armstrong, un joven llegado como maestro de la Misión y una cuñada de Lawrence. Antes ya se habían realizado otros matrimonios entre indios y personal de la subprefectura, con un oficio de Bridges.

Las dos misiones básicas que se asignaron al gobernador fueron elegir lugar definitivo para la capital y sugerir una división administrativa. El gobierno nacional aceptó la idea de crear tres departamentos: Ushuaia, Buen Suceso y San Sebastián. El primero era un cuadrado cuyo ángulo superior derecho tocaba en el Atlántico a la altura del paralelo 54 (algo al norte del río Ewan); el segundo era el triángulo que quedaba al este, junto con la isla de los Estados y el último el triángulo norte. Por supuesto, era una división completamente arbitraria, pues por ejemplo el departamento de Bahía Thetis en la práctica fue casi siempre un desierto total. En 1904, se lo subdividió creando otro departamento con la isla de los Estados —otro desierto—, que habría sido jocoso si no se hubiera agregado que “comprende las islas del mismo nombre y todas las otras que se encuentren en el Atlántico bajo la soberanía de derecho de la República Argentina”, lo que sin duda indicaba por lo menos a Picton, Nueva y Lennox, pero que increíblemente no eran mencionadas. La forma progresiva en que esto se reparó se verá luego.

El problema de la capital llevó más tiempo y dio oportunidad a Paz para algo fundamental: la recorrida de su territorio. El 25 de febrero fueron a Lapataia, límite hacia el Oeste, y al día siguiente hacia Gable, cuyos habitantes, establecidos por la Misión, habían muerto en una epidemia. Luego siguieron por Picton, Bahía Aguirre, Bahía Buen Suceso, Bahía Thetis y luego por el Atlántico hasta San Sebastián. En una carta a la Misión, Bridges dice que las preferencias del gobernador, antes de salir, eran por Buen Suceso o Bahía Aguirre; al volver, habían sido descartadas por “falta de pastos y tierra seca”. En verdad, cualquiera de las dos hubiera sido un disparate por la aridez de la zona y su pésima ubicación en cuanto al resto. Por lo contrario, en otra comunicación, el misionero dice que Paz “ha elegido a Gable para establecerse desde la primavera”. Si la isla hubiera sido una península, como se creía a menudo, no hubiera sido tan mal. Pero en realidad en su informe

al ministerio, el capitán decía: "Me permito proponer la siguiente: Capital y asiento de la gobernación: "Wsohaia" (sic). Y Ushuaia quedó como capital, por resolución ministerial del 27 de junio de 1885. La elección siempre fue muy criticada, porque durante muchos años estaba aislada del resto del territorio. Al crecer Río Grande, sus habitantes han hecho muchos intentos para un cambio, pero parecen haberse conformado con reiterar que es la "capital económica". El desarrollo de las comunicaciones, su posición estratégica, su puerto natural insuperable, su carácter de centro de muchas riquezas —inclusive el turismo— que no se sospecharon por muchos años, han demostrado que, sin quererlo, Paz hizo una buena elección.

Después se dedicó a organizar su gobierno. El 17 de septiembre aprobó un edificio para la sede, que era bastante humilde y sirvió muchos años. Hizo los primeros nombramientos: Teófilo Iglesias, secretario; Luis Botazzi, comisario (con un heterogéneo grupo de hombres que había viajado desde Buenos Aires) y otros menores. Virasoro y Calvo seguía como prefecto y Luis Figue era subprefecto. Más de sesenta años después aún se veía el edificio de chapas, como eran muchos entonces, que ostentaba el cartel "El Primer Argentino". Todo se hacía en medio de un clima hostil, una rutina monótona y un ambiente humano bastante poco grato. Sólo hombres muy rudos podían enfrentar aquellas circunstancias.

Como hemos visto, la Misión trataba de ayudar y resultaba la vía para algunas provisiones, cierta mano de obra... y no pocos roces entre indios y personal advenedizo. El 29 de enero de 1886 una ley nacional concedió a Bridges ocho leguas cuadradas que incluían la isla Gable, en reconocimiento a sus servicios. Ya había concretado su renuncia y esperaba levantar allí una estancia, donde encontrarían refugio los indios, para poder, de ese modo, continuar su ministerio. La historia de esa nueva lucha ha sido contada por su hijo Lucas en un libro que se ha difundido mucho y que presenta un cuadro insuperable de lo que sig-

nifica ese tipo de vida. Aquella fue la primera estancia del territorio y recibió el nombre de Harberton. Una gran casa fue contratada en Inglaterra y casi sin refacciones se encuentra aún en uso. Cuando llegó, el barco que la traía estaba demasiado apurado y la descargó apresuradamente, con la consecuencia de que quedó arriba lo que debía quedar abajo. Pero con improvisación e ingenio, lograron un resultado satisfactorio. Fueron a las Malvinas, donde compraron ganado vacuno y ovino. Se fueron extendiendo dentro de sus tierras y aún más allá; años más tarde crearían una estancia en el Norte, abriendo un camino a través de las montañas. Servían de enlace entre el Este y el Oeste y de punto de aprovisionamiento de gendarmes, marinos, buscadores de oro, onas y yaganes y toda la amplia gama de seres humanos que comenzaron a volcarse en los canales.

Para reemplazar a Bridges, llegaron otros misioneros, que en general quedaron poco tiempo, como la Sra. Hemmings en el orfanatorio, el médico Edwin Aspinall como superintendente y otros; Juan Lawrence fue el hombre firme hasta el final y, como los Bridges, fiel al territorio hasta sus actuales descendientes.

Paz también se preocupó del resto del territorio. Hizo una visita cuidadosa a la isla de los Estados, recorriendo San Juan de Salvamento, Puerto Cook y la isla de Año Nuevo, sin encontrar loberos en cantidad como imaginaba.

Además de la ya mencionada, realizó otro viaje a Bahía Buen Suceso, donde tenía instrucciones de instalar una nueva subprefectura. Hizo levantar ocho habitaciones, una cuadra para los marineros y un depósito. Mientras estaba allí, en sólo dos días, vio pasar doce embarcaciones, lo que llevó a establecer un faro en el cabo San Diego. La suerte de aquella fue malhadada y hace ya unas décadas que quedan sólo ruinas. Paz dejó víveres para tres meses, pero al cabo de ellos no apareció la nave que debía reponerlos. Roberto J. Payró, con su estilo periodístico, nos cuenta alguna de las penurias de aquella gente, poniendo el relato en

boca de informantes, por lo general bastante confusos y no se sabe si se refieren a ese momento o a otro en 1890. Pero el hecho es que poco a poco, fueron reduciendo su comida "civilizada" para ir recurriendo a los mejillones y apio de la zona. Un marinero cayó de inanición y se tardaron cuarenta y cinco días en encontrarle. Otros dos murieron de desnutrición al volver. Finalmente el lugar fue abandonado.

Lo que hoy es sólo un recuerdo que nos hace sonreír fue el detonante de lo que signaría la historia del territorio en los años siguientes o, por lo menos, la gestión de sus mandatarios. Lo interesante es que su comienzo tuvo lugar fuera de la isla. En 1884 naufragó en el cabo Vírgenes, o sea el extremo de Santa Cruz sobre el Magallanes la nave francesa *Arctique*. Al excavar en busca de agua, se encontraron con que las arenas eran auríferas. La noticia se difundió rápidamente y, por supuesto, trajo la deducción de que bien podía repetirse el fenómeno en la zona más austral. Y así fue efectivamente. El alud de mineros provenientes de Chile fue algo fenomenal. Entre ellos figura otro personaje de excepción, el ingeniero rumano Julio Popper, de quien hablaremos en más detalle en el capítulo próximo, al detallar lo que ocurrió en el Norte.

Paz mismo resolvió ir a la zona. Así lo informaba Lawrence a la Misión: "El *Comodoro Py* acaba de llegar, después de una ausencia de veintitrés días, con el gobernador Paz y otros oficiales argentinos, quienes, al recibir información de otro descubrimiento reciente de oro en la costa noreste de Tierra del Fuego, han hecho una expedición en busca del mismo". Llevaron a un indio semi oná de la Misión, llamado Dataminik, quien les sirvió de intérprete con sus compatriotas, que fue cuanto encontraron.

Mientras tanto, el áureo elemento había aparecido también en el Sur. Lucas Bridges cuenta de cómo un día mostró a Paz su "caja de tesoros" y éste le preguntó mucho por cierto polvo que estaba adherido a un imán. Cuando supo que era de la bahía Sloggett, de inmediato mandó

allá al *Comodoro Py*, que volvió con varias bolsas de barro que contenía oro. Nos relata cómo poco a poco fue el tema dominante. Lo confirma el interlocutor de Payró, ya mencionado, quien dice que fueron cuatro gendarmes y agrega: "Se descubrieron, en efecto, yacimientos auríferos en ese punto (Sloggett).. ¡Más vale no hubiera sido así! Apenas se supo esto, cuando todos los empleados se vieron atacados por la fiebre, por la rabia del oro, y no quedó gendarme de la gobernación ni marinero de la subprefectura, que no se enviara a Sloggett en busca de pepitas y arenas".

El hijo del misionero habla en general en tono positivo de los buscadores de oro, así como del discutible resultado de sus afanes. Había que llegar hasta la roca, que se encontraba entre treinta centímetros y seis metros de profundidad. Cuenta el caso de un grupo de diecisiete hombres que extrajo setenta kilos de oro en tres meses y a quienes resultaba difícil cobrarles lo que debían del almacén que pusieron en Harberton para gente como ellos. El gobernador informaba al ministro del Interior que un oficial, comisionado por él, había recogido cien gramos en unos días y que era el mineral "más puro que se haya visto en la Patagonia y Tierra del Fuego".

El gobernador chileno de Punta Arenas, Octavio Señoret, que ya había comenzado a dar algunas concesiones en las islas más allá de Navarino, se apresuró a alentar la explotación, otorgando licencias de parte de su país. Así fue como desde 1891 para terrenos pastoriles y desde al año siguiente para cateos auríferos, comenzó a aparecer gente en Picton, Nueva y Lennox. En octubre de 1888, dos buscadores fueron llevados a la segunda de dichas islas en el *Toro*. El movimiento se hizo entonces intensísimo, en especial de dálmatas, que habían llegado en gran número a la región: Karmelic, Martinic, Yuvinic, Boric, Barbarovic y otros apellidos igualmente eslavos. También los habían españoles, ingleses, italianos, portugueses, alemanes, chilenos y argentinos. A mediados de 1891, había ya quinientos

hombres enfermos de la fiebre del oro. Al año siguiente ya estaban cateando inclusive en las Barneveltdt y para 1893 ya pasaban del millar. Se calcula que entre 1891 y 1894 extrajeron dos toneladas de oro, pero entonces ya comenzó a declinar la producción; hubo gente en la faena hasta 1902 y en otras partes de la región hasta 1910.

Entre otros, Popper había bajado desde el Norte a la zona de Sloggett y comenzó a tener dificultades administrativas con el gobernador, lo que sin duda fue uno de los motivos para que aquél no prestara la atención que hubiéramos querido hoy a la zona oriental. El adversario era tremendo y sus arremetidas contra Paz eran terribles. El asunto tomó estado público y llegó al periodismo y los tribunales, que dieron una decisión ambigua. En mal momento, a Paz se le ocurrió hacer notar que Popper no era argentino y él le contestó en un artículo, citando a alguien que en Estados Unidos dijo: "Soy americano por mi propia voluntad, mientras que usted lo es por la fuerza. He llegado a este país vestido y dotado de ciertas aptitudes útiles, mientras que usted ha venido desnudo, empezando su carrera humana a cuatro patas y lamiendo". Como se ve, no eran muy corteses las relaciones. Lo empeoró el juez que declaró que los cargos contra Paz eran infundados, pero en tales términos que el presidente Pellegrini resolvió "hacer saber al gobernador de la Tierra del Fuego que el gobierno nacional espera de su patriotismo y laboriosidad que no dará lugar en adelante a observaciones análogas a las formuladas".

No es de extrañar que, aunque había sido vuelto a nombrar en el cargo, Paz renunciara el 23 de abril de 1890. El mismo día se nombraba a su sucesor, el médico de la Armada Mario Cornero.

Sabiendo que no eran rosas lo que le esperaba, éste llegó a Ushuaia el 19 de julio de 1890 y de inmediato se puso a la tarea. Traía muchos planes y logró concretar algunos de importancia, como ser la creación de la primera escuela (hasta entonces sólo existía la de la Misión), a

la que de noche iban los gendarmes. Después instaló el primer registro civil y el primer juzgado de paz. Trazó planes para la instalación de un presidio y recibió a los primeros científicos, de la larguísima lista que visitaría Tierra del Fuego: dos eran franceses, Willems y Rousson; luego llegó Carlos C. Burmeister, mandado por el Museo de Buenos Aires. También hizo una recorrida como para afirmar su autoridad, a lo largo del Beagle y hacia el Norte hasta San Sebastián, reconociendo en particular la zona del río Grande.

Pero, por supuesto, pronto habría de chocar con quien era enemigo de cualquier autoridad que no fuese la suya: Julio Popper, que un año después elevó una retahíla de quejas sobre deficiencias o abusos administrativos. Mientras el asunto seguía su curso, el rumano visitó Buenos Aires, dio conferencias en ámbitos selectos y se codeó con lo más granado de la sociedad. Cornero se defendió con un folleto titulado "Justificación de los procederes del gobernador de Tierra del Fuego sobre las publicaciones calumniosas y difamatorias de un audaz". Pero todo fue el vano. El 4 de abril de 1893, el presidente Roca dictó un decreto suspendiéndolo en sus funciones. Más aún, en una resolución disponía pasos para la anexión del territorio a Santa Cruz.

Ya estaba todo listo para que la administración fueguina tomara forma y esa posibilidad correspondió al teniente coronel Pedro Godoy. El mismo dice que tuvo que empezar por averiguar las causas de que las cosas estuvieran "en condiciones tan poco favorables al desarrollo de sus fuerzas". Hizo un amplio plan de gobierno y tuvo éxito, lo que no le impidió decir con dolor: "La Tierra del Fuego sería diez veces lo que es hoy si el gobierno nacional hubiera hecho por ella la cuarta parte de lo que debió hacer".

Desde que asumió el cargo el 22 de julio de 1893, Godoy se lanzó a un aluvión de iniciativas, enfrentando la dura lucha de la burocracia —no menos grave que la ambición de los mineros— para lo cual se trasladó muy pronto a la

Capital Federal. Sus primeras sugerencias incluían la venta de la tierra a largo plazo, la provisión de elementos de transporte al gobierno, la declaración de un puerto libre por cinco años, la creación de un impuesto a ciertas explotaciones auríferas, a las que luego agregaría otras. Sobre todo, el problema de contar con una nave que le permitiera desplazarse y ejercer realmente su autoridad en las zonas alejadas de la entonces aislada capital era un tema recurrente; la misma soberanía nacional lo reclamaba. Paralelamente, era necesaria la organización de la policía, que en el norte de hecho casi había sido una institución particular oficializada.

Su empuje hizo que el 2 de agosto de 1896, cuando terminaba su período normal de tres años, veintiséis pobladores del territorio solicitaran por nota su reelección, diciendo entre otras cosas: "Hoy conocemos la justicia para nosotros; hoy en cualquier punto del territorio se nota el adelanto y mayor movimiento".

Entre las falencias de Ushuaia estaba nada menos que la de un templo católico. La atención espiritual había sido esporádica y no había ni una pequeña capilla, lo que fue superado en 1898.

Godoy renovó el proyecto de Cornero de instalar un presidio, además del militar que ya funcionaba en San Juan del Salvamento. Desde 1895 había una pequeña colonia penal, que fue creciendo y trayendo sus problemas, que historiaremos al mencionar el establecimiento definitivo. Pero ya desde el principio comenzaron a surgir problemas como el de los liberados que no tenían cómo regresar y que en Ushuaia no podían sino mendigar.

El hecho realmente sorprendente fue la visita del primer magistrado de la Nación. La sensación de seres olvidados, nunca superada del todo, pero tan lógica entonces, se vio sacudida cuando Julio A. Roca se hizo presente. El fin básico era lo que se dio en llamar "el abrazo del Estrecho" con su colega chileno Errázuriz, pero a la vez serviría para identificar a las nacientes poblaciones patagónicas.

cas con el resto del país. Fue así como su visita a la colonia galesa del Chubut permitió superar nacientes discrepancias. El 7 de febrero de 1899 llegó a Ushuaia. Antes se había detenido en Harberton a visitar a la familia de su viejo amigo Bridges, fallecido poco antes. Allí ofreció el gobierno a Despard, el hijo mayor del misionero, tal como dijo haberlo hecho a su padre, pero aquél no aceptó. Fácil es imaginar la conmoción que habrá producido en el minúsculo poblado la presencia del presidente de la Nación. Sin duda, ello fue un factor de gran importancia para que todas las iniciativas del pujante gobernador fueran encontrando cabida en las altas esferas nacionales.

Ese período significó para Tierra del Fuego algo más: su ingreso en el periodismo. El primero en visitar la zona en 1897 como representante de un diario fue José Manuel Eizaguirre, que escribió una serie de artículos para el periódico *Sudamérica* y que fueron editados como libro en 1891. Son meramente descriptivos y su interés es básicamente su carácter pionero.

De ninguna manera, podrían competir con el envío de *La Nación*, que era Roberto J. Payró, una de las mejores plumas del país, y que viajó hasta allá el año siguiente. Con el material publicado en el diario se forjó una obra clásica, *La Australia argentina*, que conoció numerosas ediciones. Su autor se documentó detalladamente, inclusive antes de salir, como lo demuestran los datos que recibió de Bridges, al que rinde un gran homenaje. Sus setecientas páginas incluyen largas descripciones geográficas, notas sobre las costumbres de los indios, algunos aspectos históricos y mucha referencia a la isla de los Estados. No es necesario decir que se lee con agrado y amenidad. A fuer de periodista incluyó las opiniones de cuantos encontró y sólo puede lamentarse (?) que las de algunos, inclusive ebrios, hayan circulado después fuera de contexto como verdades demostradas.

Mientras tanto, el territorio también ingresaba a la literatura. Aunque no podemos afirmarlo categóricamente,

pensamos que la primera novela que se desarrolló en él fue *The Land of Fire*, obra póstuma del capitán Mayne Reid, el gran relator de aventuras de los niños anglosajones, escrita poco antes de su muerte en 1883. Se ve que el autor conocía bien la geografía austral y el episodio de los indios de FitzRoy, que es el único elemento histórico que aparece, lo que es extraño. Está bien escrita, pero no tiene real estructura novelística y quizá hoy nadie la recuerde.

Otro tanto nos parece que se puede decir del gigante del género, el francés Julio Verne. En fecha que no hemos podido localizar, pero quizá algo antes que Reid, publicó una obra poco conocida, llamada *El faro del fin del mundo*. Perdonando su memoria, nos resulta uno de sus libros más pobres, que quizá sólo pueda ser considerado una anécdota larga y no una verdadera novela. Ocurre en la isla de los Estados, en una bahía Elgor, que no ubicamos, donde surge "la vivísima luz de un faro", establecido por el gobierno argentino el 9 de diciembre de 1859 (!!). Hay nombres de lugares y una descripción (que se nos ocurre tomada de una enciclopedia), todo un poco al azar. Hay tres torreros, amenazados por unos bandidos, a quienes somete el aviso "Santa Fe", que al final "se fue alejando sobre la mar ensombrecida, acompañado del haz luminoso que proyectaba el Faro del Fin del Mundo". Alguna expresión nos halaga como la de que "conviene hacer notar que la República Argentina había mostrado una feliz iniciativa construyendo el Faro del Fin del Mundo y las naciones podían estarle agradecidas". Pero la verdad es que la obra no honra al autor, ni por sus defectuosísimas informaciones, ni por su factura literaria.

Años más tarde, Julio Verne volvió a ocuparse de Tierra del Fuego, en *Los naufragos del "Jonatán"*, otra novela de discutibles méritos. Fue escrita hacia 1883, pero publicada sólo en 1908, después de su muerte. La impresión que causa la extensa obra de trescientas páginas —mucho más de lo habitual en él— es que el novelista tuvo la noticia del acuerdo de 1881 y un mapa modesto como úni-

cos elementos. En el primer capítulo, que ocurre en Nueva, aparece un jaguar. En el segundo hace un esbozo de la historia de "la Magallania", que según él "hasta 1881 no se hallaba incorporada a ningún estado civilizado"; dicho acuerdo "privaba a la Magallania de su independencia". Menciona que Chile y la Argentina casi van a la guerra, pero luego los hace aparecer compartiendo una fantástica expedición. La base de la historia son las aventuras de trescientos naufragos de todas las razas, que solicitan y obtienen de Chile una especie de autonomía total en la isla Hoste, donde fundan el estado de Hostalia, cuya capital era Liberia y que fue progresando hasta tener cinco mil habitantes. Entre las alternativas figuran un trámite con Chile para la cesión de la isla Hornos, "peñasco inculto" en el que no podía tener interés o la invasión a caballo de gran número de patagones... Chile cede Hornos, pero la aparición de oro trae complicaciones, la intervención del gobierno de Santiago y un confuso final. Todo podría ocurrir en el Beagle, como en Sudán, Groenlandia o Tahití... o en ninguna parte.

Lo interesante es que la zona también atrajo la atención del tercer nombre que se puede mencionar en esta línea, el italiano Emilio Salgari, quien suponemos que años después que los otros escribió *La estrella de Araucania*. Se trata de una moza mestiza en una serie de aventuras especialmente por el estrecho y la costa oriental. Hace un par de referencias al "desdichado explorador y navegante italiano" Bove, quien "naufragó a la salida del canal Beagle" (*sic*). Tiene descripciones de los indios, cuya fuente no menciona y que parecen fruto de una lectura apresurada. Son muchas las referencias del tipo de que quizá muchos naufragos hayan sido "víctimas de la voracidad de los indígenas"; el temor a ser devorados domina todas las acciones de los personajes, acciones que conforman un relato muy lineal y sin profundidad, así como con menos interés que sus otros libros. Es interesante que dice que los indios tenían un idioma con más de treinta mil palabras, lo que probaba que descendían de los incas... En *Al Polo*

Sur en velocípedo, una expedición cruza por San Sebastián y el Lemaire, pero sin detalles de interés.

Al margen del escasísimo valor de estas obras, nos resulta interesante que las tres figuras clave de una novelística tan en boga hayan tenido en cuenta a Tierra del Fuego cuando recién se asomaba al panorama mundial.

Por aquellos mismos años apareció también en nuestro país un libro que llamó la atención. José C. Alvarez, popular bajo el seudónimo de Fray Mocho, publicó *En el Mar Austral*, una de sus obras más reconocidas como trabajo unitario. Lo notable es que nunca estuvo en el Sur y que, en general, sus informaciones son más exactas que las de muchos que sí han estado y de lejos que los célebres autores mencionados. Tampoco tiene mucho de novela como tal, pues es más bien la descripción de un viaje por un grupo de aventureros desde Punta Arenas hasta el Atlántico. Había conocido a Bridges y dedica varias páginas a contar, a modo de historia, el trabajo de los anglicanos. Lo notable es que, en el fondo, era una advertencia sobre el avance chileno en las islas más allá del Beagle. Dice un personaje: "Los argentinos —no los que andan por aquí, que se desgañitan gritando al aire, sino los ases, los que están en Buenos Aires—, son muy inocentes o muy ciegos; en cuanto se descuiden se van a quedar mirando aquí en el Sur... Lo mejorcito se lo van a tomar los chilenos, que son hombres vivos y observadores". Esto fue escrito en 1898... El párrafo final de la novela, redactada en primera persona, es cuando uno de los protagonistas dice: "Escribo este relato sin pretensiones literarias, deseando que él caiga, aunque sea por casualidad, bajo los ojos de la gente ilustrada de mi país y llame su atención sobre aquellas costas lejanas, tan bellas y tan ricas, como injustamente desconocidas y calumniadas".

Bibliografía

- ÁLVAREZ, José C. (Fray Mocho), *En el Mar Austral*.
BELZA, Juan E., *En la isla del Fuego*, tomo 1: Encuentros; tomo 2: Colonización.
BRAUN MENÉNDEZ, Armando, *Pequeña historia fueguina*.
BRIDGES, Lucas, *El último confín de la tierra*.
BROWN, Guillermo, *Memorias*.
CAILLET-BOIS, Ricardo R., *Las islas Malvinas: una tierra argentina*.
CANCLINI, Arnoldo, *Cómo fue civilizado el Sur patagónico*.
EIZAGUIRRE, José Manuel, *Tierra del Fuego*.
ENTRAIGAS, Raúl S., *Luis Piedra Buena, el caballero del mar*.
Karukinká, diversos números.
LENZI, Juan Hilarión, *Tierra del Fuego*.
MARTINIC BEROS, Mateo, *Crónica de las islas del Sur del canal Beagle*.
PAYRÓ, Roberto J., *La Australia Argentina*.
SALGARI, Emilio, *La estrella de la Araucanía*.
VERNE, Julio, *El faro del fin del mundo*.
VERNE, Julio, *Los naufragos del "Jonatán"*.

CAPÍTULO V

"AURA SACRA FAMES"

El norte de Tierra del Fuego era un mundo aparte. En el capítulo anterior, hemos visto los afanes de los primeros gobernadores por establecer contacto con aquella zona, a la que era posible llegar sólo por la larga e incómoda vía marítima.

Resulta impresionante comprobar que en un trozo de tierra relativamente pequeño se dieron los distintos empuños de la raza humana, en una conjunción que iría permitiendo la creación de la sociedad moderna. Así es como encontramos, más o menos superpuestos, a los buscadores de oro, a los exploradores, a los misioneros salesianos y a los primeros estancieros, todos los cuales no sólo requerirían, sino que en más de un caso ya tienen, una obra exclusiva. Nos parece ver en todo un signo común: el deseo de buscar el enriquecimiento humano, sea por lo que es su símbolo material, el oro, sea en el otro extremo, la riqueza eterna de las almas.

A la inversa que en el Sur, los primeros en llegar fueron los que buscaban, como dicen en Chile a los yacimientos, "placeres auríferos". Y curiosamente hay un nombre que los resume y que hemos tenido que mencionar ya varias veces, pues llegó a ser una verdadera potencia.

Julio Popper es un personaje más que extraño, rodeado de un halo de misterio. Pertenecía a una culta familia rumana. Por alguna razón, siendo joven se lanzó a correr mundo. En 1885, estando en Brasil, se enteró del descubrimiento de Cabo Vírgenes y resolvió llegar hasta allá. Por supuesto, debía pasar por Buenos Aires y nadie puede explicarse cómo con fenomenal rapidez se hizo amigo de las más importantes figuras literarias y políticas de la Gran Aldea, como ser Lucio V. López, Bernardo de Irigoyen, Manuel Láinez y muchos otros. Tenía gran facilidad de palabra y con el tiempo demostraría ser también buen escritor, pero no puede dudarse de que su meteórico ascenso social resulta sorprendente. Ya a principios de 1886 formó una Compañía Anónima Lavadero de Oro del Sud, en nombre de la cual fue con poco éxito a Santa Cruz.

Transformada la empresa en Popper y Compañía, hizo planes ambiciosos para Tierra del Fuego. A su regreso de un viaje allá, aparecen sus primeras colaboraciones periodísticas e inclusive conferencias en el muy prestigioso Instituto Geográfico Argentino.

Se estableció en un lugar que bien lleva el nombre de El Páramo en el extremo norte de la bahía San Sebastián. Luego se proyectó a otros puntos de la zona, así como también a la bahía Sloggett, y frente a las islas del sur. En el primer lugar, se organizó un pequeño villorrio, para el que estableció un curioso reglamento laboral, ordenando la forma de hacer las tareas.

Quizá lo que más fama ha dado a Popper hasta hoy fueron algunas de sus excentricidades. Una de ellas fue la acuñación de monedas, que eran de oro puro, de cinco y un gramos; algunas tenían su nombre y otras el de la Compañía. Se calcula que llegó a acuñar doscientas de cinco gramos y mil de uno. Si bien se hablaba de ellas como medallas, es evidente que tenían intención de servir de circulante.

Además emitió estampillas, tema que sirvió para los ataques de las autoridades en su contra. Aunque Estanislao

Zeballos, entonces director de correos, era también amigo de Popper, ordenó una investigación. Es cierto que, al llegar a un puerto argentino o chileno las cartas que la usaban, eran franqueadas con estampillas oficiales, pero de todos modos cuanta correspondencia partía del Norte de Tierra del Fuego, salía con aquella "marca", que era administrada por Máximo Popper, hermano menor y colaborador de Julio. Tenían un color "rojo apagado", el tamaño habitual y dos diseños similares. No sabemos la cantidad, pero se puede calcular que fueron por lo menos unos cientos.

Además, según expresión de su biógrafo Boleslao Lewin, organizó "no una simple guardia armada" sino "un espécimen de 'ejército' con uniformes, desfiles y comando en jefe". Es necesario reconocer que no existía en la zona ninguna autoridad —más tarde Máximo sería nombrado comisario— pero de todos modos es dable preguntarse por qué era necesaria tanta aparatosisidad para un grupo de sólo veinte hombres, incrementado en algunos casos con maniqués a caballo. Cuando desembarcaron en Punta Arenas, haciendo evoluciones, con uniformes parecidos a los húngaros que él había visto en su tierra natal, causaron el natural estupor. Su "tropa" servía sustancialmente para alejar a los cateadores procedentes de Punta Arenas, con lo que Popper presumía de defensor de la soberanía argentina, en lo que creemos que era honrado. En la mencionada población, llegó a haber protestas públicas por sus actividades. Casi se puede decir que hubo verdaderas batallas campales entre sus hombres y los forajidos, como él los llamaba, que siendo de todas nacionalidades respondían a las autoridades chilenas. Pero no debe callarse que al menos en un caso los hombres actuaron contra una partida de indios, entre los que causaron varias muertes. Un par de fotos, sacadas sin duda después del combate —dados los medios técnicos de entonces— han recibido enorme difusión y resultan la única base documental gráfica para las muy mentadas matanzas de indios.

Pero no olvidemos que Popper era sustancialmente un buscador de oro. Por eso comenzaba la mencionada conferencia con un léxico que le era propio: "Cual Júpiter en la mitología, el rey de los metales hace su aparición en las playas fueguinas en medio de un ruido atronador, espantoso. El oro soberano necesita del rugido de los enfurecidos elementos, de tempestades encadenadas, para efectuar su brillante entrada en la escena". Es imposible saber cuánto fue extraído. El mismo hablaba de 600.000 gramos, pero lógicamente sus cifras no pueden ser tomadas muy en serio. Sí es exacto que al morir tenía más deudas que activo.

Es necesario reconocerle algunos méritos. Exploró extensamente toda la zona norte y parte de la austral de la isla, dando nombres a numerosos lugares algunos de los cuales persisten hasta hoy, como el río Cullen, la península Mitre, las sierras Sorondo, Irigoyen, Carmen Silva y Lucio López y otros. Es interesante que él fue el primero en denominar Mar Argentino a una extensión geográfica, que, si bien no coincide con la actual, es un interesante antecedente. Para Popper tal nombre correspondía a la región oceánica entre la isla de los Estados y el Cabo de Hornos. Así lo consignó en un mapa en el cual se señalaba el límite argentino entre las islas Lennox y Picton, o sea dejando ésta y Nueva para nuestro país. Algunos autores chilenos atribuyen a ello toda la controversia posterior.

Al terminar la década, sus planes se extendieron hasta la Antártida. Menciona sus proyectos ya en 1899 y propone en una conferencia la realización de "una expedición en gran escala, que basada en esos relatos se propusiera más tarde penetrar las más altas latitudes (la que) sería mucho más fecunda en sus resultados". En algunos de sus escritos, asegura haber recorrido, sin tocar tierra, esa zona. Aunque el plan llegó a ser aprobado por el gobierno, nunca pudo concretarse, lo que impidió a la Argentina un valioso antecedente histórico.

Otros proyectos suyos incluyeron una colonia indígena, otra de europeos, un telégrafo hasta el sur y la crea-

ción de un pueblo llamado Atlanta, en la bahía de San Sebastián.

Lamentablemente, además de cierta megalomanía, más o menos inocua, algunos rasgos del carácter del rumano hicieron de él una figura polémica, cuando no negativa y hasta hoy es imposible definirse en favor o en contra de él. Tenía una aversión visceral hacia las autoridades del territorio, ninguna de las cuales le cayó bien. Comenzó sus diatribas contra Paz en 1888, cuando éste puso en dudas algunas de sus actividades. Fue mucho más grave su entredicho con Cornero, cuya memoria de 1891 rebatió airadamente. La influencia de Popper hizo que se nombrara al teniente de navío Carlos Beccar para investigar los hechos, quien dio un dictamen favorable a aquél. El gobernador presentó querella criminal contra su adversario, pero salió mal parado y debió dejar su puesto, por decisión del gobierno. Poco faltó para que las cosas fueran más lejos, pues la gobernación de Tierra del Fuego estuvo a punto de desaparecer, por una resolución del 8 de mayo de 1893.

Popper debe haberse regodeado en su mayúsculo triunfo, pero su ciclo estaba pronto a terminar, pues el 6 de junio de 1893 fue encontrado muerto de un ataque cardíaco en su departamento de la calle Tucumán. En su entierro hablaron nada menos que Lucio V. López, el gran novelista, y José Eizaguirre, el periodista que le conociera en el sur. Una semana después se le rendía homenaje en el Instituto Geográfico. Su carrera en la Argentina fue de sólo ocho años.

Agreguemos, para finalizar con esta insólita figura, que una de sus características más notables es de carácter póstumo: haber inspirado una serie de cuentos y novelas, como no ha ocurrido con ningún otro personaje del Sur; éstas han sido publicadas en Chile, Alemania, Inglaterra y en importante número, aún no terminado, en su tierra natal de Rumania.

Varias veces hemos tenido que mencionar los esfuerzos científicos, el hambre de otro tipo de oro —el conocimiento humano— que jugaron un gran papel en la historia

norteña fueguina de esos años, sobre los cuales naturalmente sólo podemos hacer una simple mención de lo que está descrito en sus más o menos largos libros.

El primer lugar corresponde a un marino chileno, el teniente Ramón Serrano Montaner, a quien su gobierno encomendó explorar Tierra del Fuego en 1878. La tensión producida con la Argentina en la misma fecha indicó la necesidad de postergar su partida desde Punta Arenas hacia una tierra que curiosamente nadie había visitado desde esa ciudad, aunque la tenían a la vista. Finalmente se embarcó el 31 de diciembre, para desembarcar al día siguiente en la bahía de Gente Grande, que había sido considerada como posible punto misionero por el obispo Stirling. Después de unos días de reconocimiento, se lanzaron hacia el interior, siempre temerosos de los indios, que no tardaron en hostilizarlos. La muerte de algunos de sus caballos le impidió encarar un avance hasta el extremo sur. Las penurias que tuvieron que sufrir se demuestran con el bautismo de "Río Odioso" a uno que debieron vadear. Resolvieron regresar, pero luego de haber llegado hasta el Atlántico. Eso significa que entraron en lo que hoy es territorio argentino, pero que —es justo aclarar— no estaba definido entonces como tal ni como chileno; el lugar preciso fue un punto de la bahía San Sebastián.

La primera expedición argentina importante no tuvo lugar sino hasta 1886 y reúne tres nombres de jerarquía: el gobernador de Santa Cruz, Ramón Lista; el prefecto de las misiones salesianas, José Fagnano, inaugurando la labor de las mismas; y el primer médico que se radicó en la isla, el Dr. Polidoro Segers. El mismo Lista había tomado la iniciativa de proponer el viaje al gobierno nacional, que le encargó "la exploración de la parte argentina de la Tierra del Fuego, comprendida entre el cabo Espíritu Santo, al norte, y la Bahía Aguirre al sur". El viaje comenzó el 31 de octubre de dicho año. Veinticinco soldados viajaron desde Patagones en el *Villarino*, llevando como capellán al citado sacerdote. Lista tenía ya un importante his-

torial, pese a sus treinta años, pues había hecho otro viaje por el norte de la Patagonia cuando tenía sólo veintinueve.

Su suegro convenció a un joven flamenco, llamado Polidoro Segers, que se agregara a la expedición. Acotemos que se trataba de Olegario Andrade. Aunque le hemos mencionado como médico, en realidad no lo era, pues sólo alcanzó el título al regreso de su viaje. Falleció en Buenos Aires en 1917.

Dejamos para más adelante las referencias a monseñor Fagnano.

El 21 de noviembre estaban en San Sebastián, donde establecieron el primer campamento. Lista tenía toda suerte de prevenciones, entre las que figuraba antes que nada la de los indios. Cuatro días después, salieron en su busca. Los relatos de los testigos son discordantes. Los onas se escondieron entre los matorrales, desde donde se dijo dispararon sus flechas contra los soldados. "Los indios nos recibieron con una granizada de flechas; y cuando salvaba el capitán las primeras matas, cayó herido de un flechazo cerca de la témpora izquierda. No obstante, prosiguió el combate con el mismo ímpetu; y después de algunas descargas de carabina, el matorral quedó en nuestro poder, y sobre las zarzas veintiocho muertos, entre ellos un ona atlético, el jefe". Así lo cuenta Lista; Fagnano desmentirá luego algunas de sus aseveraciones, por ejemplo sobre el peligro que significaba la noche, que según el salesiano aún estaba lejana. De todos modos, nadie puede poner en duda que el episodio, amén de doloroso, fue gratuito. Agreguemos que, luego de lo que contamos sobre Popper, éste es el único que se ha podido comprobar de matanza de indios en territorio argentino. Las hubo, sin duda, en la zona chilena y nadie puede asegurar que no haya habido hechos aislados, pero nada permite hoy declarar que hubo un exterminio masivo y planeado de onas; algunos de los episodios, como el que se dice que ocurrió cerca de la Misión de la Candelaria, han sido bien señalados como ridículos.

El sacerdote decía inocentemente que “los indios que hemos encontrado parecen de carácter dócil”. Cuatro de ellos fueron agregados como baquianos y siguieron la marcha hacia el sur. El 30 de noviembre se produjo un nuevo encuentro con los nativos. Fagnano y Segers se apresuraron a adelantarse y, con las pocas palabras que habían aprendido del idioma, actuaron como intermediarios, llamándoles “*Yegoa, yegoa*” (Hermano, hermano). Los salvajes venían armados y en actitud poco amistosa. Los dos parlamentarios —voluntarios según ellos, enviados según su jefe— siguieron avanzando y el futuro médico comenzó a saltar como un niño para distraerlos; los nativos lo imitaron y terminaron abrazándolos. “Aquel día nos persuadimos que los indios no eran tan malos como se suele decir” comenta el sacerdote.

Llegaron a un gran río, que bautizaron Pellegrini, en homenaje al presidente de la República; con el mismo sentimiento de reconocimiento o de búsqueda del mismo, Popper le llamó “Juárez Celman”, pero en definitiva quedó con el más prosaico de “Grande”. Tampoco tuvieron fortuna al dar a otro el nombre de Roca al que hoy es el Larrazábal, ni cuando en otro menor, Lista creyó llegado de dejar su apellido en la toponimia; se lo conoce bajo el nombre de Noguera. En Policarpo encontraron a otros nativos, que quizá tenían algo de *haush*. Celebraron Navidad en Bahía Thetis. Allí se dividieron. Lista, Segers y otros se embarcaron rumbo a Ushuaia en el *Piedrabuena*, que les estaba esperando. Fagnano y la tropa regresaron a Patagones. Ahora el capitán insiste en que no le hace falta la escolta militar, pues los indios han sido pacificados por los misioneros evangélicos, a quienes ansía conocer, y sobre los que efectivamente hablará elogiosamente luego. En tres días, tocaron Puerto Pabellón y siguieron hasta llegar a Ushuaia que “es una preciosa bahía”, según Lista, “cuyas cimas nevadas y semi ocultas por nublados perpetuos descenden algunos arroyos turbulentos que bajan dando saltos formando diminutas y bellas cascadas; del lado opues-

to está la misión inglesa cuya perseverancia en la civilización del salvaje merece la mayor alabanza". La nerviosidad de la primera hora había dejado lugar a la tranquilidad y la poesía. El 24 se embarca rumbo a Punta Arenas. Se pueden hacer muchas críticas a la expedición, pero no hay lugar a dudas que semejante recorrido en aquella época, cuando todo era desconocido y más aún, dominado por terribles leyendas, significó toda una proeza y un proemio notable de reconocimiento para otros que pudieran hacer algo similar con mayor bagaje científico. Lista escribió un libro con su historia.

En primer lugar, nos estamos refiriendo al célebre naturalista Eduardo A. Holmberg, enviado por el Ministerio de Agricultura. Cuando hizo su viaje, ya estaban allí los salesianos y había comenzado la explotación pecuaria de José Menéndez, de modo que tuvo elementos que le facilitaron la empresa. Recorrió la zona más al interior, verificando la existencia de numerosos lagos, de una gran belleza, y corrigió algunas opiniones de Lista y Popper sobre la extensión de los ríos. Al volver se convirtió en apologista de la región: "No es posible afirmar que se ha visto lo más bello de la tierra mientras no se haya visitado la Tierra del Fuego. Sin ella, la concepción de lo sublime es incompleta".

En los primeros meses de 1892, los tenientes de navío Eduardo O'Connor y de fragata Vicente Montes fueron comisionados por el Ministerio de Guerra y Marina para reconocer el Río Grande. Por el seno del Almirantazgo, entraron con el *Golondrina*, hasta el gran lago que corta la geografía fueguina y que, hasta entonces era sólo un misterio, aunque se afirma que Lewis, uno de los misioneros anglicanos le conoció. Los indios le dieron el nombre de Cahmi, pero ellos le bautizaron Fagnano, en obvio homenaje al prócer de las misiones salesianas. Este simple acto ha traído algunas consecuencias curiosas. Por un lado, se ha difundido el rumor de que el sacerdote fue su descubridor, lo que nadie ha dicho seriamente. Por otra parte, nos

resulta extraño que aun en los mapas oficiales siguen figurando las dos denominaciones y que el nombre indio se use, por ejemplo, para establecimientos de la zona. Y como elemento anecdótico, ambos exploradores han contado detalladamente cómo cada uno de ellos fue el que realizó el acto.

En diciembre de 1895 y por iniciativa del gobernador Godoy, el Museo de Ciencias Naturales de La Plata mandó una expedición de gran jerarquía científica y, como era habitual entonces, muy internacional.

Fernando Lahille, ictiólogo francés, realizó numerosas publicaciones sobre su especialidad, habiendo sido luego investigador del Ministerio de Agricultura. Nicolás Mikhailovich Alboff, de patriarcal figura barbada, había comenzado sus estudios botánicos en Moscú; en 1895 había sido enviado al Museo de La Plata donde colaboró con Carlos Spegazzini, quien había conocido Tierra del Fuego, al participar de la expedición de Giacomo Bove; entre sus obras figuran cuatro sobre la flora fueguina. Como etnógrafo y lingüista, iba el vizconde Carlos de Lahitte, quien tuvo el mérito de recoger leyendas onas, de las cuales sólo algunas han sido publicadas. Finalmente, su compatriota Emilio de Beaufitis actuaba también como naturalista. Llegaron a Ushuaia el 3 de febrero de 1896 y luego visitaron Lapataia, Harberton, Sloggett y San Sebastián. El mal tiempo perturbó mucho sus trabajos, que duraron un par de meses. Realizaron amplios estudios de zoología, botánica y etnología.

El más famoso de todos estos viajeros científicos fue quizá el sueco Nils Otto Gustav Nordenskjöld, quien se haría célebre por su expedición a la Antártida. Nacido en Suecia en 1869, se interesó por los temas australes desde la juventud. En 1895 salió hacia Tierra del Fuego con el alemán Carlos Backhausen en la cañonera *Uruguay*, con la que llegaron a la bahía de San Sebastián. Eligiendo el camino de la costa comenzaron el casi desconocido recorrido del norte, camino por el que llegaron al puerto chileno de

Porvenir, sobre el Estrecho. Se unieron a otros investigadores, que se dieron a la que sería macabra si no fuera científica tarea de buscar cadáveres de indios, para sus estudios. Volviendo sobre sus pasos, se alojó en la misión salesiana, donde se orientó para sus futuras investigaciones. De hecho, habían realizado prácticamente un círculo con San Sebastián como punto de partida y llegada, para luego seguir por la costa hasta el Río Grande y luego lanzarse hacia el interior rumbo al lago Solier, aunque su propósito era llegar al Fagnano. Desde allí debió regresar a El Páramo, donde encontró una nave chilena, con la que organizó una expedición acuática hasta su objetivo, dando la vuelta por el Magallanes, al Almirantazgo y el río Azopardo. Pero la fuerza de la corriente resultó excesiva y una vez más se vio impedido de llegar a la meta. La decisión notable fue la de seguir a pie hacia el canal Beagle, en un recorrido pocas veces efectuado aun hoy. Llegó a la orilla del mar en Lapataia donde se encontró con su nave, el *Cóndor*, en la que volvió a Punta Arenas.

Pero al año siguiente, ya estaba navegando otra vez recorriendo cuidadosamente los vericuetos de la zona occidental, en medio de tantas dificultades que admite: "Durante la maniobra sentimos pasar sobre nosotros el viento de la muerte". Desde Ushuaia se dedicó a buscar una ruta terrestre hacia el lago que se había transformado en su obsesión. Pero después de pasar quince horas cerca de una cumbre aislado por la nieve comprendió que aquél no era su destino.

Le encontramos de nuevo en Tierra del Fuego en 1902, de regreso de su campaña por el Atlántico. Como en las Malvinas había conocido a Guillermo Bridges, se enteró del camino que ellos habían construido hacia el norte y quiso tentar suerte otra vez. Y el 13 de octubre, Nordenskjöld pudo vislumbrar desde un monte lo que había sido la obsesión de sus viajes. Más allá se veían las grandes planicies y según él también el océano Atlántico. El viaje de regreso fue igualmente fatigoso, pero al menos con el precio del triunfo.

Hubo otros viajeros y científicos, pero lamentablemente no han dejado escritos o éstos no nos son conocidos. Sabemos de ellos por algunas menciones, de modo que no nos es posible hacer referencia a sus aportes, por el momento.

Eso nos permite pasar a otro capítulo, de los más importantes sin duda, en aquella "hambre" que usamos como título, la que merece más que ninguna el título de sacra y cuyo elemento áureo es la misma vida humana. Nos referimos a la acción de los salesianos, cuyo comienzo ya fue descripto con el dramatismo de la intervención de monseñor Fagnano durante la exploración de Lista.

Este tema exigiría un tratamiento más largo del que podemos darle aquí, dada su trascendencia. Entre otras cosas, así como los misioneros anglicanos dieron comienzo a la población de Ushuaia, éstos llevaron a la de Río Grande. José Luis de Imaz ha señalado lo peculiar de este hecho, único en el país. No tiene sentido comparar el trabajo de un grupo en relación con el otro; quienes gustan de esos paralelos aquí se encuentran frustrados y se ven obligados a otorgar una suma de méritos, imposible de medir como es lo espiritual, en ambos casos. Los salesianos trabajaron en el Norte y los evangélicos en el Sur, unos con los onas y otros con los yaganes. Cuando llegaron los segundos, no había población de raza blanca, mientras que los hijos de Don Bosco debieron enfrentar, no al final sino al comienzo de su tarea, las dificultades del choque de ambas razas, con toda la ayuda y los problemas que eso significara.

Pero volvamos a José Fagnano. Era un piemontés, nacido en 1843, que luchó junto a Garibaldi, hasta que un encuentro con Don Bosco le llevó a la vocación sacerdotal. Fue enviado a la Argentina y se encontró en Patagones en momentos en que se desarrollaba la Campaña del Desierto; allí estuvo seis años. Ya hemos visto cómo conoció Tierra del Fuego. A su regreso, fue nombrado prefecto apostólico de la Patagonia, con asiento en Punta Arenas; sus "dominios" abarcaban la provincia chilena de Magallanes y los

territorios argentinos de Santa Cruz y Tierra del Fuego y las Malvinas.

En 1887 fletó la goleta *Victoria*, con la que recorrió parte de su territorio, acompañado del padre José M. Beauvoir, italiano como él, a pesar de su apellido. Juntos hicieron excursiones al interior de la Isla Grande, ganándose siempre la amistad de los indios, que le llamaban “Capitán Bueno”, quizá habían visto muchos de los otros.

Gran parte de su trabajo inicial fue en la parte chilena o en las Malvinas y escapa, por lo tanto, a nuestro interés aquí. Es interesante que logró la concesión de la isla Dawson, en el estrecho, la misma que había sido estudiada por los anglicanos. Allí se estableció un albergue para los indios. Tenía la ayuda de cinco hermanas de María Auxiliadora, que habían venido con él al regresar de un viaje a Italia en 1888. Una nueva goleta recibió el mismo nombre de *María Auxiliadora*. Las dificultades fueron muchas, en especial por parte de los buscadores de oro y otros “civilizados”, que veían en los misioneros una valla a sus tratos abusivos con los indios. Un motivo de aliento fue la visita de monseñor Cagliero, el primer obispo salesiano.

La forma de controlar más eficazmente la situación —dado que casi todas las noticias trágicas venían de la zona intermedia entre el Pacífico y el Atlántico— consistía en el establecimiento de otra misión en territorio argentino. Lo precario de sus embarcaciones le llevó a realizar un viaje que aún hoy sería considerado alocado, si no hubiera tenido un santo propósito. Saliendo de Dawson, navegaron hasta el Seno del Almirantazgo, donde desembarcó con Beauvoir, dos hermanos religiosos, un peón y dos indios lenguaraces. Cruzando pantanos y bosques, avanzaban hasta donde les tomaba la noche y allí, una vez rezado el rosario, acampaban. Llegaron al Atlántico y rehicieron el camino, lo que les llevó dos meses. Pero entre tanto habían elegido el lugar en que sería establecido el nuevo punto de misión.

Así fue como en 1893 alquilaron el barquito *Amadeo*, en el cual cargaron animales y materiales de construcción;

viajaban los sacerdotes Beauvoir y Juan Bernabé, arquitecto; los hermanos Antonio Bergese, Pablo Ronchi y Juan Ferrando, que serían todos catequistas, pero además carpintero, cocinero y ovejero, respectivamente. El viaje, que debía durar ocho días, fue de treinta y cuatro. Por algo, los marinos locales decían que la nave "tenía almacenados los vientos en las bodegas".

Estaba resuelto que el nuevo establecimiento llevaría el nombre de Nuestra Señora de la Candelaria, por un motivo realmente curioso. El padre Antonio Ferrero, director de Dawson, estaba ayudando en el trabajo de embarcar los elementos para la nueva misión, cuando una vaca se enfureció y le embistió. Mientras corría, recordó que era el día de la Candelaria y prometió a la Virgen, que si se salvaba, el nuevo establecimiento llevaría su nombre; aunque se cayó, enredado en la sotana, el fiero animal enceguecido siguió de largo.

El desembarco no fue menos accidentado. Hicieron ocho balsas de tablas y las lanzaron al mar, en la esperanza de que fueran llevadas a la costa, pero el viento cambió y todo se hundió. Una tormenta obligó al barco a irse, dejando en tierra sólo parte de la gente y los materiales.

Pero Beauvoir decidió seguir adelante. "Para precavernos de la intemperie", cuenta, "allí sobre aquella esterilísima playa, a pocos metros de distancia del sitio donde llegan las altas mareas y cerca de doscientos de la laguna formada por el arroyuelo Gama con otros dos menores, levantamos sobre la arena dos cabañuelas, una para nosotros y la otra para las bestias. Junto a la primera, construimos una habitación que nos sirviese de depósito para las cosas más delicadas e hiciera también las veces de capilla". Indirectamente aquello era el comienzo de la ciudad de Río Grande.

Debido a las pérdidas, tuvo que mandar a Bernabé a Punta Arenas para hablar con Fagnano. Los alimentos escaseaban, pese a lo cual llegaban mineros "y con toda esta gente era necesario dividir familiarmente la comida. Lo

hacíamos de todo corazón y muy contentos". Finalmente, pidió caballos prestados en El Páramo y se fue él mismo a la ciudad del Estrecho.

Todo hubo que hacerlo de nuevo: la búsqueda de embarcaciones, las compras, el fatigoso traslado, simplemente para empezar el verdadero trabajo de levantar las construcciones, a cinco millas de la desembocadura del río. La bautizaron, de acuerdo con la promesa, "Misión de la Candelaria" y al principio consistía en una iglesia, una casa para los misioneros, dos galpones y unas cincuenta casuchas para los indios, aun antes de que éstos llegaran.

No tardaron en aparecer. Al frente de ellos, venía un *haush* de gran porte, cuyo verdadero nombre era Sekriot, pero que ya había adquirido larga fama bajo el de Capelo. De una u otra manera, había aparecido en los escritos de todos los viajeros y cronistas. Había apresado con su grupo a los científicos franceses Enrique Rousson y Polidoro Willems —que figuran entre los que no hemos mencionado en detalle—, según lo cuenta Luis Figue en su memoria. Se dice que estuvo al servicio del gobernador Cornero. Lucas Bridges nos relata un entrevero que tuvo con gente de la subprefectura. Beauvoir cuenta su llegada, que ansiaba con el afán de quien quería ver a sus futuros discípulos: "Vestían ropa de paño y Capelo traía consigo un rifle descomuesto con algunas balas y un largo machete. Había pasado, decía él, algún tiempo en una compañía de soldados de la República Argentina. Vestía levita negra, chaleco y pantalón del mismo color, botas granaderas y un sombrero ovalado también negro". El sujeto le explicó que quería quedarse, porque había mucha gente mala, que les hacía "pum, pum, pum".

Pero ocurrió que llegó un grupo de indios del norte y, cuando estaban por irse a las manos, la valiente intervención del misionero evitó una desgracia. Capelo se fue al día siguiente y parece que Beauvoir no lo lamentaba mucho, pues dice que "era un desgraciado en el que no se podía confiar tanto como en los otros sencillos salvajes".

Años después, Godoy tuvo que mandar gente, pues luego de cometer un asesinato, se presentó con un grupo, que se suponía podía ser de ciento cincuenta hombres, al parecer con intenciones de atacar la Candelaria, aunque dicha intervención molestó al sacerdote, siempre confiado en la bondad de los indios. Fagnano estaba de visita, feliz de ver un centenar de onas ya reducidos, cuando volvieron a aparecer, asesinando a unos mineros dálmatas. Finalmente, el bandido fueguino fue muerto en un intento de ataque a Harberton, que pudo haber traído graves consecuencias. Todo esto nos describe la situación en que debían trabajar tanto los estancieros como los sacerdotes..

La tarea seguía con entusiasmo. Los indios acudían con gusto, al ser expulsados por los ganaderos, que no confiaban en ellos. Llegaron las monjas y recurriendo de nuevo a Beauvoir leemos: "Los salvajes, al principio, no se cansaban de miraras, llamando de un modo muy especial el traje que visten; éste les valió el nombre de *kasteciáci* o pájaros pingüinos".

Pero no tardaría en aparecer la tragedia, en una forma que es habitual en las tierras australes: el incendio, tan frecuente por la continua necesidad de un fuego calefactor. El 12 de diciembre, poco después de mediodía, comenzaron las llamas en la casa de las hermanas. En poco rato todo el poblado era un montón de cenizas. El padre Griffa, entonces a cargo de la misión, escribía: "Ahora nos hallamos en el desierto, sin techo ni medios de subsistencia, rodeados de una turba de indios hambrientos, que piden pan y vestidos... ¿Qué haremos? ¿Abandonarlo todo? ¿Se perderá lo hecho hasta aquí? Sólo Dios lo sabe. En El confiamos".

Esa era la confianza que movía a aquellos hombres hechos más que de heroísmo, de fe sobrenatural y de amor al prójimo. Se dieron a la caza del guanaco para sobrevivir. Cuando Fagnano supo lo ocurrido, envió toda clase de ayuda desde Punta Arenas y la misión fue reedificada. El trabajo continuó —en realidad no se había interrumpido— aun-

que el creciente contacto con pobladores blancos comenzó a producir problemas, de los cuales quizá el más serio era el de la tuberculosis. El sacerdote Del Turco escribía dramáticamente: "Tuve que suspender la instrucción civil para remitirme a darles la religiosa. Tanto aprovecharon que, debo confesar, se hicieron maestros en el arte de morir cristianamente".

Fagnano continuó su lucha con un notable grupo de colaboradores, casi todos compatriotas suyos. La lucha, dolorosamente, no sólo debía librarse en los ámbitos de las almas paganas, sino en muchos otros. Los pobladores (estancieros, mineros, científicos) trataban a menudo de sacar el lugar de las misiones, dando informes contradictorios o predisponiendo en su contra a los indios. Como los problemas con éstos surgían especialmente del lado chileno, las autoridades dominadas por el positivismo de moda— a menudo trababan los empeños de los salesianos o daban malos informes. Aun entre sus superiores, se encontraban opiniones muy diversas y era difícil convencer a través del océano de la bondad de sus métodos, que sonaban poco ortodoxos, como la adquisición de tierras, cuya extensión parecía fabulosa al entendimiento europeo, totalmente ajeno al patagónico con su aridez. Aun en el parlamento argentino se oyeron críticas que hoy suenan a cosa extraña. Ni vale la pena que nos detengamos en ellas. Fagnano tuvo que hacerlo a menudo, pero no cesó en la tarea hasta su muerte en 1916.

Ya vimos que su capellán era José María Beauvoir, quien se había ofrecido con una carta en la que detallaba sus planes de "establecer un centro sobre el río Grande... para atraer allí a los indios de la parte norte como de la parte sur, enseñándoles junto con las verdades cristianas los trabajos del campo". Estuvo a su cargo el comienzo en la Candelaria. Es emotivo el cuadro cuando envió a sus peones a buscar guanacos, volvieron sin nada, excepto uno que traía tres chiquillos desnudos, acomodados sobre su caballo. "Son los únicos guanaquitos que he conseguido" dijo

explicando que los había encontrado abandonados en el campo. "Esto vale más que mil guanacos" fue la respuesta del misionero. En 1896 Fagnano lo hizo volver a Punta Arenas, pues lo encontró demasiado agotado, siendo reemplazado por Fortunato Griffa. No era un hombre de cultura sobresaliente, pero sin embargo dejó una narración interesantísima de los comienzos y un *Pequeño diccionario del idioma fueguino-ona*", que mereció numerosos elogios de los entendidos. En 1915 publicó, ayudado por los apuntes de su colega Juan Zenone, el libro *Los selknam, indígenas de la Tierra del Fuego*. Se ha señalado que no supo distinguir, sobre todo en cuanto a léxico a las tribus del norte y del sur, por lo que su trabajo hoy es mirado con un interés menor, pero su impulso no puede encontrar deméritos.

Griffa, su sucesor, y quien estableció la misión en el lugar actual, dejó también manuscrito una *Colección de palabras onas*.

Un mayor rigor científico se encuentra en los trabajos de Maggiorino Borgatello, que llegó en 1893 y se dedicó al estudio de los alacalufes, de los que compiló el primer vocabulario. Además formó un importante museo de ciencias naturales, todo ello por supuesto al margen de sus labores misioneras.

Colaboraban con él otros dos sacerdotes, Lino del Valle Carbajal y Antonio Tonelli, así como algunos naturalistas. Además escribió una obra conmemorativa de quinientas páginas, al final de su vida, cuando ya las tareas religiosas le ocupaban menos tiempo.

Como en 1896 debía realizarse en Turín el Congreso Mundial de las Misiones Católicas, monseñor Cagliero encargó al uruguayo Carbajal, ya mencionado, por entonces director del observatorio meteorológico de Patagones, el informe correspondiente. Ciertamente estuvo dispuesto a hacer un trabajo completo ;pues llegó a las 1914 páginas! Fue escrito en italiano y quiso retocarlo antes de su traducción, pero un cáncer interrumpió sus tareas a los treinta

y seis años, en 1906. Todavía está esperando la traducción en nuestro idioma.

Vale la pena señalar que el espíritu cristiano de estos hombres les abrió las puertas de todos los que compartían su buena voluntad. Los hijos de Bridges, por ejemplo, les edificaron una capilla en la estancia Viamonte, al Sur del río Grande, y les invitaron a trabajar en Harberton. En su primer viaje a Ushuaia, Beauvoir fue invitado por Lawrence a un buen té británico. Juan Zenone anotaba entre las donaciones recibidas numerosos materiales de parte de los descendientes del misionero anglicano. A su vez, Lucas, el cronista de la familia, cuenta de los materiales y el ganado que se les dio, a cambio de instrucción para los indios y la garantía de que "se comprometería a marcharse en el acto, sin protesta ni discusión, no bien consideráramos sus enseñanzas o su presencia nocivas para la estancia o para los indígenas". Pero a continuación declara: "Este contrato, firmado por ambas partes, fue observado fielmente muchos años, durante los cuales el padre Juan dio clases regulares, diurnas para los niños y nocturnas para los jóvenes deseosos de mejorar".

Zenone fue quien más se destacó en la labor lingüística. Desde 1894 estuvo veintinueve años continuos en Río Grande, hasta 1905 cuando se trasladó a Río Gallegos. Siguiendo indicaciones de Fagnano, inauguró las "misiones volantes" o sea la tarea de ir a buscar los indios donde estaban, sin esperar su aparición en la Candelaria. En esta tarea recorrió toda la isla, llegando inclusive hasta Navarino. En 1923 quiso establecer la misión junto al lago Fagnano, pero carecía de fuerzas; murió en Italia en 1941. Sus trabajos han sido muy usados por otros investigadores.

También merece mencionarse a los sacerdotes Antonio Tonelli y Antonio Coiazzi, por su labor tanto evangelizadora como científica.

En 1910, Zenone estableció un segundo lugar de trabajo en la cabecera del lago, en una zona que había recorrido con Despard Bridges. Otra misión fue comenzada en Río Fuego. Pero la disminución de los indios y otros pro-

blemas hicieron que para 1922 sólo quedaran nuevamente las instalaciones de Río Grande. Hasta 1928 esta misma tenía cierto aire de precariedad, dadas las mudanzas de la situación. En esa fecha, se organizó como escuela agropecuaria, tal como continúa hasta la fecha, con reconocido prestigio.

Nos queda el último punto de aquellos que fueron en busca del oro en el norte fueguino. Como titula bien un capítulo de su obra, Braun Menéndez habla del paso "del vellocino al vellón". El oro nunca fue abundante y pronto fue sólo un recuerdo. En cambio, la introducción de ganado ovino resultó ser la mayor fuente de riqueza hasta la fecha, pues la lana fueguina es la de mejor calidad en el país. La primera estancia, como ya vimos, fue la de Bridges en Harberton, frente al Beagle. Con el tiempo, otras menores surgirían en esa zona, pero allá la extensión utilizable de tierra es escasa, de modo que el verdadero desarrollo se dio en el norte, a partir de la última década del siglo.

El punto de partida fue la entrega de tierras. El nombre de Julio V. Díaz como agrimensor es básico en la historia patagónica, cumplió igual tarea en el valle del río Chubut. En 1897 se hizo el primer remate de tierras, con quince lotes lógicamente fiscales, en el departamento de Sar Sebastián, en la zona Sur. Fueron en total 115.000 hectáreas y entre los nombres de los compradores encontramos a José Menéndez, Mauricio Braun y Sara Braun de Valenzuela. En 1892 salieron a la venta otras 182.500 hectáreas, más al norte. Amén de los nombres ya mencionados, encontramos otros como Cullen o Menéndez Behety.

En esas zonas y otras adjudicadas luego, se establecieron las grandes estancias, que son uno de los grandes orgullos de Tierra del Fuego y del país. Dado lo árido del terreno, las extensiones tienen que ser necesariamente grandes para ser rentables y por eso el lanzarse a su explotación era realmente una aventura.

El nombre indiscutiblemente pionero en este rubro es el de José Menéndez, quien creó las dos mayores. Nació en 1846 en Santo Domingo de Miranda, Asturias. En 1860

estaba en La Habana, entonces colonia española, y seis años después en Buenos Aires, siempre pensando en algún porvenir de grandeza. Como buen español, puso un negocio de "ramos generales", sin imaginar que su labor culminaría en la mayor cadena comercial de la Patagonia. En 1873 se casó con María Behety, de origen francés, que era una mujercita culta y emprendedora y que resultó una gran compañera en sus futuras labores. Una firma en que trabajaba le eligió para cobrar una cuenta difícil, sobre todo por lo lejano del acreedor que se llamaba nada menos que Luis Piedra Buena y giraba en Punta Arenas, que para un matrimonio joven era como decir el fin del mundo. Pero pronto vislumbró con ojos previsores lo que allí podía obtenerse y por eso en 1875 le encontramos radicado en la capital del Estrecho. Algunos vericuetos comerciales le colocaron al frente del comercio que fuera del célebre marino argentino. En 1877 María fue herida en un motín. Poco a poco, se fue extendiendo, con su gran capacidad para sacar a flote negocios en quiebra. Al mismo tiempo, iba haciendo importantes aportes para el progreso de la zona. Cuando Roca estuvo allí para entrevistarse con su colega chileno, almorzó en su casa en una mesa íntima, donde estaban también Mauricio Braun y Alejandro Menéndez Behety. El presidente les instó a radicarse en la Argentina, asegurando el apoyo de su gobierno. El mandatario comprendió el impulso del asturiano, aunque éste aún no había hecho construir lo que hoy nos parece increíble: un teatro de ópera, que se inauguró con "Lucia di Lammermoor". Al progresar en los negocios, viajó mucho, inclusive a su tierra natal, donde fue recibido por Alfonso XIII. Cuando murió en Buenos Aires en 1918, Estanislao Zeballos pronunció una emocionada oración fúnebre, en la que dijo: "Podemos así, los argentinos agradecidos, afirmar que este caballero español fue un civilizador continental. Pero fue más. Fue un amigo sensible, afectuoso, pródigo en delicadezas; y mi hogar, que lo recibía con encanto, lo despide con la emoción de un cariño perenne y profundo".

En 1897, Menéndez compró a Juan N. Fernández las tierras que habían pertenecido a la concesión de Popper. El límite norte de lo que sería la "Primera Argentina" —que hoy lleva el nombre de su fundador— era el río Grande. Hizo trasladar lanares de su establecimiento San Gregorio, cercano a Punta Arenas. La forma en que la estancia fue progresando es impresionante. Baste decir que tuvo su propia línea ferroviaria de catorce kilómetros, la más austral del mundo. Fue haciendo construcciones y agregando más tierra. La casa principal, proyectada y prefabricada en Europa, fue levantada en 1906, con numerosas habitaciones de gran confort. Al fallecer el fundador, pasó a la sociedad anónima Menéndez Behety.

La "Segunda Argentina" nació al norte del río. La consideraba "la mayor, mejor y más valiosa de mis estancias". Llegó a tener 173.500 hectáreas y hasta ciento treinta mil cabezas. No era partidario de un número excesivo, pues su lema era: "El menor número de animales bien mantenidos es más beneficioso que el mayor o excesivo con escasa alimentación". Allí se levantó el galpón de esquila más grande del mundo. Pero no se crea que todo eran flores en el camino de Menéndez. Baste el dato de que en 1901 murieron diez mil animales adultos, lo que es suficiente para una estancia de nuestro tiempo. Para unir ambas estancias, hizo construir un gran puente colgante, que estuvo en uso hasta no hace mucho. Luego de su muerte fue rebautizada "María Behety".

La estancia "Sara" es la que llegaría a tener mayor número de cabezas. Su nombre se debe a Sara Braun de Nogueira, viuda de un pionero de la zona chilena y hermana de Mauricio Braun, uno de los más emprendedores hombres de negocios de la zona, quien habría de emparentar con el tiempo con la familia Menéndez. Ocupaba toda la franja entre el Atlántico y la frontera.

En el extremo norte, surgió la Cullen, que es cruzada por el río al que Popper dio ese nombre. Sus fundadores fueron los ingleses W. B. Waldron y H. P. Wood, quienes

compraron una concesión de ciento setenta mil hectáreas hecha a José Nogueira.

Viamonte fue una prolongación de Harberton. Comprendiendo que la superficie de ésta limitaba las posibilidades de expansión, los hijos de Bridges resolvieron extenderse al norte, que entonces era otro mundo. La historia de cómo llegaron y se establecieron es una hazaña épica que fue narrada por Lucas, uno de los protagonistas en su "Último confín". Parte de la empresa implicó la apertura, a mano limpia del primer camino a través de las montañas y el bosque desde el Beagle hasta el Atlántico. De allí surgió el nombre de la estancia, casi como una humorada, pues se llegó a ella por "vía del monte". En un punto que los indios denominaban Najmishk comenzaron los trabajos en 1902, llevando dos mil trescientos animales de su anterior establecimiento. A partir de 1907 consiguieron la propiedad de la tierra. Más tarde, se asociaron con Percival Reynolds, un hombre que hizo mucho por el progreso material y cultural de la zona.

Más al sur, se estableció José Montes, también de Punta Arenas.

A principios de siglo, llegó a Río Grande el español Francisco Bilbao, quien se estableció en lo que aún hoy es la avanzada más oriental, no sólo de la explotación ganadera sino de la presencia humana permanente: las bahías Policarpo y Falsa. Agreguemos que su hijo llegó a ser gobernador, el único nativo de la zona en ocupar el puesto.

Naturalmente, no podemos seguir esta historia en detalle. Lamentablemente, para los legos en la materia la misma no tiene ningún carácter épico y parece un simple *racconto* comercial. Sin embargo, fue mucho más. Sin todo ese esfuerzo, a veces muy duro, Tierra del Fuego no hubiera sido mucho más, así, que un puesto militar avanzado por muchos años. Gracias a los esfuerzos de aquellos empresarios, llegó a ser un importante emporio de riqueza y eso fue lo que la integró en la vida nacional.

Bibliografía

Argentina Austral, varios números.

BELZA, Juan Esteban, *En la isla del Fuego*, tomos I, II y III.

BRAUN MENÉNDEZ, Armando, *Pequeña historia fueguina*.

BRIDGES, Lucas, *El último confín de la tierra*.

ENTRAIGAS, Raúl S., *Monseñor Fagnano*.

Karukinká, varios números.

LENZI, Juan Hilarión, *Tierra del Fuego*.

LEWIN, Boleslao, *Quién fue Julio Popper, el conquistador fueguino*.

LISTA, Ramón, *Viaje al país de los onas*.

MAVEROFF, Alejandro, *Río Grande: ciudad 30 años antes de su fundación oficial*.

MIGONE, Mario Luis, *Un héroe de la Patagonia*.

CAPÍTULO VI

LENTO Y DIFÍCIL PROGRESO

Habíamos llegado hasta la gobernación progresista de Pedro Godoy, que dejó echadas las bases del desarrollo futuro. Siempre es más fácil emitir juicios sobre los pioneros, ya que aun sus errores tienen un aura de justificación. Pero a sus sucesores, a los que les toca poner en orden la casa, siempre se les ve con ojos menos justicieros. Generalmente son los que tienen que luchar con minucias, con trámites administrativos, con penurias burocráticas y con pequeñas intrigas. Por eso, no es fácil historiar con ecuanimidad el proceso siguiente, intermediario entre los comienzos de la incivilización hasta las posibilidades de un despegue económico y social. Ello nos obliga a cuidarnos de emitir juicios sobre lo hecho en las primeras décadas del siglo.

Además, carecemos todavía de la necesaria perspectiva histórica, pues no se han sucedido —como en otras latitudes— etapas muy distintivas, sino un proceso lento que no ha dependido de la región que nos ocupa. Eso no debe ser olvidado nunca. Tierra del Fuego nunca ha resuelto sus propios asuntos. Sólo un gobernador nació en su suelo, pero aun él, de acuerdo con la condición territorial fueguina, fue designado desde Buenos Aires. Para la capital, aquello siempre fue el fin del mundo. Hasta hoy, suena para la ma-

yoría como un lugar donde termina el mapa y donde pocos piensan que irán a pasar la vida, sino como un castigo. A los muchos que no lo creyeron o que al llegar fueron atrapados por el encanto de esa tierra privilegiada, debemos otorgar nuestra palabra de encomio y reconocimiento. Pero hasta hace poco —lo hemos oído— muchos creían que allá se vivía de la caza y de la pesca.

Es difícil concebir una labor continuada de gobierno en esas condiciones, cuando la mayoría, la casi totalidad diríamos, de los funcionarios han sido trasplantados de otros climas, como una simple etapa en una carrera administrativa. Inclusive no puede negarse el hecho de que —como hasta hace poco la Argentina no tenía embajadas en Filipinas o Gabón, por ejemplo— no se podía seguir el ejemplo europeo de enviar allá a algunas personalidades honrosas pero molestas: los territorios del Sur servían así de destierro dorado. Por supuesto, eso también hacía que lo fueguino llegara muy al final en la lista de los planeamientos y de los presupuestos, si es que llegaba. Recordemos que se tardaron tres años en llegar después del acuerdo de límites y que la expedición de Lasserre fue porque alguien introdujo en el presupuesto nacional la instalación de subprefecturas en el Sur. Visto todo ello, es emocionante y sugestivo que haya habido tantos que realmente se esforzaran por el progreso de lo que era puesto a su cargo. Pero a ellos a menudo también les llegó el desgaste, por el desinterés capitalino o por las continuas luchas administrativas. La autoridad de quien apenas podía ser considerado “mandatario” estaba coartada por la de muchos otros, que recibían órdenes directamente de Buenos Aires y que disponían de más recursos y gente. Lo más característico era el presidio, pero también surgían desavenencias con la policía, con las fuerzas armadas, con los delegados de agricultura, vialidad y mil más. Que esta historia es molesta, tediosa y poco digna de ser recordada —por historia que sea— no lo discutirá nadie y, como no volveremos a sus minúsculas dimensiones, confiamos que el lector sabrá retener esa situación en su memoria.

Típico de esa situación fue el período cumplido por el tercer gobernador, Félix A. Carrie, que era un hombre de amplia cultura, como lo prueba el que haya estado al frente de la Biblioteca del Congreso durante muchos años. En la documentación de gobierno, por primera vez figuró una en Tierra del Fuego.

Apenas llegado tuvo que dedicarse a resolver cosas no muy claras en la policía, que trabajaba en situaciones terriblemente precarias, en locales prestados, con sueldos ridículos y carencia total de elementos. Dejemos consignado que, en medio de esas irregularidades, esos hombres cumplieron una tarea que pocos querrían hacer hoy.

Se nos ocurre que Carrié no había nacido para diplomático y que, en su afán de llevar adelante su tarea, no vaciló en luchar contra todo el que se le ponía por delante, incluyendo al mismo capellán de la gobernación, el mencionado padre Fortunato Griffa, que lo dejó con un palmo de narices, negándose a ir a Ushuaia; el gobernador le respondió con la exoneración.

Una campaña periodística en su contra terminó en un sumario, el envío de un investigador y el nombramiento de un gobernador interino entre tanto. Este era el capitán de fragata Estevan de Loqui —así firmaba—, quien ocuparía el cargo, cuando Carrié debió dejarlo.

De Loqui ha sido muy reconocido; una prueba está en que su nombre es uno de los pocos de personajes locales que figuraron desde antiguo en la toponimia urbana de Ushuaia. Ocupó el cargo en 1902 y renunció poco antes del término legal, o sea en 1905. Su llegada coincidió con una serie de episodios negativos. Más adelante mencionaremos la cruenta sublevación de los presos de la isla de los Estados. La comisaría de Río Grande se incendió. Cerca del lago Yehuin se produjo una matanza entre indios *selknam* y *choncóiuka*, que causó mucha impresión y que demuestra el escaso grado de dominio que se tenía sobre el interior del territorio, que seguía siendo desconocido e inaccesible.

Le preocupaban las condiciones de vida de sus gobernados, como los pobres policías del norte quienes "desde ese momento (el incendio) viven casi a la intemperie en un clima sumamente frío". La desgracia permitió el milagro de lograr partidas, no sólo para ese lugar, sino también para otros. A la vez, al margen de su jurisdicción, un hecho importante fue la clausura del inconcebible presidio y subprefectura de la isla de los Estados.

El 17 de octubre de 1905 fue designado Manuel Fernández Valdés, quien había ejercido la secretaría de la gobernación. Se trata de un caso insólito y no repetido. Con mucho, es quien ha estado más tiempo en el puesto. Fue confirmado en 1908, 1911 y 1914. En 1917 fue nombrado en comisión y al no tratarse su pedido de acuerdo, cesó en el cargo al año siguiente. En total estuvo trece años. Al margen de sus cualidades, sin duda aquella prolongación en el puesto le permitió una tarea con la imprescindible continuidad. Era de origen riojano y se lo describe como "de porte gentil, hablar sereno y decidir formal; muy administrativo y muy funcionario. Le quisieron las gentes y encontró apoyo en las esferas estatales. Fue siempre accesible, correcto, servicial".

En 1906 apareció —ave fénix de la incompreensión del país— un nuevo proyecto de hacer desaparecer la gobernación. La parte norte debía integrarse a Santa Cruz y la sur se reservaba "para un apostadero naval y otros establecimientos". Pero la idea no prosperó, aunque se nombró una comisión para estudiarla.

Durante su período se produjo un hecho inusual al máximo. Desde Roca hasta Aramburu, ningún presidente de la República llegó hasta Ushuaia fuera de Roque Sáenz Peña en 1911 y es notable que este hecho ni siquiera figure en la mayoría de las obras y trabajos sobre Tierra del Fuego. Junto con los motivos oficiales, el mandatario viajaba confesadamente por razones de salud. Le acompañaban, entre otros funcionarios, los ministros de Marina y Obras Públicas. La primera escala en suelo fueguino fue en Puer-

to Cook, el viejo faro de la isla de los Estados, que contaba con un habitante, un tal Felipe Zuccarelli, que subsistía con los víveres que vez en cuando le llevaba una nave de la Armada. Tuvo una larga charla con el presidente, de cuya visita se enteró, según dijo, por lo mucho que ladraban los perros. Además expresó llanamente su opinión de que era el mejor "gobernador" —así se consideraba— del país, pues jamás tenía dificultades de política interna ni había pedido dinero, el único, para la celebración del Centenario. Después le hizo lo que quizá era el único obsequio posible: una gigantesca ración de camarones.

Siguieron viaje hasta el Cabo de Hornos y es de suponer que ha sido la más alta autoridad argentina que navegó durante su mandato por allí. En la bahía Goree pasaron la Semana Santa y, como era de ritual en el país entonces, a bordo se representó "Don Juan Tenorio", con marinos y conscriptos.

Ya en Ushuaia el 27 de marzo, comenzaron grandes agasajos, lógicamente a la medida fueguina, y también la larga presentación de las necesidades. Estuvieron sólo cuatro días y regresaron por el estrecho, aunque sin detenerse, como tampoco en ninguno de los puertos patagónicos, que tenían planeados. Es interesante que el periodismo comentó que, pese a la brevedad, el viaje tuvo un saldo positivo.

Fernández Valdés no se vio libre de los problemas de sus antecesores en cuanto a enredos administrativos y superposición de autoridades. Un caso interesante fue el de la suspensión aplicada al jefe de policía de Ushuaia por el juez federal de Santa Cruz, cuya jurisdicción abarcaba Tierra del Fuego, por no haber informado a tiempo de la muerte de un preso. El gobernador salió de inmediato en defensa de su colaborador, en forma mesurada, que logró éxito en la restitución del funcionario.

Por eso, podía decir en su memoria de 1912: "Hace muchos años que no se han suscitado conflictos entre las autoridades o entre éstas y los pobladores, (lo) que se cuen-

ta entre las principales causas retardatarias del progreso en otras gobernaciones, habiéndose llegado a garantizar en ésta la seguridad de los intereses y la tranquilidad de las personas en forma tan eficaz que no se ha producido un solo motivo de descontento desde hace diez años”.

Sin embargo, no calla el problema principal que aqueja al territorio a su mando: “Son también factores adversos para este territorio su desconocimiento no sólo en el extranjero sino entre hombres de cierta ilustración en el país, y aun de aquellos, cuya posición oficial les señala el deber de conocerlo siquiera geográficamente”. Por cierto que no era poco decir. Una prueba de ello la tuvo cuando la calle Ushuaia de Buenos Aires vio cambiado su nombre por el de Jorge Newbery. Hoy existe un pasaje de pocos metros, junto al ferrocarril...

Parecería que la inauguración de una sucursal del Banco de la Nación fuera un dato de poca monta y de escaso interés histórico. No lo pensaban así ni los pobladores que elevaban vehementes petitorios, ni el gobernador que movía los hilos para lograr su instalación, que se produjo el 14 de febrero de 1912. Pero pensando un poco, enseguida nos puede surgir una pregunta ciertamente importante: ¿cómo llegaba el dinero a Tierra del Fuego? En un principio, se lo mandaba por medio de los barcos de la Armada; no había entonces sino empleados oficiales y quizá la falta de circulante podía suplirse de muchas otras maneras... sin llegar a acuñarlo como hizo Popper. Cuando comenzaron a surgir establecimientos en el Norte, generalmente ligados comercialmente con Punta Arenas, esta ciudad servía de base bancaria, por así decirlo, lo que no era nada bueno para la soberanía nacional. Después hubo una sucursal del Banco de la Nación y otro privado en Río Gallegos, que servía para esa zona, pero no para el Sur. Amén de eso, el correo era una simple estafeta, que no recibía giros. La cosa seguía más o menos como al principio. La nave *Piedrabuena*, al servicio de la gobernación, iba mensualmente a Gallegos y luego hacía la recorrida por la

isla de los Estados y los canales, dispensando sus bienes monetarios. Pero en 1912 llegaron un director, un gerente y un contador que lo organizaron. Con el tiempo, dispondría del mejor edificio de Ushuaia, que alberga hoy al Museo Territorial. Resulta notable que en Río Grande no haya habido sucursal del banco oficial hasta 1943.

En los años 1915 y 1916, el gobernador se vio envuelto en la serie de problemas provocados por las huelgas de los peones de las estancias sureñas, que ha hecho correr tanta tinta y aun celuloide. Fernández Valdés fue comisionado para hacer investigaciones en otros territorios, lo que le permitió llegar a Buenos Aires, donde entre otras cosas, tramitó un automóvil, pues la suya era la única gobernación que no tenía. Lógicamente, eso no afectaba sino protocolarmente, pues caminos para recorrer aún no había.

Las huelgas, que más tarde serían las más sangrientas que conociera el país, tuvieron un eco relativo en Tierra del Fuego, aunque se suponía que la declarada en la zona chilena debía incluir el territorio argentino. El gobernador telegrafiaba: "El comisario de Río Grande comunica que peones, frigoríficos y esquiladores de diversas estancias... suspendieron trabajos, mientras reciben instrucciones Federación Obrera Punta Arenas. Huelga es tranquila y según parece sólo por adhesión a la declarada en otros parajes". Preventivamente se destacaron gendarmes a Río Grande, que no llegaron a actuar. Lucas Bridges cuenta con cierta ironía de un agitador que pidió permiso para reunir a los obreros y él se lo dio. El sujeto hizo una larga exposición sobre costos de flete, precio de la lana en Inglaterra y otros temas abstrusos, hasta que uno de los presentes lo sacó a planazos.

Una serie de enredos de pueblo chico sumieron a Fernández Valdés en complicaciones y acusaciones al mejor estilo tradicional, lo que incidió en que su siguiente nombramiento haya sido en comisión y finalmente no confirmado. De todos modos, no se duda hoy del balance positivo de su actuación.

Luego, entre 1918 y 1920, o sea en tres años escasos, lo ocurrido con el gobierno fueguino resultó incalificable. Hubo seis gobernadores: Haroldo A. Simesen de Bielke, Cayetano Ripoll, Juan Grandón, Avelino Jiménez y Esteban Repetto. Como es lógico entre uno y otro se producían interinatos, amén de otros que fueron suplentes. Es innecesario explicar que eso casi impedía cualquier tarea de gobierno. Sólo un descuido de parte de las autoridades nacionales puede ser la explicación de aquello que sumía al territorio en el dominio de las disputas lugareñas. Así es como, de pronto el gobernador renunciaba y era reemplazado, siempre interinamente por supuesto, por el director del presidio, que quizá era la autoridad más efectiva.

Las razones para tantas idas y venidas eran de lo más minúsculo y nunca obedecieron a un cambio de política. El comercio de Ushuaia vivía en continua disputa con las autoridades, mientras los estancieros del Norte seguían su obra como si estuvieran en otro país. El flamante frigorífico seguía progresando y eso llevaba a un traslado de la "Primera Argentina" o "José Menéndez" y a la construcción del puente colgante. Nada pudo hacerse con el impacto que tuvo la epidemia mundial de la llamada "gripe española", diezmando la escasa población oná.

Para colmo de males, la agitación social del país repercutía en la capital fueguina, por la presencia de destacados líderes anarquistas en el presidio, cuyos guardiacárceles se sumaban al descontento, produciendo situaciones que eran un verdadero peligro para la población. En tiempos de Ripoll, un grupo de madres reclamaba por la seguridad de sus hijas y contra el gobernador que había tenido el poco tino de afirmar que "las niñas de Ushuaia debían sacar collares con patente de perras". Entre otras cosas, en 1918 escapó de la cárcel el célebre Simón Radowitzki, el asesino de Ramón Falcón, con ayuda externa, de gente llegada de Buenos Aires y del muy mentado Pasqualín —que se llamaba Pascual Ríspoli—, sobre quien se llegó a escribir un libro donde el sujeto, que era más bien un gran

pillo, es titulado “último pirata de Tierra del Fuego”. No nos extraña que dicho gobernador, dijera que “Me encontraría muy feliz si pudiera salir de este medio corrompido en que tengo que actuar”.

Lo notable es que las intrigas de los agitadores sociales hallaban eco y —no sabemos si con alguna razón o no— lograban la investigación y remoción o renuncia continua de las autoridades. A esta distancia, quizá lograríamos ver una acción orquestada que iba destinada a su culminación en las terribles huelgas patagónicas de 1921.

El dinero para los sueldos no llegaba jamás a tiempo y los empleados —o sea casi toda la población— se irritaban cada vez más, lo cual incluía a los guardiacárceles, a veces más peligrosos que los que estaban tras las rejas. El gobernador Grandón decía de un grupo dado de baja que eran “de pésima moral, llenos de vicios, espíritus subversivos, indisciplinados, no sujetos a elemental disciplina, huelguistas, indolentes”. Agrega que “se los eliminó ante el temor de un levantamiento y aun ahora se vive en ascuas”. Aunque es de suponer que las tintas estuvieran un poco cargadas, no hay que creer que demasiado. Por algo, se tomaron medidas para que ese personal fuera nativo del país.

Aquel período tan poco feliz llegó a su fin el 30 de septiembre de 1920, cuando el teniente coronel Carlos C. Molina comenzó un período que terminó el 31 de diciembre de 1923. Sus sucesores, el teniente de fragata Juan María Gómez, los capitanes de navío Jorge Siches y Carlos Moneta, el de fragata Gregorio Báez y Horacio A. Retondaro, salvo este último que estuvo sólo un año, cumplieron períodos normales. Gómez estuvo seis años a cargo del gobierno. Naturalmente, eso permitía una situación muy diferente, aunque no demasiado, pues no indicaba una debida atención de las autoridades centrales. El 18 de agosto de 1943 el territorio fue convertido en “gobernación marítima” y pensamos que ello significó un nuevo concepto, pese a los cambios habidos luego, y, por lo tanto, ese período será tratado en el capítulo final.

Por supuesto, el que hemos abarcado en este capítulo presentó muchos factores de progreso. El comercio se desarrolló en forma desordenada a veces, pero continua. La creación en 1908 de la Sociedad Anónima Exportadora e Importadora de la Patagonia, comúnmente llamada "la Anónima", por Menéndez, Braun y Blanchard, fue el desarrollo más notable. Tuvieron —y tienen— sucursales en toda la región, aunque es curioso que no en Ushuaia.

Luis Fique fue el pionero del comercio en esa ciudad. Formaba parte del grupo fundacional, que quedó en la subprefectura en 1884 y por eso puso a su negocio el nombre de "El primer argentino". Además de inaugurarlos, en 1888 estableció un aserradero. Dos años después, abrió una planta envasadora de mejillones y cholgas. Fue una personalidad destacada en muchos órdenes. Durante una época actuó como subprefecto y en 1889 mandó una colección de pájaros embalsamados a la Feria Internacional de París, en la misma hubo un grupo de indios llevados desde Chile y expuestos en una jaula como caníbales, que fueron sacados de esa atrocidad por intervención de los salesianos. Los anglicanos habían intervenido en casos similares. Fique murió en medio del respeto general en 1923.

El primer comercio de Río Grande fue inaugurado en 1900 por Javier Saldani. Su nombre oficial era "El Cañón", pero se lo conocía como "el boliche de la costa" y era un almacén, donde también se hacían carreras cuadreras. Fue adquirido en 1905 por Francisco Bilbao, un emprendedor español, también fundador de una "dinastía" fueguina. Saldani fue luego juez de paz.

Aunque nos resulta doloroso, debemos limitar a los dos primeros casos ese aspecto de la historia. Hubo muchos otros hombres que debiéramos recordar, no sólo por lo arrojado y visionario que significaba instalarse como negociante en aquella tierra nueva, sino también porque en la gran mayoría de los casos fue gente profundamente arraigada a la tierra, pese a que muchos de ellos eran extranjeros, y que también han llegado a fundar verdaderas "dinastías",

cuyos descendientes ocupan hoy lugares de privilegio en la vida pública del territorio. Nombrar a uno solo o a varios sería una injusticia con los demás y necesariamente haría incurrir en omisiones dolorosas.

Lo más notorio en aspectos comerciales fue la instalación del frigorífico por la llamada Compañía Frigorífica Argentina, que nucleaba a los ganaderos de la zona. Baste decir que el promedio de faenamiento era de trescientos mil animales anuales para comprender su importancia. En 1941 fue adquirido por la Corporación Argentina de Productores de Carne.

Un comercio que surgió y decayó fue el de las loberías. Sánchez Reinafé se estableció en 1932 en la Isla de los Estados y Oscar Huber, alemán, en 1935 en la bahía Thetis. En ambos casos, eso significaba el fin del mundo y el aislamiento total. En el segundo lugar se mataban entre veinte y treinta mil lobos marinos por año, por el simple procedimiento de arrearlos a un lugar cerrado por las rocas y darles de palos en la cabeza. Luego se trasladó a El Páramo y Cabo Peñas, hasta que de hecho los animales se terminaron; en 1948, quedaba unos cuarenta mil. Una de las consecuencias de aquel aislamiento fueron los rumores; en Ushuaia circulaba la idea de que podía estar sirviendo de apoyo a los submarinos de su nacionalidad durante la guerra, lo cual resulta fantástico.

En 1937 se fundó la Asociación Rural de Tierra del Fuego, que organizó la primera exposición rural en 1943 en la estancia "José Menéndez".

Otra fuente de riqueza, que con los años sería también un gran atractivo turístico, fue la siembra de truchas traídas de Norte América. John Goodall gerente del frigorífico y miembro político de la familia Bridges, llegó a la conclusión de que la falta de fauna en los ríos no podía ser un impedimento y con criterio muy científico procedió a depositar los peces más preciados del mundo, que ahora son objeto de importantes certámenes de pesca y de atención científica por una estación de jerarquía cerca de Ushuaia, que lleva el nombre del pionero en esta rama.

La educación fue recibiendo atención sólo en forma paulatina. Al comienzo no había demasiada necesidad de ella, pues los indios eran atendidos en la Misión Anglicana y no había otros niños. En 1890, durante el gobierno de Godoy se creó la primera con el nombre de "Domingo Faustino Sarmiento". En 1895, el inspector Raúl V. Díaz, comprobó cuánto había que luchar frente a un ambiente en el que la cultura no era la necesidad más sentida. En 1895 decía en su informe, que Ushuaia estaba formada por "ochenta habitantes que viven a seiscientas leguas de Buenos Aires, bostezando y aislados: he ahí la capital del territorio". No obstante, el censo de ese año informa de cuarenta y un escolares.

Los salesianos establecieron un colegio en la misma población en 1930, aunque estaba planeado desde mucho antes.

La primera escuela de Río Grande fue la "Dr. Benjamín Zorrilla", entonces presidente del Consejo Nacional de Educación, y se estableció en 1926. El mismo año se creó en Ushuaia la Biblioteca "Domingo Faustino Sarmiento", que continúa realizando una importante labor en distintos órdenes.

El primer periódico apareció en la capital en 1902. Eran cuatro páginas manuscritas, que tenían el sugestivo nombre de "La Risa" y decía ser un "semanario noticioso joco-literario e independiente". No extraña que ya al tercer número cambiara de nombre, para asumir el de "El Fueguino", pues su "programa" enunciado en la primera página era nada menos que "salvar las fronteras del territorio y hacer sentir (su) voz en la gran metrópoli" para "defender cuanto se relacione con los intereses de comercio y de la población". Se publicaron treinta y ocho números y fue sucedido por el "Eco Fueguino", de vida precaria. En noviembre de 1911 surgieron otros dos órganos a fuerza de pluma. Uno se llamaba "El Mosquito" y el otro "La Rana", éste ostentaba en la carátula un dibujo de un animal, que diríamos híbrido del epónimo y una vaca, de-

glutiendo "casualmente" un mosquito, con la leyenda "Semnario eminentemente clerical". No conocemos un estudio sobre este interesante tema, pero es de señalar que fue una tarea muy difícil, por lo reducido de la población, el poco interés por las noticias locales (casi inexistentes) y la imposibilidad de competir con los órganos nacionales, cuando éstos comenzaron a llegar por vía aérea, dado que interesan más a gran parte de la población lectora que es de origen foráneo al ambiente.

Por supuesto, Tierra del Fuego siguió siendo objeto de visitas y recorridas de viajeros importantes, en general interesados en la naturaleza o en los indígenas. Hay dos nombres que se destacan, cada uno en uno de esos aspectos y ambos sacerdotes católicos.

El primero fue el salesiano Alberto M. de Agostini, quien llegó a la isla en el año del Centenario y le dedicó la mayor parte de sus afanes. Había practicado el alpinismo en su Italia natal y enseguida se sintió atraído por los montes fueguinos, que en general nadie había escalado. Quizá su victoria más llamativa fue la de haber sido el primero en llegar a la cumbre del Olivia, la magnífica aguja que embellece la bahía de Ushuaia; ocurrió esto en 1913. Pero antes y después, hizo una larga serie de ascensos y exploraciones, agregando conocimientos y topónimos. Comenzó por el lado chileno, donde su meta era el monte Sarmiento, el más alto de la isla, La victoria le obligó a dos expediciones. Después recorrió todos los canales de la zona y el monte Buckland, hasta que desde el Seno del Almirantazgo, llegó al lago Fagnano y cruzó hasta el Beagle en Lapataia. Pasó a Ushuaia y fue allí donde ascendió al Olivia. Maravillado por el canal escribía: "Múltiples son los aspectos, en todo este recorrido, con los cuales se presenta, según la naturaleza de sus costas, ora bajas y quebradas, ora elevadas y escarpadas, pero siempre y en todas partes hermosas y llenas de misteriosa grandeza. Pero en ninguna de sus partes ha prodigado la Providencia con mayor abundancia y reunido en el más corto espacio sus tesoros

de belleza, de grandiosidad y de variedad infinita que en el estrecho brazo que flanquea al Sud la cadena de Darwin”.

Después de trepar a los montes Guanaco, Francés, Belvedere, Italia y otros, volvió a Ushuaia, desde donde hizo una detenida gira por las islas de los archipiélagos Wollaston y Hermite, hasta el Cabo de Hornos. Su fase exploratoria culminó con un detallado estudio de la isla de los Estados, a lo que agregó la visita a la zona de Río Grande.

Junto con los méritos de explorador y andinista, De Agostini tuvo otros que es necesario señalar. Dotado de grandes condiciones de fotógrafo y de no pocas de escritor, produjo dos obras importantes: *Mis viajes a la Tierra del Fuego* y *Treinta años en Tierra del Fuego*. Se trata de los primeros libros que podemos calificar de ediciones de jerarquía sobre la región, después de la obra monumental de la expedición francesa de 1883. Sus magníficas ilustraciones y sus relatos entusiasmados han jugado un papel básico en la difusión de las bellezas fueguinas. Creemos que logró el propósito que menciona en la primera de dichas obras: “Me halaga la convicción de haber contribuido en no escasa medida al conocimiento de aquella maravillosa tierra, tan característica e interesante por los numerosos contrastes que se observan en su constitución geológica, en su clima, en su vida animal y vegetal, en su etnología y, más que todo, en las soberbias manifestaciones de lo grandioso y en la imponentia de lo hermoso hórrido y de lo sublime en su ruda naturaleza”.

Martín Gusinde, por lo contrario, fue exclusivamente para estudiar la raza humana. Perteneciente a la Congregación del Verbo Divino, había organizado en Alemania, su patria, un importante instituto científico llamado “Anthropos”. Por esa razón, los descendientes de Bridges le encomendaron la edición del diccionario yagán del misionero, que él reordenó parcialmente (pues las adecuaciones se limitan a los términos y su orden y no al texto explicativo) al sistema usado en el Instituto. Realizó cuatro viajes a Tierra del Fuego, por lo cual hizo más que nadie

estudios de campo. En 1918-1919 estuvo entre los onas; en 1919-1920, entre los yaganes; en 1921-1922, nuevamente entre ellos, como así también en 1922-1924, cuando también trabajó entre los alacalufes. En medio de enormes dificultades, produjo una obra gigantesca de cuatro grandes volúmenes, publicada en 1947 bajo el título de *Hombres primitivos de Tierra del Fuego*, que se encuentra aún sólo en alemán, excepto un resumen castellano editado en Barcelona. Gusinde fue objeto de grandes polémicas ya durante sus trabajos y lo sigue siendo hasta hoy. Por supuesto, hay que ser antropólogo para evaluar su obra. Algunos de sus métodos sin duda eran discutibles y ciertas conclusiones —muy especialmente las de orden cultural y religioso— eran subjetivas; nos parece sorprendente que un científico de su talla no captara que la población indígena era un mero residuo, totalmente transculturizado por el blanco y el cristianismo. Por ello, muchas de sus aseveraciones, que contradicen a los misioneros salesianos y evangélicos que convivieron con los indios, aunque sin su caudal técnico, hoy están muy en tela de juicio. De todos modos, haber producido varios miles de páginas como fruto de un estudio directo, necesariamente es un aporte fundamental, que habría de despertar un interés que aún se mantiene en la búsqueda del remoto pasado fueguino.

Tal vez ya el lector habrá notado, por múltiples alusiones, que el problema básico de Tierra del Fuego era el de las comunicaciones. La historia es, una vez más, larga y compleja, pues abarca lo referido a la navegación, los caminos, el correo, el telégrafo y finalmente la vía aérea. Por eso, nos limitaremos a una serie de elementos principales, que tratarán de demostrar cómo se ha ido superando el aislamiento que existía entre las distintas zonas, primero, y con el resto del país después.

Ya vimos que en 1890 había una estafeta en San Sebastián, que fue seguida por otra en Río Grande en 1903. La historia del correo hasta Ushuaia es una de las etapas de heroísmo, cuando aquellos hombres tenaces, afronta-

ban los vientos y las nevadas, sobre todo en la zona austral. Aun en 1943 funcionaba lo que se llamaba con buen humor el *Pony-Express*, entre Ushuaia y la cabecera del lago, pues el viaje se hacía a caballo, a pie, en esquíes o como se pudiera.

En 1899 comenzaron los viajes de las naves de las grandes compañías laneras, que en 1912 vieron rechazado su ofrecimiento de establecer una línea regular de cabotaje, pues se confiaba en los transportes de la Armada, que fueron casi la única manera de llegar a Ushuaia hasta hace relativamente poco. Inclusive había grandes dificultades para que se comprendiera que la gobernación necesitaba de una lancha, después que el velero *Golondrina* dejara de prestar servicios en 1904.

Curiosamente, la historia de los caminos está ligada a la de las comunicaciones inalámbricas. En 1893 el gobierno construyó una senda hasta Lapataia y cinco años después, los hermanos Bridges realizaron el primer cruce de la cordillera, uniendo Harberton con la zona norte, por un recorrido que en 1902 se transformó en un camino abierto en forma realmente portentosa para ser un empeño privado; la historia comprende buena parte del relato del *Ultimo confín* de Lucas Bridges, que culmina con el transporte de su madre en una especie de palanquín por aquella vía pionera. En 1908, Fernández Valdés podía decir que los únicos caminos de la isla eran los que habían abierto en el norte los estancieros.

En 1910 se estableció la estación radioeléctrica de Ushuaia, que por el cabo Vírgenes unía con la capital. Pero cuando insistió en tener un camino, se le contestó que "habiéndose establecido el telégrafo sin hilos, no es necesario el camino". No obstante la peculiar respuesta, se siguió en la tarea vial. En 1913 seiscientos presos y ciento cincuenta guardiacárceles fueron puestos a mejorar la senda a Harberton, que tres años después ya había sido mejorada hasta el lago. Mientras, la gente de Viamonte había inaugurado la primera línea telefónica; es interesante que

la primera en el sur fue la que llegó hasta Harberton, o sea de los mismos pioneros.

La búsqueda de un paso adecuado en la cordillera tuvo éxito en 1932 cuando una expedición dirigida por el comisario Molina comprobó la existencia del que hoy es llamado Garibaldi, nombre de un indígena a quien se atribuyó el hallazgo, lo que hoy es objeto de polémica. El paso fue abierto en 1936 y al año siguiente se hizo el primer viaje con una comitiva que tardó dos días y medio desde Río Grande a Ushuaia y que fue recibida con grandes festejos. Sin embargo, no sería sino en 1946 que se comenzarían seriamente los trabajos de la ruta 3, que aún no está totalmente pavimentada.

A fines de 1928, los habitantes de Ushuaia vieron un espectáculo inusitado: una avioneta que sobrevolaba su bahía. Era el *Cóndor de Plata* del alemán Gunther Plütschow. Después de haber navegado hasta Punta Arenas, se lanzó a la recorrida de la zona en su frágil aparato, llevando inclusive el primer correo aéreo. No exageraba al decir: "Una nueva era acaba de iniciarse". Descendió sobre la bahía "en vuelo planeado hasta el agua que refleja en rojo los rayos del sol agonizante". El mismo explicaba las razones de aquella hazaña: "Busco la belleza, nada más que la belleza... Cuando mis relatos en textos o en imágenes, hayan hecho vibrar las almas de todos los entusiastas de lo Bello, de todos los amantes de la naturaleza, entonces consideraré mi misión como cumplida y me sentiré altamente recompensado de todas mis penas y de todos mis trabajos". Son palabras elevadas de quien no era sino un deportista, pero que dejó inaugurada una vía que, para una isla, siempre será insustituible, pues así nació el correo, sin pasar por Chile.

En 1931, Rufino Luro Cambaceres, en un avión de la compañía franco-argentina Aeroposta, descendió en Ushuaia en un primer vuelo comercial. La máquina fue sostenida a mano con sogas, pues la carencia de pistas, hangares y todo lo demás, hacía previsible que el viento se la llevara. Entre 1933 y 1934, los penados construyeron la

primera pista y al año siguiente se inauguraron los vuelos regulares con un Laté 25, que hacía el viaje desde Bahía Blanca en dos días y medio. Es ésta otra historia que nos duele dejar con una simple mención, por el heroísmo que implica y por su trascendencia. Aunque en la zona más al norte, quedaron sobre la ruta las páginas más clásicas de la literatura de la aviación, las que produjera Antoine de Saint-Exupéry, que quizá entrevió su "principito" en las grandes nubes patagónicas.

Es interesante que, pese a todo ello, el turismo internacional ya había comenzado. La Compañía Hamburgo Sudamericana, en relación con sus representantes A. N. Delfino y Cía., de Buenos Aires, organizó cruceros de placer para turistas europeos, con naves de gran porte como el *Cap Norte* o el *Cap Polonio*. En 1929, en el *Monte Olivia* se organizó un *tour* —como diríamos ahora— más adecuado con las posibilidades de viajeros nacionales, que tuvo mucho éxito. Eso llevó a un proyecto más ambicioso: un crucero con el *Monte Cervantes*, que llevaría nada menos que 1148 pasajeros... y al más célebre de los naufragios modernos en el sur (Acotemos que la necesaria brevedad nos ha hecho suprimir unos cuantos cuya historia sería de interés). Después del largo recorrido —del que algunos aún hablan maravillas y otros quejas— llegaron a la entonces pequeña Ushuaia. Algunos legisladores y abogados consiguieron permiso para visitar el presidio y a varios de los reclusos más famosos. El 22 de enero de 1930 zarpó alrededor de mediodía y, por razones que nadie ha podido explicar, no siguió la única ruta posible, sino que intentó cruzar los islotes Les Eclaireurs, que cierran la bahía. Se produjo un terrible choque y la gran nave encalló. Con orden o con histeria —siempre según el testigo que se elija— todos fueron siendo llevados a tierra en los botes correspondientes, con la ayuda del transporte *Vicente Fidel López*, afortunadamente cercano, y por cualquier medio. Los naufragos se encontraron desperdigados por una amplia zona, pero finalmente todos fueron reunidos, excepto el capitán Teo-

doro Dreyer, que siguiendo la tradición se hundió con la nave, que efectivamente pronto se volcó sobre el costado. El porqué de esa decisión también es un misterio.

No lo es la atención que recibieron las víctimas. Además de los pasajeros, había unos cientos de tripulantes. La población de Ushuaia no excedía en mucho esa cantidad, aun incluyendo los quinientos penados. Aquello fue la demostración más espectacular de una de las características fueguinas: la hospitalidad. De alguna forma, hubo lugar para todos en las casas, las oficinas, el presidio, la iglesia o donde fuera. Y también hubo comida, que era aún más difícil. El *Monte Sarmiento* fue a buscar a los náufragos, que regresaron a Buenos Aires, felices y furiosos a la vez. Iniciaron una demanda contra la compañía y presentaron proyectos en el parlamento. Años más tarde, se intentó por bastante tiempo el rescate de la nave; cuando era remolcada a Ushuaia, dio una vuelta de campana y se hundió definitivamente.

Y, aunque los calificativos no corresponden a un trabajo de historia, debemos decir que lamentablemente no podemos cerrar este capítulo, sin hacer un breve resumen de aquello que sirvió de telón de fondo material y espiritual a la Tierra del Fuego de aquellos años. En efecto, aún hoy a menudo resulta difícil en la mente de muchos no asociar de inmediato el nombre de Ushuaia con su más célebre institución: el presidio.

La historia es larga y compleja y tiene dos etapas bien definidas. La primera, curiosamente, comenzó en 1883, cuando —sin contar los indios, claro está— no había ningún argentino en la isla. En ese año, el Poder Ejecutivo mandó al congreso un proyecto, propiciando una colonia penal, como forma de poblar la zona, “apartando, por este medio, las miras de aventureros a quienes el desierto y la soledad sirven de tentación”. Abunda en ejemplos y consideraciones pero la inexistencia de un Código Penal, hizo que el proyecto se postergara *ad infinitum*. Sin embargo, en la expedición de Lasserre, había no menos de diez presi-

diarios que colaboraron *velis nolis* en la construcción de las subprefecturas.

En 1886 se estableció un presidio militar en San Juan de Salvamento, único lugar poblado de la isla de los Estados. Era difícil saber quién era más cautivo, si los condenados o sus custodios, que, si bien sabían que era casi imposible pensar en una fuga, un levantamiento no era algo fantasioso, como lo demostrarían los hechos. Roberto J. Payró nos ha dejado una descripción que naturalmente no podía ser alegre; sin embargo, insinúa que podría ser una colonia penal. Los presos eran unos cincuenta y por su carácter militar, estaban mezclados algunos terribles asesinos con pobres diablos condenados a diez años por insubordinación (por ejemplo, por haberse resistido al maltrato de un sargento). De algún otro dice que "tiene fama en el presidio por su corrupción realmente abyecta". Los presos trabajaban la tierra y hasta había seis de ellos "que tienen mujeres, más o menos legítimas". Estos provocaban un "celo violento, casi hasta llegar al odio... aunque sean más criminales que ellos y gozan a sus ojos de la vida de familia en ranchos aislados". En general, el cuadro trazado por el escritor no es tan negativo.

Ricardo Rojas cuenta (aunque confunde el lugar) que Holmberg visitó la zona en 1896 y preguntó si no había peligro de fuga; le contestaron sencillamente: "No hay peligro. ¿Adónde irían? Tendrían que volverse por cansancio y por hambre".

El mismo año la ley 3335 determinaba la creación de un "presidio y cárcel de reincidentes" que debía estar "en uno de los territorios del Sud".

La vida en los Estados era casi imposible aun para el personal de marina, que estaba a cargo del establecimiento desde 1890. En 1902 se lo había trasladado a Puerto Cook, pero en 1906 se resolvió llevarlo a Ushuaia. Aquello coincidió con un episodio sangriento que conmovió al país. Había cincuenta y un presos que debían ir en el transporte *Ushuaia*. A la madrugada, dieciocho complotados, atropellaron la guardia y con las armas de dos hombres, se fu

garon al monte. En el comienzo de la persecución, los representantes de la ley tuvieron dos muertos y dos heridos graves, todos de arma blanca. Coparon así el establecimiento y exigieron la entrega de tres balleneras y provisiones. Cruzaron el Lemaire, pero sólo dieciocho llegaron a destino, pues dos de las embarcaciones no les respondieron. Un barco fue enviado desde Buenos Aires y se reforzaron los puestos de Río Grande y Harberton, para impedir matanzas y fugas a Chile. En Sloggett, recién el 27 de enero, encontraron a cuatro prófugos, de los que uno fue muerto. Otro se ahogó en Bahía Aguirre, donde Orestes Grandi, un comerciante solitario, encontró a varios y los llevó a Ushuaia, pues tenían conciencia de que no tenían posibilidades. Mientras, toda la isla vivía bajo el espanto. Pero todos fueron cayendo poco a poco, al extremo de que los últimos tres sólo fueron hallados un año más tarde. Al ser juzgados, tres fueron condenados a muerte.

Así comienza la segunda etapa: el presidio en Ushuaia. Hubo dos, uno militar y otro civil, hasta que fueron unidos en 1911. El 15 de septiembre de 1902 fue colocada la piedra fundamental, dándose al acto una gran importancia; no faltó quien dijera que aquélla era la "piedra fundamental del verdadero progreso de esta parte del territorio". El edificio fue realmente monumental; ocupaba cuatrocientos metros de frente en el costado occidental del poblado y, una vez terminado, al margen de las instalaciones accesorias, las celdas estaban dispuestas en cinco pabellones en distribución radial. Citando de nuevo a Rojas, leemos: "La imponente mole de piedra señorea entre el humilde caserío de tablas que la circunda. Quien así lo ve no puede dudar de que ese edificio es el Capitolio de Ushuaia" Sin comentarios.

Tenía capacidad para 380 presos, pero hubo hasta doscientos más, en general en galpones anexos. El cuadro de esos habitáculos aún hoy resulta aterrador. Son construcciones impresionantemente macizas, con rimeros de celdas de metro y medio o dos metros de ancho y largo, para uno

o dos reclusos. Como no tenía ventilación —el único ventanuco no podía abrirse por la temperatura y era más bien de vigilancia— la humedad chorreaba continuamente por las oscuras paredes.

Nunca la descripción de una cárcel es algo grato y, aunque hay mucha diversidad en lo que se lee sobre la de Ushuaia, el balance no puede ser feliz. Naturalmente, no creemos que difiera mucho de lo que se podría contar de la Isla del Diablo, San Quintín o cualquier otra del mundo. Pero en verdad los testimonios que todavía pueden recogerse superan en general lo que está publicado. En algunos casos, los autores son más o menos moderados; otros, no lo son para nada. Pero digamos que también como en todas partes, hubo directores y personal que tenían sentimientos humanitarios, pero que hubo otros de quienes si fuera cierta la décima parte del sadismo y las aberraciones que se cuentan, no podemos sino colocarlos en un plano de insanía. Hay cosas que no pueden dudarse por lo reiterado; por ejemplo, el castigo de echar al preso desnudo en la celda, lanzándole baldes de agua encima y dejarlo así por varios días, con temperaturas bajo cero o un cierto número de muertes no muy claras, generalmente rotuladas como suicidios —documentados por dramáticas fotos— pero que aun así hacen preguntar “¿Por qué?”

De acuerdo con la ley, los presos trabajaban. Algunos lo hacían en bien montados talleres. Otros participaban en obras públicas, celosamente vigilados. Otros eran llevados al monte, con cualquier clima, en un minúsculo tren-cito que cruzaba el pueblo por su única calle, llevando la macabra carga de hombres vestidos a franjas azules y amarillas. Los domingos, con el mismo uniforme, la banda daba conciertos a los que concurría la población. ¿Cómo conciliaban aquel espectáculo contradictorio en sí mismo? Pues porque el presidio y el pueblo eran casi la misma cosa. Quienes no eran detenidos, eran guardianes, personal administrativo, familiares de todos ellos y aun algunos ex reclusos que se quedaban a vivir allí. Comentándolo decía el autor de *Ollantay*:

“La imagen del encierro absoluto para los penados proyecta su sombra sobre todo el pueblo, que tampoco es libre. La gente, además, sabe que vive del sueldo de los guardiales, de los pequeños comerciantes atendidos por sus familiares, de las provisiones de carne para el presidio. De él salen, además, el pan y la luz para el vecindario. Ushuaia vive resignada, quieta, con un regusto amargo de lo que come y con una melancolía que apenas se oculta en silencio... Todo Ushuaia se impregna, así, con los hálitos del presidio”. Luego cierra su nota, diciendo: “Si el penal se reformara o suprimiera, creen que sobrevendría un cataclismo y los vecinos tienen razón porque toda su vida se ha organizado en torno del penal”. Comentemos que, así como pensamos que el poeta desplazó al observador en las primeras líneas —como pudimos verlo—, es feliz comprobar que la historia demostró que la última profecía no era exacta.

¿Quiénes estaban allá? La variedad era impresionante. Había algunos asesinos famosos y realmente peligrosos, como el citado Simón Radowitzky, autor del más mentado crimen político, Santos Godino, el célebre “petiso orejudo”, que asesinaba a criaturas con un clavo y que murió allá tempranamente, Ernst Schneider, el “descuartizador de Palermo”, que arrojó al lago los trozos de la víctima y que en el presidio trabajaba en la carnicería o Mateo Banks, el hombre culto, acusado de ocho crímenes en su propia casa, que él siempre negó hasta su muerte, ya liberado, después de treinta años, resbalando en una bañera en Buenos Aires. Pero como la cárcel era de reincidentes, había algunos que terminaban allí por el robo de un paraguas o una gallina, y dado que también tenía carácter militar, se podía encontrar a un joven que dio una trompada a un suboficial.

La fuga era imposible. No hubo un solo caso de éxito; a lo sumo, puede señalarse el de un prófugo que nunca apareció. Pero era casi el único tema y la única distracción. Prácticamente todos los veranos había intentos, que necesariamente significaban esconderse para poder llegar

a Chile. Algunos que quisieron cruzar a nado, se congelaron. La mayoría volvía o se dejaba apresar después de unos días de hambre y frío, pero feliz de un remedo de libertad y de haber burlado a sus carceleros, aunque sabían la "recepción" que les esperaba. No pocos fueron muertos en la persecución, así como en un caso que se produjo un grave disturbio entre los leñadores, que terminó con la vida de varios de ellos. En muy pocos casos —como en el de Radowitzky, que contó con importante ayuda exterior— lograron llegar a Chile, pero eran entregados desde allí.

Desde 1931 y por unos pocos años, llegó otro tipo de presos: lo que eufemísticamente se llamaba "presos sociales". El diputado Manuel Ramírez cuenta de un grupo que se sorprendió cuando fue recibido por la banda en la puerta, para encontrarse luego que detrás de ella estaba un enjambre de carceleros con cachiporras para darles la verdadera bienvenida.

En 1934, fueron enviados a Ushuaia un grupo de destacados dirigentes políticos, como Ricardo Rojas, Honorio Pueyrredón, Adolfo Güemes, Enrique M. Mosca y otros cuantos. No se los llevó a la cárcel, pero debían presentarse a diario en la comisaría, aunque en algún caso se les permitió una excursión. Los presos aprovecharon para hacerles llegar subrepticamente petitorios y descripciones de su situación o para lanzarse del trencito delante de ellos, contando a gritos sus penurias. En última instancia, la medida fue un bumerang contra el mismo gobierno, porque las arbitrariedades del presidio quedaron expuestas por voces muy autorizadas, aunque fueran de la oposición. Varios de ellos escribieron sus memorias y otras obras. Por supuesto, Rojas no podía contener su deformación profesional y siete años más tarde publicó en *La Nación* y luego como libro sus memorias, enriquecidas con lecturas, bajo el título de *Archipiélago*. La riqueza literaria obliga a recomendarla, así como por ser un cuadro del pueblo de entonces y antes, pero el poeta se escapa a menudo, inclusive en las informaciones, que cuando son aje-

nas no están sometidas a la crítica y cuando son propias a veces son apresuradas. Pero no resistimos la tentación de transcribir algunas líneas del gran escritor, como para compensar lo tétrico de las últimas páginas. Decía en su primera nota (luego capítulo 3):

“Siento desde mi llegada el hechizo de esta bahía hermosa, aunque también bahía de los más fríos vientos. Percibo la belleza visible de sus formas errátiles, y a ellas trasciende, desde lo invisible la leyenda que las dramatiza. Esta es una isla, donde aún viven, presentes en su paisaje, los dioses primitivos”.

“Si no fuese presunción, diría que mi tema es la epopeya del Onaisín, con dos personajes a través de breves episodios: el paisaje viviente, según los onas lo concebían, y el hombre dentro de él, en sucesivos avatares de dolorosa aventura... Tales elementos mitológicos son también parte de la historia y mi estilización del Onaisín podría ser un símbolo americano”.

Palabras exactas en todo lo que era, había sido y sería Tierra del Fuego, con su mezcla de todas las naciones, de lo más sublime de la fe y lo más horrible de la pravedad humana.

Pero —agreguemos otro calificativo— afortunadamente no tenemos que continuar con esa parte de la historia. En 1947 se resolvió cerrar definitivamente el presidio, lo que sólo se terminó en 1950. Para entonces, algunos de los argumentos —como la inclemencia del clima o la distancia— podía haber perdido su importancia. Pero para Tierra del Fuego fue curiosamente quizá la más feliz de las medidas oficiales. La zona y parte de los edificios están dedicados a la actual base aeronaval y así la custodia de la soberanía en el extremo austral ha reemplazado simbólicamente la represión de aquellos que eran acusados y condenados por conspirar contra la seguridad social o nacional.

Este detalle es lo que permite terminar aquí este capítulo y pasar a la fugaz mirada de los años más recientes.

Bibliografía

- BELZA, Juan Esteban, *En la isla del Fuego*, tomos II y III.
DE AGOSTINI, Alberto M., *Mis viajes a Tierra del Fuego*.
FEINMANN, José, *El naufragio del "Monte Cervantes"*.
GOODALL, Rae Natalie Prosser de, *Tierra del Fuego*.
GUSINDE, Martín, *Hombres primitivos de la Tierra del Fuego*.
IMAZ, José Luis de, *Los hombres del último confín*.
LENZI, Juan Hilarión, *Tierra del Fuego*.
MAVEROFF, Alejandro, *Río Grande : ciudad 30 años antes de su fundación formal*.
Números varios de *Argentina Austral*, *Karukinká*, *Todo es Historia*, etcétera.
PAYRÓ, Roberto J., *La Australia Argentina*.
PLUTSCHOW, Gunther, *Sobre la Tierra del Fuego*.
RAMÍREZ, Manuel, *Ushuaia. La ergástula del Sur*.
ROJAS, Ricardo, *Archipiélago*.

CAPÍTULO VII

HASTA HOY: BREVE VISTAZO

Como ya dijimos al comienzo, la etapa final es difícil de historiar. El año 1943 marca un hito en la evolución política de Tierra del Fuego, con amplia repercusión en todos los otros órdenes, pero con excesiva proximidad como para que sea posible transformarla en historia, cuando la suma total de la misma es a su vez tan breve. Sin embargo, a lo largo de las páginas precedentes, el lector ha encontrado numerosas referencias en distintos aspectos que permiten tener una visión de lo más importante. Algunos no mencionados deben serlo para no omitir aspectos básicos.

Dicha decisión, del 21 de septiembre de tal año, significaba que la isla quedaba bajo la jurisdicción de la Marina Nacional, lo que implicaba comprender su importancia estratégica. Recordemos que estaba en auge la última guerra mundial y eso nos ayudará a entender la medida, que significó que había "alguien" que específicamente debía cuidar de los asuntos del extremo Sur.

En 1955, el territorio dejó de existir como tal al ser integrado arbitrariamente al de Santa Cruz en la Provincia Patagonia. El experimento duró pocos meses, para volverse a la situación anterior y para transformarse nuevamente

en "territorio nacional", ahora bajo el nombre de "Tierra del Fuego, Antártida Argentina e Islas del Atlántico Sur". Es digno de mención que, por primera vez, todas éstas entraban en el panorama administrativo argentino, pese a los muy antiguos actos de soberanía. Tal es la situación hasta hoy.

En el campo político, tuvieron importancia la incorporación de un delegado del territorio —María Ester de Fadul— al Congreso Nacional en 1952-1955 y de dos diputados —el ex gobernador capitán de fragata (R) Ernesto M. Campos, y aquélla— entre 1973 y 1976. Durante uno de los períodos de aquél, en 1962, el territorio comenzó a tener presupuesto propio. En 1970, se hizo una nueva división política, más adecuada a la realidad. La línea divisoria es el lago Fagnano y su continuación hasta el Atlántico: al norte está el departamento de Río Grande y al sur el de Ushuaia, que comprende las islas de los Estados y las que Chile pretende para su soberanía (mencionadas éstas por primera vez en forma específica); un tercer departamento es el de la Antártida y un cuarto, las demás islas.

En 1976 se inauguró una majestuosa casa de gobierno. Mientras tanto, se produjeron las visitas de los presidentes Aramburu, Frondizi, Illia, Onganía (dos veces) y Lanusse. Este fundó junto al lago un nuevo pueblo, llamado Tolhuin ("corazón" en selknam), que está creciendo lentamente.

En cuanto a la economía, merece señalarse que en 1949 se perforó el primer pozo petrolífero y que la explotación sistemática comenzó en 1959. Numerosos aserraderos han dado un nuevo impulso a la zona sur.

La gran riqueza que está siendo objeto de muy especial atención es la del turismo, que lentamente se va haciendo internacional, pese a que hasta ahora se trate de una zona alejada de las grandes rutas. La posibilidad de una línea transpolar puede cambiar todo lo actual. Se han instalado numerosos hoteles y hosterías en lugares de gran belleza y con mucho gusto. En 1956 la isla fue declarada zona franca, lo que provocó un gran auge comercial. En 1960,

63.000 hectáreas entre Ushuaia y el límite internacional, desde el Beagle hasta más allá del Fagnano fueron declaradas Parque Nacional de Tierra del Fuego. Las comunicaciones han sido mejoradas con nuevos servicios aéreos, más cómodos y directos; Ushuaia aún espera una pista acorde con su jerarquía, para lo que la geografía presenta grandes dificultades. En 1954 se establecieron aeroclubes en las dos ciudades. Además se han hecho muchas otras de las mejoras que ayudan a crear un centro turístico de jerarquía.

El otro aspecto importante es el crecimiento de la importancia en el aspecto naval. En 1948 se establecieron las bases aeronavales de Ushuaia y Río Grande y en 1974 el Area Naval Austral. La intensa actividad cobró sus víctimas con la dramática desaparición de dos naves: el rastreador *Fournier* y el *Guaraní*. Los acontecimientos que llevaron a la tensión que produjo el fallo declarado nulo en el litigio limítrofe con Chile pusieron a Tierra del Fuego en la mira del país y quizá, más allá de sus consecuencias inmediatas, haya servido para mostrar la realidad de una tierra próspera y generosa.

Y por lo sugerente, debemos terminar esta enumeración con un hecho quizá al parecer menos trascendente: la inauguración del Museo Territorial hace exactamente un año, el 18 de mayo de 1979. Nos consta que ello muestra el despertar del territorio mismo a la conciencia de su pasado y a la responsabilidad que tenemos de trabajos como éste.

Y como toda obra de historia, en forma panorámica como ésta, debemos interrumpir con el interrogante, con esa característica básica de la diferencia entre este género y la novela, que la hace aún más emocionante. Sólo que en el caso de Tierra del Fuego nos parece que muchas preguntas se están contestando solas y que, por primera vez en el siglo casi exacto que tiene el proceso argentino allí, podemos estar seguros del optimismo y de saber que el objeto de estas páginas ha dejado de ser el último confín, ap-to sólo para aventureros y visionarios, sino una tierra más

del territorio nacional, una más en cuanto a su igualdad de derechos, pero quizá no en la suma de sus bellezas y oportunidades inigualadas.



PEQUEÑA BIBLIOTECA FUEGUINA

Hacemos notar que esta nómina no es una bibliografía utilizada para este libro, sino una lista de aquéllos que son, a nuestro entender, los más accesibles y los más importantes (éstos, no siempre accesibles) sobre la historia del territorio.

AGOSTINI, Alberto M. de, *Treinta años en Tierra del Fuego*, Buenos Aires, Peuser, 1955.

AGOSTINI, Alberto M. de, *Mis viajes en Tierra del Fuego*, Milán, Giovanni de Agostini, 1929.

BELZA, Juan Esteban, *En la isla del Fuego*. Tomo I. Encuentros, Buenos Aires, 1974; Tomo II. Colonización, Buenos Aires, 1975; Tomo III. Población, Buenos Aires, 1976.

Romancero del topónimo fueguino, Buenos Aires, 1977.

BOVE, Giácomo, *Expedición Austral Argentina*, Buenos Aires, 1883.

BRAUN MENÉNDEZ, Armando, *Pequeña historia fueguina*, Buenos Aires, 1939.

BRIDGES, Esteban Lucas, *El último confín de la tierra*, Buenos Aires, Emecé, 1952.

BRIDGES, Tomás, *Yamana-English. A dictionary of the Speech of Tierra del Fuego*, 1939.

CALETTI, Horacio, *La literatura de Tierra del Fuego*, Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1975.

CANCLINI, Arnoldo, *Cómo fue civilizado el Sur patagónico*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1977.

CANCLINI, Arnoldo, Allen S. Gardiner. *Marino, misionero, mártir*. Buenos Aires, Marymar, 1979.

CANCLINI, Arnoldo, Waite H. Stirling, *el centinela de Dios en Ushuaia*. Buenos Aires, Marymar, 1980.

CANCLINI, Arnoldo, *Tomás Bridges. Pionero en Ushuaia*. Buenos Aires, Marymar, 1980.

DARWIN, Carlos, *Viaje de un naturalista alrededor del mundo*, varias ediciones.

- EIZAGUIRRE, José Manuel, *Tierra del Fuego*, Córdoba, 1891.
- ENTRAIGAS, Raúl S., *Monseñor Fagnano*, Buenos Aires, 1945.
- ENTRAIGAS, Raúl S., *Piedra Buena, caballero del mar*, Buenos Aires, Departamento de Estudios Navales, 1966.
- FITTE, Ernesto J., *Crónicas del Atlántico Sur*, Buenos Aires, Emecé, 1974.
- GALLARDO, Carlos R., *Los onas*, Buenos Aires, Cabaut y Cía, 1910.
- GOODALL, Rae Natalie Prosser de, *Tierra del Fuego*, Ushuaia, Ediciones Shanamaïim, 1977.
- GUSINDE, Martín, *Hombres primitivos de Tierra del Fuego*, Barcelona.
- IMAZ, José Luis de, *Los hombres del confín del mundo*, Buenos Aires, Eudeba, 1972.
- LENZI, Juan Hilarión, *Tierra del Fuego, Antártida e islas del Atlántico Sur*, Buenos Aires, Editorial Progreso, 1967.
- LEWIN, Boleslao, *Quién fue Julio Popper, el conquistador patagónico*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1977.
- LISTA, Ramón, *Viaje al país de los onas*, Buenos Aires, 1887.
- MACDONALD, Frederick C., *Bishop Stirling of the Falklands*, London, Seeley, Service & Co., 1929.
- MARTINIC BEROS, Mateo, *Crónicas de las islas al Sur del canal Beagle*, Buenos Aires, Francisco de Aguirre, 1976.
- MAVEROFF, Alejandro, *Río Grande: ciudad treinta años antes de su fundación formal*, Municipalidad de Río Grande, 1973.
- NORDENSKJOLD, Nils Otto, *Viaje al Polo Sur*, Barcelona, Maucci, 1904.
- ORQUERA, Luis Abel; SALA, Arturo Emilio; PIANA, Ernesto Luis; TAPIA, Alicia Haydée, *Lancha Packewaia*, Buenos Aires, Hue-mul, 1977.
- PAYRÓ, Roberto J., *La Australia argentina*, Buenos Aires, 1898.
- PESSAGNO ESPORA, Mario A., *Los fueguinos*, Buenos Aires, Departamento Estudios Históricos Navales, 1971.
- PLUSCHOW, Gunther von, *Sobre la Tierra del Fuego*, Berlín, 1930.
- RIESENBERG, Félix, *Cabo de Hornos*, Buenos Aires, Hachette, 1946.
- ROJAS, Ricardo, *Archipiélago*, Buenos Aires, Losada, 1934.
- Trabajos varios en Segundo Congreso de Historia Argentina y Regional, de la Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires, 1974.
- Revistas con material importante: *South American Missionary Magazine*, *Karukinká*, *Argentina Austral*, *Todo es Historia*, etcétera.

ÍNDICE

	<i>Pág.</i>
PREFACIO	7
INTRODUCCIÓN	11
CAPÍTULO I	
EL "ACABAMIENTO DE LA TIERRA"	17
CAPÍTULO II	
HIJOS QUE PERDIÓ LA TIERRA	35
CAPÍTULO III	
UNA MISIÓN CRISTIANA QUE SE HIZO PUEBLO ...	49
CAPÍTULO IV	
BAJO LA CELESTE Y BLANCA	61
CAPÍTULO V	
"AURA SACRA FAMES"	84
CAPÍTULO VI	
LENTO Y DIFÍCIL PROGRESO	108
CAPÍTULO VII	
HASTA HOY: BREVE VISTAZO	134
PEQUEÑA BIBLIOTECA FUEGUINA	139

Este libro se terminó de imprimir en los talleres de Industria Gráfica
del Libro, Av. Warnes 2383, Capital Federal, en el mes
de setiembre do 1985



EDITORIAL PLUS ULTRA